

Regionalismo literario: *historia y crítica de un concepto problemático*



HEBE BEATRIZ MOLINA
FABIANA INÉS VARELA
Directoras

Biblioteca Digital de la Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza - 2018

HEBE BEATRIZ MOLINA

FABIANA INÉS VARELA

Directoras

**Regionalismo literario:
*historia y crítica de
un concepto problemático***

Biblioteca Digital de la Universidad Nacional de Cuyo

Mendoza

2018



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS



Regionalismo literario : historia y crítica de un concepto problemático / Hebe Beatriz Molina ... [et al.] ; dirigido por Hebe Beatriz Molina ; Fabiana Inés Varela. - 1a ed. - Mendoza : Universidad Nacional de Cuyo. Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-575-194-1

1. Literatura Regional. 2. Estudios Literarios. 3. Crítica de la Literatura Argentina. I. Molina, Hebe Beatriz II. Molina, Hebe Beatriz, dir. III. Varela, Fabiana Inés, dir.

CDD 807

La edición ha sido posible gracias a un subsidio (Proyecto de Investigación, código 06/G744) otorgado por la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado de la Universidad Nacional de Cuyo. 2016-2018.

PUBLICADO EN ACCESO ABIERTO BAJO LICENCIAS CREATIVE COMMONS



Índice de contenidos

Introducción	6
1. El Regionalismo como problema conceptual	
Hebe Beatriz MOLINA y María Lorena BURLLOT	11
1.1. Aproximación al problema	11
1.2. La evolución del problema y del concepto	15
1.2.1. Prehistoria del Regionalismo	15
1.2.2. El primer regionalismo	16
1.2.3. Las primeras conceptualizaciones críticas e historiográficas	17
1.2.4. La crítica desde la metrópoli	20
1.2.5. La crítica desde la “periferia”	29
1.3. El regionalismo en otras naciones	42
2. Regionalismo: tema de discusión en algunas reuniones científicas	
Fabiana Inés VARELA	47
2.1. Los orígenes: Simposio de Literatura Regional, Salta, 1978	47
2.1.1. Conceptualizaciones	48
2.1.2. Perspectivas históricas	51
2.1.3. Perspectivas metodológicas	52
2.1.4. Literatura regional cuyana: una propuesta	52
2.2. Hacia el concepto de literatura de las regiones argentinas. 2002-2010	54
2.2.1. Aspectos conceptuales	56
2.2.2. Una mirada histórica sobre el regionalismo	59
2.2.3. Folklore y literatura regional	59
2.3. El segundo encuentro de las regiones argentinas	60
2.3.1. Aspectos teóricos y metodológicos	61
2.3.2. Perspectiva histórica	63
2.4. Un tercer encuentro: Hacia la visión integral de la literatura argentina	63
2.5. La literatura del Noroeste Argentino	66
2.6. Algunas conclusiones	72

3. Acerca del concepto de regionalismo en <i>Capítulo: la Historia de la literatura argentina</i>, del Centro Editor de América Latina	
Carolina R. CRUZ.....	75
3.1. Justificación y propósito del trabajo	75
3.2. El Centro Editor de América Latina y su <i>Historia de la literatura argentina</i>	76
3.3. Acerca del regionalismo en <i>Capítulo</i>	77
3.3.1. Primera época (1968-1976).....	77
3.3.2. Segunda época (1979-1982)	82
3.4. Conclusiones.....	91
4. Pactos de lectura simultáneos: Clave para el estudio de la literatura regional	
Hebe Beatriz MOLINA.....	93
4.1. Algunos textos regionales	93
4.2. El marco teórico.....	97
4.3. Las cuestiones en debate.....	98
5. Apuntes para (re)visitar caracteres de la literatura regional italiana	
Graciela Beatriz CARAM	101
5.1. (Pre) historia del realismo, literatura regional y neorrealismo en las letras italianas 102	
5.2. Del verismo al Neorrealismo. De la región a la ciudad y viceversa.....	109
6. Teorías semántico-cognitivas para el análisis del concepto literatura regionalista	
Marian Nahir SAUA	115
6.1. La percepción y el pensamiento	115
6.2. El pensamiento enciclopédico y la construcción y comprensión del sentido.....	117
6.3. Las categorías: prototipos y estereotipos	120
6.4. Perfil, base, dominio y marco	121
6.5. La metáfora	122
6.6. Conclusión	124
Conclusiones: aportes para una delimitación conceptual	
Hebe MOLINA y Fabiana VARELA	125
Bibliografía	131

Introducción

“Lianas amantes de realidad terruñera reteníanle demasiado fuertemente”.

Martín Noel. *El regionalismo de Martiniano Leguizamón*.

“Descubrí [...] que al final del recorrido, todas las *literaturas* eran *regionales*, en tanto *regionalizaban* sus visiones del mundo instalando las lenguas culturales en y desde un ‘lugar’ específico”.

Pablo Heredia. *El suelo*.

Empecemos por lo más simple. Estaría comprobado científicamente que distinguir lo propio de lo ajeno es una tendencia natural del ser humano; sobre todo, en y a través del lenguaje. Diferenciarnos fortalece nuestra identidad (personal o comunitaria) y una identidad más o menos definida nos da seguridad psíquica y social.

Uno de los factores identitarios es el lugar de *pertenencia*, aquel al que sentimos como *propio*, “mi lugar en el mundo”; espacio que excede el ámbito de la casa hogareña y que es lo suficientemente amplio para contener todo lo que es *nuestro*, pero sin extenderse demasiado, hasta ese límite borroso donde empieza lo *foráneo*, lo *otro*. Solemos denominarlo país, provincia o región; palabras ambiguas y polisémicas, sobre todo por estar asociadas a las delimitaciones geopolíticas¹. En la Argentina empleamos generalmente el concepto de **región**: “Porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, administración, gobierno, etc.”; también: “Cada una de las grandes divisiones territoriales de una nación [...]” [DRAE]. A partir de esta segunda acepción, se establece la dicotomía región / nación, que ha devenido en antinomia (región *versus* nación) y no en mera relación espacial.

Tal vez sería mejor usar **comarca**², término que comparte con aquellos otros el sema ‘territorio con características distintivas o diferenciadoras’. La etimología y el *Diccionario de autoridades* avisan que el vocablo encierra un sentido colectivo (co-) y otro, espacial, que alude a relaciones

¹ Bien claro lo dice, por ejemplo, Mónica Ruffino: “La Región Norte Grande Argentino es una entidad resultante de una demarcación eminentemente política, ejecutada para promover y coordinar acuerdos e intercambios entre sus regiones componentes: el Noroeste Argentino (NOA) y el Noreste Argentino (NEA); es decir, es una región fundada por la política” [25].

² Comarca: “Territorio que, en un país o una región, se identifica por determinadas características físicas o culturales” [DRAE].

y a límites. “*Marca*” significa ‘confín’, el término o raya que divide un territorio de otro, hasta donde alcanza la vista; y “*comarca*”, el país contiguo a un lugar, o sea, que está en su contorno.

Es indispensable aclarar que la mención “rasgos identificativos” no significa referirse necesariamente al concepto esencialista de Identidad³ (y a su relación con doctrinas nacionalistas), sino a su sentido primordial: ‘lo que es por diferencia con lo otro’⁴; no como realidad inamovible, que condiciona el *ser* y produce segregaciones, sino como realidad fácilmente perceptible y dinámica [Núñez Villavicencio]. La diferencia deviene del propio origen: “Hay [...] diferencias ‘locales’, sustratos diversos, problemáticas específicas que crean en el contexto y en la expresión una ‘atmósfera’ que permite escindir características diferenciadoras” [Palermo 1987a: 37]. No hay que olvidar que el sentimiento de pertenencia a una tierra y a su cultura es un valor universal [Palermo 1987b: 15].

Uno de los vecinos de la comarca puede ser literato. Por la relación natural e inevitable (porque es vivencial) que tiene con sus vecinos y el entorno, su texto se impregna de algo de ese medio: el lenguaje, los sobrentendidos, las alusiones, las connotaciones⁵. El autor –*autor situado*⁶– puede escribir sin preocuparse por esa impregnación más o menos implícita, puede tratar de hacerla desaparecer del discurso literario o puede reforzarla para que se vuelva explícita y lucir con orgullo su pertenencia a un terruño. Claro está que, entre estas alternativas, hay muchos matices. Ahora bien, cuando se desea circunscribir el ámbito o contexto del texto, o cuando se necesita enfocar un texto desde criterios geopolíticos y culturales, aparecen las dudas y las ambigüedades.

Verdad de Perogrullo: los literatos escriben y publican, los críticos analizan según categorías predeterminadas por sus marcos de referencia teóricos. Hay, pues, que separar los *tantos*: por un lado, los textos literarios; por otro, los textos de crítica o de historiografía literaria. Cuando nos preguntamos por el sentido de “lo regional”, nos estamos preguntando no solo por las relaciones de un texto con su contexto o *comarca* de producción, sino también por la teoría que sustenta el juicio crítico de los estudiosos que operativizan el concepto de ‘lo regional’. Los autores son creadores libres; en cambio, los críticos e historiadores, no pueden (ni deben) serlo; aún más, sus constructos teóricos deben remitir a esas creaciones libres sin *tergiversarlas*. Por todo esto, resulta indispensable disponer de delimitaciones conceptuales precisas, que eviten confusiones teóricas.

En la historia literaria argentina, Literatura Regional y Regionalismo son conceptos en continua interacción semántica⁷, que han seguido una larga trayectoria durante la cual se han ido cargando de significados variopintos; por ello, se han vuelto términos ambiguos y discutibles. Aún más, cuando son usados en estudios críticos e historiográficos, se observa, por

³ Dada la índole del estudio, todos los conceptos están destacados mediante la mayúscula de relevancia. En cambio, no usamos esta mayúscula cuando nos referimos al término usado habitualmente.

⁴ Identidad: “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás” [DRAE].

⁵ Nos basamos en el estudio realizado por Marian Nahir Saua, en este mismo volumen (punto 6).

⁶ Si bien el término-concepto ha sido promovido por Rodolfo Kusch, en esta ocasión lo usamos con una significación más amplia, aunque sin perder de vista el sentido original que le ha dado este filósofo. Como dice Graciela Maturo: “impropio resultaría ignorar que todo hombre es *hombre situado* y que la toma de conciencia de esa situación es uno de los grandes móviles de la expresión artística” [122].

⁷ “Regionalismo” alude a lo regional y a algo más, indicado en el sufijo: -ismo, ‘sistema’, pero también ‘tendencia’ o ‘cualidad’ [DRAE].

un lado, un cierto prejuicio que los margina [Molina 2017]; por otro, cierta necesidad de autojustificación en quienes los emplean con cariz positivo⁸.

La historia parece fundamentar, en alguna medida, que se considere “literatura argentina” como sinónimo de “literatura nacional”; pero también se observa, a simple vista, una tendencia a reducir la “literatura argentina” a la literatura producida y/o publicada en Buenos Aires y, por ende, se buscan denominaciones para los textos originados en el resto del país. Así surgen frases aparentemente neutras como “literatura de las provincias” o “literatura del Interior”, que ocultan la antinomia *provincias vs. capital federal*. En cambio, los adjetivos en frases como “literatura mendocina, cordobesa, salteña, misionera” pueden tener solo el carácter o la función de gentilicios: indicar el lugar de origen (el lugar donde son dados a luz, comunicados o compartidos por el autor con el público lector; coincidan o no el lugar de escritura y el de publicación). Pero, cuando hablamos de “literatura cuyana”, “literatura patagónica” o “literatura nortea”, ¿a qué nos referimos?

A fin de aportar posibles soluciones a la cuestión, María Lorena Burlot, Graciela Caram, Carolina Cruz, Marian Nahir Saua, Fabiana Varela y Hebe Molina nos embarcamos (osadamente) en el proyecto “Regionalismo literario: Un concepto problemático”⁹. En este volumen, transmitimos los resultados del trabajo dedicado a deconstruir los sentidos en la bibliografía más relevante sobre la problemática del regionalismo literario, particularmente en la Argentina.

Las primeras exploraciones nos han mostrado que “regionalismo” es un término teórico usado con prurito y, si bien no está siempre bien definido, parece tener un campo semántico-histórico más acotado; en cambio, “literatura regional” no genera cuestionamientos ni dudas, aunque tampoco suele estar delimitado unívocamente. La falta de precisiones genera ambigüedades y las ambigüedades perturban el debate productivo entre especialistas.

Recurrimos a dos marcos teóricos, que se complementan bien. El primero es la Historia Conceptual, la que, según Conrad Vilanou, “fija su atención en los conceptos, no buscando su definición correcta sino su despliegue histórico”:

En este sentido, la historia conceptual atiende al proceso a través del cual los conceptos se han articulado sincrónicamente al tematizar situaciones y diacrónicamente al asumir su modificación. Así pues, al referirse a la doble dimensión sincrónica y diacrónica, la historia conceptual rastrea las diversas significaciones de un concepto que se encuentran acumuladas en una especie de capas estratigráficas que son reactivadas en cada uso efectivo del lenguaje [166]¹⁰.

⁸ Abundan las justificaciones al comienzo de cada trabajo y las hallamos aun en libros didácticos, como *Palabras contra el viento: Literatura bahiense en las escuelas* (2014), volumen coordinado por Lucía Cantamutto y Marta Negrin, quienes sienten la necesidad de explicar por qué toman autores de Bahía Blanca para leer en el aula.

⁹ Proyecto aprobado por la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado de la Universidad Nacional de Cuyo (código 06/G744, 2016-2018).

¹⁰ “De alguna manera, la historia conceptual pretende acabar con el círculo vicioso que se forma –en virtud de las transformaciones sociales– entre el significante (palabra), el significado (el concepto) y el referente (o realidad que describe). Por eso, la historia conceptual se mueve en la tensión entre el concepto y el estado de cosas que reseña, en el hiato abierto entre las situaciones sociales reales y el uso lingüístico que se refiere a ellas. Así pues, la metodología de la historia conceptual que procede de la historia de la filosofía y de la filología histórica debe alternar el análisis semasiológico –es decir, el estudio del significado diverso de las palabras– con el análisis onomasiológico, relativo a la pluralidad de denominaciones usadas para describir el mismo fenómeno” [Vilanou: 181]. Interesa destacar que esta corriente “adquirió un estatuto propio al impedir la incorrecta aplicación al pasado de expresiones y conceptos de la vida del presente” [186].

Partimos de la premisa de que las palabras “regionalismo” y “literatura regional” se han convertido en conceptos pues se han ido cargando de connotaciones particulares [según Vilanou: 183]. Desde esta perspectiva, nos acercaremos a los estudios críticos e historiográficos a fin de observar los cambios semánticos de Regionalismo y de Literatura Regional. Y, aun cuando a veces no lo explicitemos, en todo momento validamos esas observaciones con los fundamentos que nos aportan las teorías semántico-cognitivas (revisadas por Saua, punto 6).

Para examinar las relaciones entre el concepto y el signo (los textos), recurriremos a la Poética Histórica, que consiste en el estudio del carácter histórico de la estructura o forma literaria, teniendo en cuenta que todo texto es una situación social específica, en la que su condición sígnica requiere del intercambio de reglas intersubjetivas que conocen y dominan tanto el autor-emisor como el lector-receptor, sin las cuales no es posible la comunicación literaria [Głowiński]. El componente primario del sistema de reglas son las convenciones literarias, propias de un sistema literario sincrónico, pero que son provistas por la tradición, es decir, por aquellos elementos del pasado que están en uso en un tiempo dado¹¹.

En definitiva, complementando ambos enfoques, analizaremos dos problemas: por una parte, qué reglas configuran la poética del Regionalismo, en qué se diferencia del concepto Literatura Regional y cómo evoluciona a lo largo de la historia literaria argentina; y por otra, qué relación guardan las distintas conceptualizaciones teóricas con la poética histórica de los textos regionalistas.

Trataremos de demostrar que tanto los textos literarios, como las conceptualizaciones teóricas son discursos situados¹² y evolucionan de acuerdo con la poética histórica, o sea, de acuerdo con la propuesta innovadora que hace cada autor (literario o crítico) respecto de las reglas vigentes en su contexto de producción. Esa evolución se produce gracias al permanente enfrentamiento (‘poner frente a frente’) de marcos teórico-conceptuales diferentes, surgidos de la necesidad de dar respuesta clara a interrogantes cada vez más complejos.

El corpus está constituido particularmente por dos tipos de documentos: por un lado, la producción académica en la que los conceptos Literatura Regional y Regionalismo son problematizados y están más o menos definidos; en particular, algunos artículos metacríticos, las actas de reuniones científicas específicamente convocadas para debatir estas cuestiones y los volúmenes colectivos originados en proyectos de investigación dedicados a las distintas literaturas de la Argentina, gracias a los cuales se puede acceder a las posturas de especialistas de todo el país; y por otro, las historias literarias argentinas¹³, cuya mirada panorámica permite observar cuándo y cuánto se debate la cuestión del regionalismo en contextos englobantes¹⁴. Este mismo corpus nos servirá para determinar los rasgos constitutivos de la poética histórica del Regionalismo.

¹¹ Algunas normas son obligatorias o jerárquicamente más importantes; otras, optativas; pero todas, interdependientes. Pueden estudiarse a partir tanto de la poética explícita, es decir, de documentos metaliterarios –artículos de crítica, manifiestos, reflexiones teóricas de los propios autores–, como de la poética implícita en los textos mismos. Acerca de Poética, consultar Zonana 2007.

¹² “[N]o es posible concebir el conocimiento si no es histórica y culturalmente situado, si no es el resultado de las prácticas propias de cada localización sociohistórica de la cultura (en efecto: el conocimiento conocido como universal se localiza en el centro europeo, está situado y es ‘regional’)” [Palermo 2004: 82].

¹³ Excluimos las historias del teatro porque este es un fenómeno en el que se conjugan múltiples factores, no solo los literarios.

¹⁴ Hemos desestimado los estudios de textos o autores particulares porque abarcan una abundantísima producción, imposible de ser analizada por un equipo reducido y en un lapso limitado. También, las reflexiones metapoéticas de los propios escritores.

El apartado 1 abarca una síntesis de nuestra lectura crítica de las lecturas problematizadoras de lo regional realizadas por los estudiosos argentinos de las últimas décadas, mientras que en los siguientes nos abocamos a algunas lecturas críticas puntuales (puntos 2 y 3). (Por esta razón, a veces en el capítulo I se adelantan algunas de las ideas fundamentales, comentadas en los capítulos siguientes). En el 4 retomamos los aportes principales que obtuvimos en un proyecto anterior, referido a los pactos de lectura regionalizados, antecedente ineludible de este. En el 5 presentamos otro caso: el del regionalismo en la literatura italiana, a fin de ratificar la premisa de que cada literatura tiene sus propios procesos de regionalización literaria. Y en las “Conclusiones” aportamos nuestro granito de arena, postulando algunos criterios para una delimitación conceptual precisa y operativa.

Hebe Beatriz Molina y Fabiana Inés Varela

I.

El Regionalismo como problema conceptual

Hebe Beatriz MOLINA

Universidad Nacional de Cuyo-Conicet
hebemol@ffyl.uncu.edu.ar

María Lorena BURLOT

Universidad Nacional de Cuyo
mlorenaburlot@gmail.com

“Ocurre con ciertas palabras y expresiones como con las monedas, que de tanto pasar de mano en mano van perdiendo su cuño y para individualizarlas nos exigen mirar con atención”.

María Delia Paladini. “Regionalismo y novela”.

1.1. Aproximación al problema

En líneas generales, hay coincidencia entre los estudiosos en que “la idea de región implicaría un territorio y una pertenencia” [Fleming 2009: 138] y que la “Literatura regional es [...] la que surge en una determinada región geográfica, histórica o folklórica y que refleja la realidad de un cierto modo humano. [...] no tiene, pues, restricciones programáticas en lo temático, ni en lo lingüístico” [Videla de Rivero 1984: 18].

Para Pedro Barcia importa la textualización explícita, pero no el lugar de producción: “Literatura regional es la que nos sitúa por sus alusiones en una región determinada. Puede ser escrita en dicha región o no. [...] Pero no es regional una obra por el mero hecho de ser compuesta en ese ámbito regional” [39]. Luego de enumerar los tres niveles semánticos (*meiorativo*, *peiorativo* y objetivo) del adjetivo “regional”, concluye que la literatura regionalista manifiesta los dos primeros niveles, mientras que la acepción objetiva y descriptiva corresponde a la literatura regional. En consecuencia, la “literatura

regionalista, como producto, o el regionalismo literario, en cuanto estética, como el rey Midas, convierten en regional cuanto tocan y todo lo reducen a esa esfera” [41].

Pablo Heredia, en cambio, acentúa la perspectiva sociocultural y discursiva según la cual la región es un “espacio de percepción y aprehensión del mundo en el cual se habita” [1994: 25-26]. En este sentido, todas las literaturas son *regionales*, en tanto *regionalizan* “sus visiones del mundo instalando las lenguas culturales en y desde un ‘lugar’ específico” [2005: 9].

A pesar de que en algunos puntos las afirmaciones teóricas se distancian, existen nudos problemáticos (variables epistémicas) en los que converge buena parte de las observaciones críticas. Presentamos, a continuación, un anticipo de esos nudos, deteniéndonos en algunos ejemplos. En el apartado siguiente, nos enfocaremos en las cuestiones histórico-conceptuales. Obsérvese que las conceptualizaciones más difundidas se refieren casi con exclusividad a la narrativa.

No obstante la aparición –al parecer, inevitable– de la pareja conceptual Regionalismo-Literatura Regional, el interés o la necesidad por definir suele recaer sobre el Regionalismo. Alejandro Fontenla precisa: “en nuestras historias literarias el *regionalismo* es un supuesto teórico con el que se designa la ficción que describe un lugar, su naturaleza, las costumbres de sus habitantes y las modalidades de su cultura” [481]. Pero a esta definición precisa agrega luego otro rasgo que restringe lo anteriormente dicho: “La literatura regional exhibe a flor de piel los fenómenos de aislamiento y debilidad cultural y testimonia, a veces dramáticamente, las dificultades de sus escritores frente a sus respectivos medios” [481]. En otras palabras, el Regionalismo expone, ratifica y acentúa, al mismo tiempo, una supuesta minusvalía de algunos medios culturales; por lo que tendría el valor de lo marginado.

Sergio Delgado reafirma esa definición, basándose en criterios sociológicos: “Por extensión se suele aplicar el mote de *regionalista* a determinadas literaturas marginales que no han trascendido sus ámbitos y conseguido un adecuado reconocimiento del ‘centro’, o que no han alcanzado ciertos logros formales” [347].

Paralelamente a la evolución de los estudios regionales (que resumiremos más abajo), en alguna crítica y en la historiografía literaria el concepto Regionalismo se va cargando de semas negativos. Gloria Videla de Rivero enumera los “pecados” de los cuales se acusa a las literaturas regionales: “caer en el folklorismo”, “establecer un culto a los linajes”, “sacralizar el paisaje, [...] inventar una imagen arcádica, [...] ignorar los desiertos, los terremotos y otros cataclismos”, “cultivar el *cebo* del costumbrismo”, *defectos* todos en relación con la denominada “literatura nacional” [1984: 21-2]. Así mismo, conjetura que esta desvalorización de las literaturas regionales se origina, fundamentalmente, en que la obra literaria valiosa (de calidad), “cuando logra difusión en el país y en el mundo, parece que deja de ser regional para convertirse en nacional” y solo quedan como literatura regional “los partos más mediocres o deleznable”, entre otras pocas opciones [14-5].

José Andrés Rivas también observa este fenómeno: “Su significado es tan ambiguo que todo abordaje del problema necesita una delimitación específica de su campo de estudio.

La causa es que, en principio, al regionalismo no se lo suele reconocer tanto por lo que es, sino por lo que no es. Por aquello a lo que se opone, antes que por aquello que representa” [49]. Luego enumera las falacias o mecanismos reduccionistas que coadyuvan a esa ambigüedad semántico-epistémica:

-*Falacia geográfica*: “la ‘geografía’ del regionalismo sería la de un territorio carente del prestigio literario del de la tradición eurocéntrica” [49];

-*Falacia temática*: solo tendrían cabida los temas de la comarca;

-*Falacia histórica*: se “establece como modelo preeminente de lo regional, los textos de inspiración telúrica y comarcana de la etapa del postmodernismo dariano y unifica su discurso crítico alrededor de ella” [50];

-*Falacia ideológica*: debido a “la alta condición representativa que porta el objeto *Regionalismo* para cualquier abordaje político: tanto por las incumbencias simbólicas del ámbito geográfico que abarca, como por la idiosincrasia diferenciadora de sus personajes, sus connotaciones históricas y raciales, su mundo de valores, su lenguaje, etc.” [51].

Rivas conjetura: “Si bien estas falacias no tienen una consistencia sustancial, la facilidad con que fueron aceptadas dentro del discurso crítico sobre el Regionalismo proviene precisamente de la naturaleza marginal, que se le asigna a éste” [51].

La imprecisión en la terminología literaria es paralela a la ambivalencia respecto de cómo denominar a la literatura producida en los ámbitos culturales externos al Gran Buenos Aires, centro del sistema literario argentino por imposición geopolítica; ámbitos vagamente denominados del “Interior”. Pablo Ansolabehere constata la inadecuación: “Los *regionalismos* particulares de la Argentina, sus regiones narrativas se definen como un todo en oposición a Buenos Aires, la zona que no es región pues representa a la nación entera y, al mismo tiempo, a lo cosmopolita” [89]. Una de las razones de esta generalización puede hallarse en el hecho de que suele considerarse que la narrativa regional continúa la narrativa rural, que a su vez proviene del realismo tradicional (siglo XIX) y de la gauchesca¹.

Hay coincidencia en tratar la distinción *literatura regional* / *literatura nacional* con el carácter de contraste. Algunos críticos consideran que esta es la variable fundamental ya que el regionalismo se textualiza en la oposición centro / periferia o cultura hegemónica / culturas periféricas. No obstante, Andrea Bocco asume “como falsa la oposición entre literatura nacional y provincial [...] porque replegarse sobre lo puramente local hace perder de vista justamente lo que, desde nuestra perspectiva, se debe enfocar”:

Una literatura nacional es [...] una *totalidad heterogénea*. Es decir, contiene series literarias construidas en tensión, textos canónicos y no canónicos, legitimados y periféricos, inscriptos en la letra o en la palabra oral. No podemos leer unos sin los otros, porque de lo contrario se reduce el problema a una supuesta homogeneidad de un canon aparentemente estable. La pregunta es cómo y desde dónde pensar esa heterogeneidad [2010].

¹ Aún más, las capitales de las provincias suelen aparecer subsumidas en el ámbito rural, en el que a veces se engloba todo el *Interior* argentino.

Los planteos hasta aquí enunciados coinciden en el sustrato relacional de la problemática: cada literatura puede integrarse en una realidad mayor y, a la vez, abarca una (o varias) realidad(es) menor(es), configurando círculos concéntricos. Esto es lo que estudian, por ejemplo, Elisa Moyano y su equipo de investigación respecto de la literatura de Salta: la “falta de reconocimiento en el resto del país” de la literatura salteña de las últimas décadas y “los textos escritos en el interior provincial, habitualmente relegados” [2004b: 10]. La misma relación se da entre la literatura argentina y la literatura latinoamericana, y entre región / globalización.

Sin duda, las reflexiones cambian el eje de discusión cuando se centran no ya en el mundo representado (sobre todo, la relación hombre / medio), sino en el carácter situado –local, regional– del enunciador y de su lugar de enunciación. Entonces ya no importa la región geográfica, sino la región (geo)cultural:

[...] un horizonte de posibilidades múltiples, un imaginario social amplio y variado que, en un tiempo y un espacio determinados, una comunidad desarrolla a través de prácticas y de un sentido de pertenencia que circula y se expande. Es dinámico, no es estático, puede atravesar las fronteras [...] [Massara y Gorleri: 151]².

En consecuencia, “cada espacio [regional] articula sus discursos de un modo particular y específico, pero siempre, en relación y en tensión conflictiva con el resto de las prácticas sociales y culturales del país” [Massara 2012: 16]. La geocultura “construye identidades culturales” [Nallim 2012: 6].

Amelia Royo suma al pensar y escribir situado un componente imprescindible del proceso de comunicación: el lector implícito en las obras, lector que también es situado [25]. Ricardo Kaliman, por su parte, incluye al destinatario en la poética regional y, en cierto modo, la restringe: “*escribir regional* traduce escribir *en*, escribir *sobre*, pero esencialmente escribir *para*” [cit. en Royo: 25].

Zulma Palermo, siempre (sanamente) subversiva desde la teoría decolonial, considera que el concepto de Región, junto con el de Literatura y de Canon, es uno de los “conceptos preconstruidos por la tradición del pensamiento moderno/occidental” y que muestra la “vigencia [...] de nuestra manera de concebir las formas de producción cultural y material desde el paradigma moderno/colonial” [2012: 63]. Por ello, propone reemplazarlo por el concepto Lugar.

Para incluir las diferencias, Pablo Heredia plantea “construir críticamente las literaturas de regiones por medio de su interrelación –e interacción–, no solo en su vínculo ‘colonizado’ por la región central, sino también a través de las redes con otras regiones igualmente relegadas a la periferia o a la marginalidad de ‘la literatura argentina’” [2012: 23].

² Andrea Bocco resume el concepto de Geocultura, tomado de Kusch: “Se trata de una noción que establece la amalgama de lo geográfico y lo cultural, en donde lo primero no determina a lo segundo; por el contrario se funden y transforman en un apelmazamiento (parafraseando a Kusch), atravesado por lo histórico y, por ende, dinámico. Desde estos presupuestos, entendemos la noción de ‘espacio geocultural’ o ‘región geocultural’ como una estructura de sentido, construcción subjetiva, variable históricamente, asentada no en un territorio sino en un suelo en tanto ‘domicilio existencial’” [2010].

Poco a poco, se evidencia un punto central: el estudio de la literatura regional es una *opción metodológica*, según demuestra Fabiana Varela, más abajo (punto 2), respecto de los aportes de Carlos Hernán Sosa.

1.2. La evolución del problema y del concepto

1.2.1. Prehistoria del Regionalismo

Dicen los historiadores que, en la Argentina, las regiones son anteriores a la nación porque aquellas continúan la organización política de la colonia, mientras que la segunda es un propósito político antes de ser una realidad [Bandieri y Fernández; Cueto]. No obstante, pervive la idea y la memoria de una suprarregión, la del imperio español; por ende, la relación región / nación nace tensa y se mantiene así hasta hoy.

Andrea Bocco, cuando investiga las gacetas que circulaban hasta 1852, observa que, ante la imposibilidad de organizar el territorio sobre la base de los trazados virreinales, “aparece la atomización en tanto fracaso o suspensión de un proyecto geopolítico”; y paralelamente “el sentido de *patria* termina de construir su alianza con lo inmediato y se superpone a *pago*: la única posibilidad de vivir la patria es a través de la inclusión activa y experiencial en el *pago*, la patria chica, el pueblo, la provincia” [2004: 177].

Otras problemáticas enfocadas desde lo regional son expuestas clara y principalmente por Sarmiento en *Facundo: ciudad / campo*, Buenos Aires / Córdoba, zona civilizada / frontera / tierra de indios; que se resumen en el axioma “La República Argentina es ‘una e indivisible’” [29], que marcará no solo la historia geopolítica argentina (unitarios / federales; porteños / provincianos), sino también la historia cultural (Buenos Aires como el centro *natural* del país). No está de más recordar la incidencia de las ideas historicistas de los filósofos alemanes Herder y Hegel en cuanto a las relaciones hombre-naturaleza-historia propia y al *espíritu del pueblo* [Maturó: 122].

A medida que avanza el proceso de “organización nacional” como un intento de unificación de lo diverso en una sola unidad política, la literatura va emergiendo heterogénea según los sustratos etnolingüísticos y según las particularidades geoculturales. El ejemplo que más ha trascendido es el de la literatura gauchesca, identificadora de la Pampa húmeda.

La afirmación de una identidad nacional se busca a través tanto de resaltar lo propio, como de establecer las diferencias con lo español; en particular, mediante la modalidad costumbrista, que cuestiona el presente (costumbres retrógradas), rechaza el pasado (costumbres serviles) y propone un futuro mejor, con “mejores” costumbres (costumbres morales apropiadas para una nueva nación). No faltan los escépticos, como Heraclio Fajardo y Ángel Julio Blanco [9], quienes opinan que los argentinos no tenemos nada propio, excepto los indios y los gauchos, a causa de nuestra costumbre de imitar a los extranjeros.

Otra variante textual interesante es la denominada actualmente literatura de frontera pues delimita espacios geoculturales: el del “indio” y el del “blanco”, en continuo contraste y lucha de poder.

Hacia fines del siglo XIX, se conjugan las tendencias literarias realista y naturalista con los problemas sociales reales que se originan en la inmigración europea masiva. Ante la aparición en escena de un *otro* abundante y, para algunos, amenazador (por ser distinto, pero también por provenir del continente civilizado por excelencia), el problema de la identidad se reorienta hacia lo nacional nuevamente. La Argentina ya es (parece ser) *una e indivisible* en lo político y en lo cultural; por lo que poner un límite a lo foráneo avasallador es considerado un deber ciudadano. Aquí, como en otras partes del mundo y en cualquier época, el inmigrante (el *diferente*) ocasiona crisis de identidad y acentúa el amor por lo propio. Las diversidades regionales –que se han ido marcando naturalmente a través tanto de producciones autoriales, como del folklore anónimo– quedan subsumidas en una visión del país como “crisol de razas”, que manifiesta un orgullo que no se condice necesariamente con las prácticas sociales cotidianas de los ciudadanos argentinos.

La presencia contrastante del *otro foráneo* provoca la apreciación del lugar propio, de la “tierra natal”, donde se instalan esos *otros*. Empieza, entonces, la historia del Regionalismo.

1.2.2. El primer regionalismo

Hacia 1880 y continuando el proceso de “unidad nacional”, el orgullo provinciano se hace oír amigablemente mediante la presentación de lo típico regional como ofrenda para un “himeneo fecundo” entre el arte nacional y el arte local [1895: 380]. Emerge, entonces, la primera poética regionalista. La delinea Joaquín V. González, en *La tradición nacional* (1888), cuando explica la íntima relación entre la tierra y el hombre:

Cada una de estas regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio –la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos–; cada uno tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su religión natural y su concepción peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada tribu, de cada raza, están destinadas a producir las grandes evoluciones que la historia recoge después, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza en una corriente común [2015: 95].

A cada región le corresponde una literatura:

Las creaciones fantásticas son más propias de la montaña que de las llanuras; allí influyen las sordas y recónditas convulsiones, los diálogos aterradores entre las cumbres inaccesibles y las nubes cargadas de tormentas; allí siempre habla la divinidad al corazón del indígena; la lucha con la tierra reviste proporciones colosales, y la lucha con el hombre subordina a los obstáculos ingentes de las escarpadas serranías.

[...] esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, a las creaciones de la imaginación, a la poesía nativa y a la tradición, toda la tristeza, la monotonía y la sombría majestad de sus misterios. [...]

Pero allí donde los ríos serpentean y hacen brotar los oasis, donde la semilla arrojada en el seno de la tierra se multiplica y alfombra la llanura, allí donde la vida pastoril y agrícola suaviza los instintos y adorna la vida con sus encantos apacibles y sus días serenos, allí donde las selvas se levantan espontáneas para convertirse en morada de las aves y de los hombres, allí aparece la poesía tierna y sentimental, los amores tranquilos [...] [103-4].

En *Mis montañas* (1894), González agrega otras especificaciones al exponer su objeto: “los caracteres sociológicos de mi pueblo, su fisonomía y su alma” [1895: 107, cap. VIII], y el acto perlocutivo que espera producir en el lector: “estas páginas destinadas sólo a despertar amor ó simpatía por mi tierra natal” [1895: 56, cap. VI].

En esta poética perviven las reglas románticas de la idealización (sinónimo y productora de belleza), del pintoresquismo (predominio de la representación visual, de la *pintura*) y de la nostalgia por un pasado mejor, que no volverá. Denominada Nativismo por la crítica posterior³, establece en el pasado –colectivo e individual– y en el Interior, la “verdadera” esencia o “el alma” nacional. Nace con Joaquín V. González, se consolida durante el Centenario de la Revolución de Mayo y tiene en Martiniano Leguizamón la figura culminante.

En este punto de la historia, empiezan a separarse los dos objetos de estudio, a los que nos referimos en la “Introducción”: por un lado, los textos literarios, que se multiplican en modulaciones genéricas y en contenidos de amplia gama; y, por otro, la teorización hecha por críticos e historiadores, que ahora concentrará nuestra atención.

1.2.3. Las primeras conceptualizaciones críticas e historiográficas

Pocos años después de inaugurar la primera cátedra universitaria de Literatura Argentina (Universidad de Buenos Aires, 1913), Ricardo Rojas da a luz su *Historia de la literatura argentina: Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (Losada, 1917-1922). Primero fundamenta por qué considera necesario y viable hacer una historia literaria argentina, lo que implica demostrar que en la Argentina existe una literatura (o sea, un conjunto interesante de textos literarios) y que esta puede servir para caracterizar al pueblo argentino, diferenciándolo al mismo tiempo de los otros pueblos hispanohablantes. Esta aclaración, hecha por el propio Rojas, es importante porque en el “Prefacio de la primera edición” ha establecido que “una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales, pero éstas son actividades de la conciencia colectiva de un pueblo, cuyos órganos históricos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición” [I, 23]. Según se expone en este *Ensayo filosófico*, toda la Argentina es una única región geocultural y su literatura, el medio artístico de mostrarla en su *individualidad colectiva*. Esto se infiere de su credo estético:

La tesis de mi indianismo⁴ es que la tierra forja la raza; ésta revela un espíritu local a través del hombre: y aquella fuerza ‘divina’ de los elementos primordiales,

³ Alfredo Rubione fecha el “nacimiento teórico” de este concepto en 1933, durante la conferencia de Carmelo Bonet titulada “La literatura nativista y la realidad social rioplatense”, en la que “se define ‘nativismo’ como ‘la literatura argentina de asunto campero’ que ‘nace con nuestra literatura y no se interrumpe hasta hoy’” [90-1].

⁴ “He declarado más de una vez que tomo la palabra *indianismo* en su primitivo sentido geográfico, no étnico. La derivó del suelo de las Indias, que dió su nombre al habitante identificado con ella, y no del ‘indio’ que hallaron los

llega a manifestarse en un tipo nacional de cultura. Esa cultura es desde luego una filosofía, vale decir una teoría y una práctica de la historia; y es también un arte, vale decir una representación estética de la vida en su medio local [I, 57].

Ahora bien, para Rojas, el territorio argentino tiene una región predominante (o sea, que impone su carácter), la vastísima llanura o pampa, y varias “regiones periféricas”: “la selva, la cuchilla, el médano, el mar y la montaña” [I, 69]. Por eso, comienza la historia por el producto identificador de la argentinidad: la poesía del y sobre el gaucho, tanto la anónima (de tradición indígena o folklórica), como la gauchesca (de autor conocido)⁵.

Bajo el paraguas del nacionalismo, el regionalismo es parte fundante de la nación. No hay, pues, ningún conflicto. El término es empleado con las acepciones que figuran en el *Diccionario de la lengua española* de 1925⁶: “2. Amor o apego a determinada región de un Estado y a las cosas pertenecientes a ella. 3. Vocablo o giro privativo de una región determinada”.

En esta misma línea, aparece el primer estudio crítico sobre lo regionalista como modalidad literaria: *El regionalismo de Martiniano Leguizamón*, tesis de Martín Alberto Noel defendida en la Universidad de Buenos Aires en 1945 (y publicada ese mismo año por Peuser). Noel agrega semas teóricos al término cuando habla del programa de “regionalismo estético” de Leguizamón.

El Regionalismo es definido como la expresión espontánea y cabal de un “localismo emocional”, o sea, expresión del apego y pasión por la tierra natal o suelo nativo. Entre las características genéricas, se destacan el propósito de configurar “la individualidad del propio terruño”, mediante la “recordación retrospectiva, de cosas, seres, paisajes y hechos”; inspiración en el medio geográfico y en la tradición histórica, la “tersa simplicidad de arte legítimo” y el empleo de localismos [85-126]. Advierte el tesista que “suele ser vicio común a libros de la naturaleza de los aquí analizados cierta cansadora y hastiante monotonía”, vicio que Leguizamón evita por medio de “la alternancia de las situaciones y los tipos presentados” [130]. Noel también advierte los defectos de la narrativa de Leguizamón: “Tales gauchos están un poco idealizados, un poco embellecidos. Y no es difícil averiguar la causa de esta deformación inconsciente: magnificando lo antiguo, Leguizamón empequeñece proporcionalmente lo moderno” [131].

En el Cap. IX: “Desarrollo histórico de nuestra literatura regionalista”, Noel inicia la retrospectiva con el *Facundo* y la concluye con la sintética distinción entre los “dos matices diferenciales” del regionalismo literario argentino: “uno, primitivo y tosco”, atento a “la naturaleza local, aunque peligrosamente emancipado de escrúpulos estilísticos; otro, artístico y pulquerrimo, si bien infiel a veces a la realidad criolla. Al primero pertenecen González, Leguizamón, Alvarez, Payró; al segundo, Lugones [...], Larreta, Güiraldes”, hasta que Ricardo Rojas, con *El país de la Selva*, “dió la solución

conquistadores españoles, aunque no lo excluyo al indio como precursor del gaucho, ni a éste como precursor del criollo actual en su maridaje con la tierra indiana” [Rojas: I, 57, n. 1].

⁵ Interesa destacar que el término “regionalismo” aparece empleado solo unas cinco veces a lo largo de los cuatro tomos (ochos volúmenes), sin ninguna carga teórica.

⁶ Dato de interés: el vocablo “regionalismo” no aparece en diccionarios anteriores.

ecléctica de un arte argentino que involucraba ambas modalidades”. Con esta historia se justifica que Leguizamón sea consagrado “como el más fecundo y cabal escritor regionalista argentino” [185].

En cuanto al origen del regionalismo, Noel explica que es “ulterioridad necesaria del realismo”, o sea, del “nuevo reglamento de una literatura fundada en la realidad”: “el realismo primigenio fue objeto de un gradual parcelamiento en regionalismos multiformes” [186].

El último rasgo regionalista, concerniente a la recepción, aparece en el Cap. X, cuando Noel comenta los textos en los que el entrerriano teoriza sobre el regionalismo artístico [193]: “Aspiraba Leguizamón a crear un arte vivo de popularidad, de cordialidad, el arte democrático de una mayoría nacional que en aquél [el arte] delegase la expresión de sus sentires locales”, “frente a la altanería aristocrática de la minoría modernista” [196-7].

En definitiva, Martín Noel ratifica el concepto fundante, expuesto por González y Leguizamón como poética implícita, y lo asocia al término “regionalismo”.

No habrá cambios significativos en las décadas siguientes. En la *Historia de la literatura argentina* (Peuser, 1958-1960), que dirige Rafael Alberto Arrieta, la cuestión que nos interesa no es abordada sino hasta el tomo IV, *Las letras de la primera mitad del siglo XX*. Julio Noé, en el capítulo “La poesía”, destaca lo regional (americano y argentino) como una temática de la poesía, que permite subsanar un olvido originado “durante la revuelta modernista”: “nuestro país [...] volvía a ser preocupación de todos, amor de todos” [IV, 113].

Algo similar ocurre con el cuento (según el panorama que presenta Luis Emilio Soto); pero este género breve suma a su favor otro factor: la amplia difusión a través de periódicos que llegan hasta los confines pampeanos. Los resultados más notorios son la proliferación de “relatos de toda laya inspirados en temas camperos” [IV, 296] y las acciones *tradicionalistas* que encabeza Martiniano Leguizamón, en “defensa del regionalismo en las letras, sea contra las corrientes modernistas y forasteras, sea contra los adeptos gregarios que ostentaban las vinchas, nazarenas y chuzas de tacuaras como implementos de utilería” [IV, 298]. En el punto XXVI, 1, “El cuento regional”, Soto aporta algunas precisiones no solo acerca del cuento criollista, sino sobre todo acerca del concepto de regionalismo en la historiografía literaria hacia 1960:

Puede intentarse una clasificación del cuento argentino de acuerdo con el vasto escenario dentro del cual se desenvuelve: llanura, montaña, litoral, selva. En cualquier caso la alusión topográfica por sí sola resultará abstracta si el punto de referencia no es el hombre, agente activo y pasivo de la historia. [...] Suelo, clima y paisaje, influyen pues sobre la condición humana y social, la que por su parte trasforma la fisonomía del medio [...]. Ahora bien, conviene tener en cuenta esta **acción recíproca entre alma y paisaje**, cada vez que se caracteriza la expresión literaria de la montaña o de la selva [IV, 407-408; el resaltado es nuestro].

Muy sugestivo resulta el título del apartado siguiente: “Tipología porteña”. De este modo, “lo regional” queda centrado en las provincias y no abarca lo porteño, o sea, la capital metropolitana.

Carmelo Bonet se encarga del panorama de la novela y lo organiza también sobre la base de las distintas regiones y provincias, ya que este género, como “documento social”, “ha abarcado todo el ámbito del país” y permite intentar “una geografía estética” [IV, 133].

En el tomo V, cuando desarrolla el asunto de la literatura folklórica, Augusto Raúl Cortazar precisa que “siendo los fenómenos folklóricos localizados por naturaleza, la literatura que los refleja ha de tener carácter regional” [V, 76]. Otro de los aportes interesantes es el empleo del término “ámbito”, en lugar de región o área, “para sugerir la complejidad de los factores integrantes” del mapa folklórico-literario [V, 77]. Cortazar identifica ocho ámbitos: jujeño, noroéstico, cuyano, patagónico, pampeano, litoral, de la selva y central.

1.2.4. La crítica desde la metrópoli

Severos cuestionamientos al Nativismo emergen en la década de 1970 desde una postura sociocrítica muy marcada y desde estudiosos porteños; en particular, los que publican a través del Centro Editor de América Latina. Estos juicios son tan taxativos que han sellado el *destino* de esta poética.

Un texto revelador de esta tendencia crítica es “En torno al regionalismo”, de Aníbal Ford, prólogo de *Cuentos del Noroeste* (1972; colección Historia Popular, 99, del C.E.A.L.), reeditado como “El regionalismo” en el volumen que el propio Ford organiza con el título *Desde la orilla de la ciencia: Ensayos sobre identidad, cultura y territorio* (1987), edición de la que extraemos nuestras citas. En él, habla de la “literatura sobre el interior” de autores que publican en Buenos Aires y que son sobre todo periodistas, durante el período entre 1888 y el Centenario [223].

Según el antólogo, hay dos corrientes en la literatura argentina “sobre el interior”: la urbana (Buenos Aires y sus suburbios) y la rural (del “país rural, incluyendo sus pueblos” [224]); esta última a su vez se bifurca, por un lado, en la “literatura sobre los campos productivos”, “modelo literario oficial y [...] portadora de la mitología nacional”; y, por otro, en “literatura sobre las otras zonas rurales”, las más pobres, literatura “a la cual se aplicará el rótulo del regionalismo, término que indudablemente no es sólo descriptivo” [224]. Ford no duda en afirmar que ambas tendencias, el ruralismo bonaerense y el regionalismo, son “instancias del proyecto político-cultural que desarrolla la oligarquía en esos años” [224] y por el que se impone la cultura de una clase como la de toda la nación y en contra del proletariado urbano, particularmente el del inmigrante. Son sus promotores “el evolucionista Joaquín V. González”, “el tradicionalista Martiniano Leguizamón” e, incluso, “el idealista Ricardo Rojas”, representante de la incipiente burguesía nacional [223]. La finalidad, para Ford, es clara:

La vuelta al campo implica una revisión de las relaciones con el proletariado rural y su cultura, con lo que antes se había menospreciado como “barbarie”. Pero una revisión interesada: se buscará en él al aliado subordinado y obediente,

antídoto del proletariado urbano y de las luchas sociales, y también base electoral ante la inminencia de la Ley Sáenz Peña [225].

En consecuencia, “el paternalismo será uno de los rasgos estructuradores más importantes” [225].

Ajeno a la realidad contextual epistémica de los nativistas, un poco más adelante completa la explicación de ese proceso:

La suposición de que hay un orden natural (la evolución), con su mecánica propia, que determina diferencias entre los hombres, termina justificando “científicamente” el orden social dado: la explotación y subordinación del proletariado rural. Entonces, la “barbarie” deja de ser una realidad impugnadora, que está enfrente, para transformarse en un estadio anterior de la evolución. Jerarquizada y cristalizada así la realidad social se podrá realizar la necesaria alianza con lo nativo [227].

De a poco, el marco teórico del materialismo marxista se hace explícito: lo que Ford reclama al regionalismo oligárquico es que “no se articule sobre la exploración de la situación dependiente y de la sumersión del interior, sino que escamote[e] ambas realidades”; que se niegue al pueblo “como creador de cultura” [226] y que se vea “la dependencia cultural como causa y no como consecuencia de la económica” [230]. Desde este parámetro epistémico prefigurado y prefigurador, debe entenderse el menoscabo al valor de los elementos míticos incluidos en los textos regionalistas:

En el supuesto irracionalismo de esas culturas [primitivas] se encontrará entonces la voz última de esa naturaleza, sus pautas ordenadoras, universales y atemporales, estructuradoras (sin una exploración del significado particular que les confiere el contexto social y económico) de una gran cantidad de relatos regionalistas [...]. El regionalismo pasará entonces por arriba la situación histórica concreta de la región, para adherirse a esas pautas arquetípicas, a ese saber atemporal. Así el “nacionalismo” se transforma en universalismo y, por lo tanto, en una forma de congelar la historia y de defender el *statuo quo*. Esta es la vieja función que cumple en nuestra cultura el mito de una Argentina atemporal [228-9].

Por todo ello, Ford niega cualquier tipo de valor a la corriente literaria en su conjunto, aun cuando intente rescatar algo de Rojas⁷. Continúa la historia con las novedades originadas en nuevas dinámicas sociales (inserción de la clase media en la cultura, desarrollo del periodismo, nuevas afirmaciones del realismo) [232], como el “reformismo” de Roberto Payró, “propuesta didáctica y civilizatoria” que, aun cuando pretenda concretar la restauración del realismo y el compromiso con la realidad circundante –modificando así las pautas del regionalismo anterior–, reinstala en la literatura la dicotomía civilización-barbarie “y con ella el distanciamiento y la minusvaloración de la realidad popular observada” [232-3]. El reformismo, aclara Ford, deriva hacia otras líneas, algunas de las cuales permiten “una mayor solidaridad con lo

⁷ Ricardo Rojas, “si bien confirma y fortalece pautas del regionalismo oligárquico, influirá a través de la crítica a la dependencia cultural y de su conciencia de la dependencia económica, en procesos que, posteriormente, se tornarán conflictivos para ese regionalismo” [Ford: 229-230]; “al no derivar la nacionalización cultural de la económica termina apoyándose en una postulación última de la nacionalidad de índole metafísica y telúrica” [230].

narrado”, como sucede con las de Mateo Booz y Luis Gudiño Kramer [232]; en otros casos, se acentúa la ortodoxia⁸. Por última etapa, Ford presenta el “populismo” de Fray Mocho, quien “comienza, precariamente, a ubicar las culpas donde corresponde, a provocar las primeras fisuras en una concepción de la pobreza originada junto al primer desarrollo capitalista europeo[,] a liberar a la literatura de las presiones del paternalismo oligárquico o del liberalismo reformista” [233].

Finalmente, Ford se concentra en el corpus de la antología, cuyos autores han empezado a producir entre 1920 y 1930 o entre 1940 y 1950. Serían nuevas generaciones regionalistas, pero circunscritas a una región: el Noroeste argentino. Los aportes originales de Fausto Burgos, Juan Carlos Dávalos, Ángel María Vargas y Clementina Rosa Quenel sacuden un poco las reglas de los regionalismos oligárquico y reformista, aunque solo en la medida en que se valora el saber económico de un hombre de pueblo, se refleja la crisis de la oligarquía o la derrota de una economía precaria, se observa lo cotidiano y se articula la historia a partir de tensiones reales y no retóricas [235-6].

La antología se cierra con dos cuentos de Héctor Tizón, que es presentado como uno de los nuevos escritores del Noroeste. Sin darle una denominación precisa al grupo o al momento, Ford reconoce que, ante estas novedades, “el término regionalista, tal cual era usado tradicionalmente, deja de tener sentido” [239].

La caracterización del regionalismo hecha por Aníbal Ford se replica en la *Historia de la literatura argentina: Capítulo* (C.E.A.L.) porque responde al mismo marco teórico, aunque en la historia no está bien precisado. (Anticipamos ahora algunas de las consideraciones de Carolina Cruz en el punto 3). La primera edición de *Capítulo* (1968-1976) está organizada según la evolución de los géneros literarios, sin planteos geoculturales. Por eso, apenas si se menciona el Regionalismo como componente del Criollismo [Jitrik y Dos Santos: 667-72]. Después, en el marco del Realismo tradicional se diferencia la narrativa rural, continuadora de la gauchesca (Martiniانو Leguizamón, Benito Lynch) [Dos Santos]⁹, de la narrativa de la ciudad, de tono social, que muestra el proceso de crecimiento urbano [Lafforgue y Rivera].

En particular, Estela Dos Santos delimita una “estética regionalista” entre fines del siglo XIX y la primera década del XX: narrativa no novelesca, realista en las descripciones, todavía romántica e idealizadora en la tipología de los personajes, escrita por autores que pertenecen a la clase social del estanciero. En este grupo, se incluyen los textos de Joaquín V. González, Roberto Payró, José S. Álvarez, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Martiniano Leguizamón [889-91], junto con Benito Lynch, quien adopta un regionalismo más realista.

⁸ “Si la cultura de la pobreza, enfoque básico del regionalismo, era mitificada por la corriente oligárquica, esta línea del reformismo verá en ella a la ‘barbarie’, a la causa de los males sociales y buscará desplazarla, reemplazarla por los contenidos de la ‘civilización’. Otra vez la cultura como causa y no como resultado. La imposibilidad de modificar esa cultura en la medida que es producto de una sumersión económica que no se modifica, derivará hacia la frustración y hacia las explicaciones basadas en el evolucionismo u otras instancias en lugar de elaborar a través de su ahondamiento (lo que no significa erigirla en propuesta) la crítica a las estructuras económicas” [Ford: 233].

⁹ El fascículo “Realismo tradicional: Narrativa rural”, a cargo de Estela Dos Santos, se repite en la 2° ed. de *Capítulo* con el número 70.

En el resto de los tres tomos, se comentan sucintamente la “poesía de inspiración provinciana y regional” (Sarlo) [769], las voces poéticas de la década de 1940 “llegadas de las provincias” (Veiravé) [1153] o la superación del “sentimiento regionalista” que logra *La Carpa* (Giordano) [1193].

En la segunda edición de *Capítulo* (1979-1982), aparecen algunos comentarios que problematizan el concepto ‘Regional’. En el fascículo 1, “La novela argentina”, Josefina Delgado opina que “es en el interior del país donde comienza a surgir ese equívoco que llamará literatura regional a todo lo que no se escriba en Buenos Aires” [15], aunque no proporciona las fuentes de tal afirmación. En cuanto a “La narrativa en las provincias”, distingue la regionalista basada en la descripción de paisajes, personajes y costumbres (década de 1920) de otra posterior, que no puede ser pensada como regional porque “no depende de especificaciones geográficas” [17]. Para Delgado, el quid de la problemática depende en gran medida del lugar de publicación y de la recepción de esos textos en la capital argentina.

En el fascículo siguiente, dedicado al cuento, Beatriz Sarlo atiende a dos modalidades producidas en las provincias: por un lado, la que recrea y funda al mismo tiempo una mitología tradicional y que, por ello, “merece la designación de regionalista” [34], como la de Juan Carlos Dávalos; por otro lado, la de Luis Gudiño Kramer o de Mateo Booz, que se basa en una “percepción realista moderna [...] fuera del ámbito del regionalismo exterior y folklorista” [1968-1976b: 39]. Sarlo relaciona estos tipos de producciones con la situación económica, marginada, de las provincias (sobre todo, las del norte argentino).

La “cuestión de la literatura regional” aparece en el fascículo 66, “Juan Carlos Dávalos: La literatura del noroeste argentino”, en el cual Alejandro Fontenla da la definición de regionalismo como supuesto teórico (que hemos transcrito más arriba), aun cuando considera tarea ardua determinar “su validez y universalidad, sus logros específicos y sus hallazgos”. Además, reconoce a Aníbal Ford como un primer antecedente de la cuestión y lo parafrasea al explicar que existen “dos zonas bien delimitadas: la región de los campos fértiles y productivos, especialmente la llanura bonaerense [...].

Y otras regiones, menos optimistas en relación a su productividad y fertilidad, entre las cuales se incluye el noroeste argentino, para cuya literatura se reservaría el rótulo de *regionalismo*, con lo cual el término no tendría sólo valor descriptivo, sino que asumiría un carácter valorativo” [481].

Este carácter valorativo, observa Fontenla, remite al “cristalizado prejuicio que desvaloriza esta producción” [481]; prejuicio basado en “las pautas urbanas” de la valoración cultural, por las que se asocia lo regional a lo rural y, por ello, se lo margina. El propio Fontenla, aunque sin proponérselo, ejemplifica las ambigüedades semánticas al decir que hay una tradición literaria que busca “elaborar una actitud y una estética en el contacto con el territorio interior, con los diversos ámbitos rurales, incluyendo ciudades y pueblos” [481]. Se evidencia, entonces, tanto en Ford como en Fontenla, la concepción centralista que engloba el “interior” del país como un solo ámbito, el campo, mucho menos productivo que la ciudad por antonomasia, Buenos Aires.

Otro aporte de Fontenla es una propuesta de periodización, que aprobarán historiadores posteriores, aunque a veces con valoraciones diferentes sobre la literatura producida en cada etapa:

- 1) Desde fines del siglo XIX y los textos de Joaquín V. González, hasta la década del primer Centenario: rescate de lo vernáculo (“arte nativo”) para la configuración de lo nacional; narrativa caracterizada por el tradicionalismo, el pintoresquismo, la exuberancia, el énfasis y una actitud paternalista;
- 2) Entre 1920 y 1940, la “segunda generación”: literatura con sentido de “pertenencia natural, raigal y continua, del escritor hacia su medio”, más realista y hasta desmitificadora; “liberada del nacionalismo dogmático”, sin el “enmascaramiento pintoresco” [484];
- 3) A partir de 1940: escritores “portadores de una nueva visión del mundo y de una nueva concepción del oficio literario” modernizan las técnicas narrativas y el instrumento expresivo [481-485].

Carolina Cruz, en su respectivo capítulo de este mismo volumen, proporciona más detalles acerca de los comentarios sobre el Regionalismo en esta historia literaria. Solo como una nota final, advertimos que, en líneas generales, se asocia calidad narrativa a realismo (verismo) y denuncia: si se observa con empatía a grupos sociales marginados (clase baja, trabajadores u obreros, gauchos, indios, etc.) es un costumbrismo-regionalismo valioso (por ejemplo, el de Fray Mocho); si, en cambio, el narrador observa a esos grupos con interés pero no con empatía, se presume superficialidad (incapacidad para entender al personaje “desde adentro”), parcialidad y aun cierto desprecio (mirada burguesa) en el escritor. En otras palabras, para los historiadores de *Capítulo* todo escrito que no proponga una tensión cuestionadora con lo establecido (social y estéticamente hablando) no es ni puede ser buena literatura.

En la misma línea ideológica, se ubican los numerosos trabajos de Eduardo Romano. En su estudio preliminar a *Narradores argentinos de hoy, I* (1971), de la clásica colección G.O.L.U. (Kapelusz), “arriesga” una sistematización del cuento argentino. Empieza por el regionalista, que aparece a fines del siglo XIX:

La actitud del narrador consiste en recortar un trozo de mundo característico cuya particularidad geocultural condiciona personajes, sucesos, situaciones, y “traducir” en palabras su peculiaridad [1971: 10].

Luego de un breve panorama histórico, Romano subdivide la actitud regionalista, “de acuerdo con los valores que se desean destacar en cada caso y con el progresivo alejamiento de aquellas formas más cercanas al origen oral no artístico”, en el cuento tradicionalista y en el regional pintoresquista. En el primero, los autores buscan subrayar y proteger “usos, costumbres, tipos, actos y gestas que consideran pilares en la constitución de nuestra nacionalidad” [11], especie de “actualización del mito de Anteo” [13]. El segundo tipo se “muestra libre de preocupaciones ideológicas, entregado de lleno a la extracción y puesta en relieve de paisajes, circunstancias o tipos peculiares. Ávido de interesar por ellos al lector, no vacila en vincularlos directa o indirectamente con su

experiencia personal, que juega como prueba de verdad”; por ello, puede subclasificarse en descriptivo, anecdótico y evocativo [13].

En las otras clases de cuentos –el humorístico, el regionalismo satírico, el reformismo sentimental y naturalista, el reformismo pedagógico– también se observan “formas literarias sujetas a las apariencias de la región o de la sociedad, sin autonomía significativa desde el momento en que su función se limitaba a contornear un significado provisto desde afuera” [26]. No ocurre así en el cuento dramático, en el cual “la realidad aparece interpretada a través de fuerzas que se encarnan y oponen con una dinámica que no escatima angustia al lector ni ahorra riesgos al escritor mismo” [26]. Esas fuerzas o “variables” son cinco: “hombre – naturaleza – animal – adversidad – cultura” [29]. Como ejemplo de cuento dramático, Romano cita *El viento blanco*, de Juan Carlos Dávalos, texto representativo de lo que luego se denominará Segundo Regionalismo. Podemos concluir, por ende, que esa dramaticidad es la diferencia sustancial entre los dos momentos regionalistas.

En trabajos posteriores, Eduardo Romano reconoce el regionalismo como una poética, el Nativismo:

Esta poética tiene sus propios criterios de representación: preeminencia de lo descriptivo frente a la narración; idealización del vínculo entre patrones paternos y subordinados fieles –sean negros esclavos o redimidos, sean gauchos peones–; celebración de rituales o festividades arcaicas adaptadas y decantadas por el clero o las autoridades civiles; exaltación eglógica de las tareas campestres, despojadas del esfuerzo que implican [2004a: 600].

Esta poética se completa con la ubicación temporal (1887-1926) y la identificación política, a partir de la cual Romano pretende *desenmascarar* las intenciones de los nativistas:

Creo que se trata de una táctica complementaria del liberalismo económico, en el momento de la definitiva integración del país al mercado capitalista internacional.

Sabemos que esa integración estaba subordinada, a su vez, a los intereses británicos. Nada mejor que acompañarla de una propuesta cultural que reforzara lo que González entendía por “alma nativa” [...]. De paso, exaltar y celebrar el “alma” servía de coartada para no reparar demasiado en el cuerpo de los virtuales portadores de dicha cultura autóctona, bastante maltrechos ya por la miseria que produjeron las luchas civiles, el centralismo porteño y sus propias oligarquías provinciales [2004b: 165-6].

Siguiendo a Ford, diferencia tres tendencias: 1) la nativista, que se extiende hasta la década de 1940 con Guillermo House y Daniel Ovejero, o la que modulan los escritores anarquistas (Ghiraldo) y de izquierda, quienes denuncian las malas condiciones de vida y de trabajo en algunas regiones, como el Litoral, en la década de 1940; 2) el reformismo pedagógico de los comunistas (décadas de 1930 a 1950), entre los que destaca a Luis Gudiño Kramer; 3) las “voces intermedias” o “líneas heterodoxas” de Liborio Justo, por un lado, y del “versátil” Pablo Rojas Paz, por otro [2004a: 610-9]. Finalmente, Romano resume el *acta de defunción*:

La narrativa regionalista, construida sobre esquemas del nativismo-criollismo o del reformismo pedagógico, comenzó a agonizar hacia 1950, aunque ya algunos escritores habían señalado otros rumbos para narrar la problemática de su –o de una– región con anterioridad. Factores literarios, pero también socioculturales, como la irrupción cada vez más notoria de un imaginario provisto por el periodismo, la radio y el cine, con abundantes componentes transnacionales, aceleraron su extinción o una sobrevivencia inexorablemente epigonal [2004a: 623].

En la más reciente, la *Historia crítica de la literatura argentina* (Emecé, desde 1999), que dirige Noé Jitrik, el Regionalismo parece ser un fenómeno pasado, superado por nuevas formas, aunque nunca se lo define, ni se determina su ubicación histórica inicial. Recién aparece mencionado en el volumen 6, como uno de los “territorios vecinos del imperio realista” [Gramuglio 2002b: 9]. Llama la atención que no se lo relacione con el Nativismo, como en *Capítulo*. Alfredo Rubione, en “Retorno a las tradiciones” (vol. 5), ha precisado la historia de términos literarios referidos al gaucho como sujeto social, no como tipo de una región: gauchesca, moreinismo, nativismo y criollismo. En cuanto al Nativismo, pone el acento en su carácter tradicionalista y político, por lo que queda lejos de un planteo regionalista¹⁰. Ya en “El imperio realista” (vol. 6), Nora Avaro analiza las peculiaridades de los “cuentos de monte” de Horacio Quiroga –sobre todo, la “experiencia límite” del medio–, que los diferencian del regionalismo, que “vuelve genérica y arbitraria” la vinculación entre ambiente y carácter” [195].

Un poco más adelante, Sergio Delgado retoma la periodización de Fontenla para concentrarse en la segunda generación (Juan Carlos Dávalos, Justo P. Sáenz, Amaro Villanueva y Mateo Booz):

A diferencia del regionalismo que lo antecede, de remembranza, de recuperación de la comarca natal perdida (con un evidente tono nacionalista y romántico: Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Martiniano Leguizamón, incluso el mismo Lugones), los escritores a los que se refiere este trabajo *viven* la región de su literatura, es decir, la escriben en el presente, asumiendo con comodidad los postulados del realismo novecentista, como si pudieran ignorar lo que había pasado y estaba pasando a su alrededor [346].

Según estas palabras, el grupo de escritores “escribe en el presente”, pero con formas anticuadas que le impiden ver ese presente. Delgado, en verdad, está asociando Regionalismo con Realismo y este, con un discurso no solo verista y actualizador, sino también productor de “conocimiento empírico”, que lo aferra al presente. Incluso, aclara que “parece redundante decir realismo y región”, que es un “pleonasma” [347]. No obstante, intenta una definición de literatura regionalista. Primero recupera solo los prejuicios –“literaturas marginales que no han trascendido sus ámbitos y conseguido un adecuado reconocimiento del ‘centro’, o que no han alcanzado ciertos logros formales”

¹⁰ “En definitiva, ‘nativismo’ es, por un lado una línea de la literatura argentina caracterizada por el ocultamiento estetizante de un conflicto social que está en la base de la literatura gauchesca y, por otro, un conjunto de obras cuyo rasgo general pareciera ser la estilización de los procedimientos de un género [...]”; proceso que se produce en el Río de la Plata entre 1875 y 1915 [Rubione: 93].

[347]–, por lo que la delimitación no le sirve para caracterizar a los autores que estudia en el capítulo, cuyas escrituras –dirá en la conclusión– resultan “distintas modulaciones de lo mismo: la ardua fundación de una mirada puesta sobre el color local” [364]. Luego, Delgado apela a las palabras de otros narradores, posteriores en el tiempo y en la evolución del concepto, y “en alguna medida también ‘realistas’, como Juan José Saer, Héctor Tizón y Antonio Di Benedetto” [346], aun cuando lo regional les pese “como seducción, amenaza o condena” [347]:

La región es la cuna. [...]

Entre el lugar natal, que liga al escritor a su pasado, y la escritura, cuyo desarrollo lo proyecta al futuro, la región es un conjunto presente de temas, voces y objetos, del cual, si acaso todavía no ha entregado sus secretos, ha dejado al menos de encubrirlos. [...]

[...] habitar el desierto y escribirlo haciendo de él, como objeto de conocimiento, algo a un tiempo propio y extraño [347-8].

Así Delgado anticipa el dilema que enfrenta Martín Prieto (en el vol. 10): cómo *ubicar* a escritores nacidos en cualquier provincia, de la que no reniegan, pero a la que no retratan como centro de la narración; escritores que, sobre todo, renuevan la forma de relacionarse con el medio a través de nuevas formas literarias.

En el volumen 7, “Rupturas” (dirigido por Celina Manzoni), hallamos un estudio muy pertinente: “Imaginando el norte: De letrados a poetas”, de Carmen Perilli, quien no problematiza el concepto sino, por el contrario, lo muestra en su operatividad. Es evidente su contacto íntimo con la literatura del NOA por ser tucumana y docente-investigadora radicada en Tucumán. El capítulo resume la actividad cultural fecunda de una región –el Noroeste argentino– entre las décadas de 1910 y 1950, que abarca desde las revistas culturales, las sociedades o grupos, proyectos literarios diversos (folklóricos, poéticos), publicaciones individuales, hasta la creación de la Universidad Nacional de Tucumán y, en particular, de la Facultad de Filosofía y Letras. Un programa cultural, fundado por la Generación tucumana del Centenario, que “sostiene con firmeza la necesidad de considerar que el Norte Argentino es no sólo una región geográfica sino también cultural” [513]; afirmación que se irá matizando en los años siguientes, cuando al “regionalismo oligárquico” es reemplazado por otro “atribuible a las clases medias” [528]. Perilli explica las distintas tensiones que, durante ese período, surgen, se estabilizan, se cruzan con otras opuestas, pero casi nunca se disuelven: lo regional / lo nacional / lo porteño, lo local / lo universal, el folklore oral / la herencia hispánica / la conservación letrada criolla, lo tradicional / el cosmopolitismo modernista, lo popular (dinamizante) / lo canonizado (estatizante); y muy especialmente la inevitable tensión entre cambio y permanencia: “El desafío mayor de la renovación literaria se le presenta al regionalismo: resguardar valores y tradiciones y, al mismo tiempo, trasmutarlos y trasladarlos a nuevas estructuras literarias, equivalentes pero no asimilables. Se trata de resistir la aculturación sin dejar de aprovechar las aportaciones de la modernidad” [528].

En la conclusión, Perilli sintetiza este proceso:

La Generación del Centenario, sin dejar de lado sus intereses de clase, proyectó una región cultural sentando las bases del Tucumán moderno. [...] En

Santiago del Estero, en la conjunción de vanguardia y regionalismo, surgió una lectura distinta. [...] El lugar de la literatura cambia por la acción de revistas como *Cántico*, *Tuco* y, por fin, la constitución del grupo La Carpa. La juventud de clase media se apropia de la palabra para acercarse al canto del pueblo, en una propuesta neorromántica y populista. [...] De la región cultural proyectada por el Centenario quedan magníficos archivos patrimoniales, hoy deteriorados; del grupo La Carpa, un imaginario poético regional que impregna, desde hace tiempo, la literatura [534-5].

Del volumen 9, “El oficio se afirma”, dirigido por Sylvia Saítta, interesa el capítulo “Culminación y crisis del regionalismo literario”, en el que Eduardo Romano [2004a] amplía el corpus, extendiéndolo en el tiempo, y ratifica su valoración, como indicamos más arriba.

En el volumen 10, Martín Prieto [“Escrituras de la ‘zona’”] ratifica la evaluación anticipada por Delgado respecto de Antonio Di Benedetto, Daniel Moyano, Juan José Saer y Juan José Hernández:

[...] grupo de narradores, nacidos y criados en las provincias argentinas quienes [...] deciden [...] revisar las convenciones del regionalismo provincial, privilegiando en sus obras el ambiente, el paisaje, los tipos, las modalidades del habla y las costumbres de un determinado lugar, de una determinada región, pero, a su vez, otorgando en el relato singular relevancia a las elecciones compositivas; obtienen, de este modo, un producto que elude la pura referencialidad, el documentalismo, el pintoresquismo, el folklorismo y el costumbrismo para instalarse en la tradición iniciada en la literatura argentina por Horacio Quiroga [...] [343-4]

Escritores que, según Prieto, mediante valiosos gestos de ruptura, “se levantan contra la ‘siesta provinciana” [354; Molina 2017] y, al mismo tiempo, quieren “construir una poética narrativa desde el interior del país enfrentándose, por un lado, a la narrativa ‘de Buenos Aires’ [...] y, por otro, a las convenciones pauperizadas de la literatura del interior, regionalista, que reclamaba un lugar en la literatura argentina concedido más como un acto de justicia política que literaria” [345]. Con estas palabras, se solidifica un juicio de valor menospreciador de los primeros regionalismos, cuando lo descripto (ambientes, costumbres, tipos) era más importante que lo narrado; también, de cierto modo, se identifica literatura regionalista con literatura de poco valor literario. Pero, al mismo tiempo, y gracias a la calidad y la originalidad de Di Benedetto, Moyano, Saer y Hernández, esta “escritura de la zona” –a la que Prieto considera inadecuado denominar literatura del interior o regionalista– potencia el referente “por la vía de una intensificación poética” e indica que “la llamada literatura argentina se lleva a cabo en toda la extensión del país a partir de un trabajo constante en el trazado de redes de significación en las que reside su identidad” [354].

Enrique Foffani y Adriana Mancini, en el volumen 11, consideran que en la historia literaria “el término *regionalismo* es anacrónico frente a la modernidad o es retrógrado de espaldas a ella” y observan que en el último tercio del siglo XX se produce una transformación del Regionalismo, más precisamente de la ficción regionalista, para la

que retoman la denominación de Sarlo: “regionalismo *no* regionalista” [261]. Reconocen, en definitiva, la “insuficiencia conceptual” de los términos y la importancia de atender la forma de aparición de los conceptos en el transcurso de la historia: “De allí que situar *la noción de regionalismo*, que la crítica a menudo ha descripto como improductiva, nos haya permitido extraterritorializarla, liberándola del lugar remanido en donde estaba: del lugar común” [262]. No obstante, Foffani y Mancini establecen un nuevo límite al Regionalismo porque lo comparan con la poética universalista del Modernismo –“El Modernismo desalienta el paisaje decorativo, pintoresquista, local, provincial, comarcano, como si le cortara al terruño su cordón umbilical o le abriera las fronteras a los confines del universo” [262] – y con las culturas extranjeras, por lo que aquel ha resultado retrógrado y ciego (cerrado al universo) a causa de su pintoresquismo y color local [263]. También proponen una forma de superar esas dicotomías: “Leer el universo desde la región”, “apropiación que desregionaliza pero, como apunta certeramente Ángel Rama, sin *renunciar al alma*” [263]. Después de estas aclaraciones iniciales y bajo el título de “Más allá del regionalismo”, Foffani y Mancini comentan la narrativa de Juan José Saer y Héctor Tizón, a los que se suma Haroldo Conti en un apéndice de Néstor Restivo¹¹.

Tras esta mirada panorámica, podemos concluir que los esfuerzos por historiar la literatura argentina como conjunto, esfuerzo constreñido por la linealidad de la narrativa historiográfica y un espacio gráfico limitado, perjudican al corpus reunido bajo un rótulo “literatura regional”, de diversa calidad e importancia. Si como literatura argentina debe considerarse la que ha alcanzado renombre nacional, los textos de menor trascendencia quedan desubicados. Quizás la respuesta al dilema sea la más evidente: que la historia literaria nacional no es el mejor discurso para destacar tantos textos que han impulsado la cultura de comarcas más o menos extensas.

1.2.5. La crítica desde la “periferia”

El debate más sustancioso sobre la problematicidad de los conceptos Literatura Regional y Regionalismo se inicia y se desarrolla en ámbitos académicos no porteños (generalmente, bastante alejados de Buenos Aires), o sea, en los mismos ámbitos donde se producen esos textos literarios que hablan de la comarca o que son escritos por los convecinos, pero que no aparecen en la historiografía literaria nacional. Estudiosos universitarios de distintas zonas del país, individual o grupalmente, deciden ampliar el corpus de lectura y de investigación, analizar textos y metatextos, cuestionar y proponer nuevos enfoques.

La denominamos “crítica desde la *periferia*” por varios motivos: a) la crítica producida a lo largo y ancho de la Argentina también se produce y se (minus)valora desde el paradigma dicotómico de lo nacional / lo provincial¹²; b) buena parte de los críticos literarios de ese *resto* se autositúan (con no poco orgullo) en la *periferia de lo nacional*, ejerciendo el derecho

¹¹ En el volumen 12, “Una literatura en aflicción” (2018), dirigido por Jorge Monteleone, no hallamos disquisiciones teóricas significativas.

¹² Más precisamente, deberíamos hablar del *eje* portuario-cerealero (sobre todo Buenos Aires-Rosario-La Plata) vs. el resto.

a una crítica independiente (incluso latinoamericanista), aun cuando este situarse –a veces– se fundamenta en un marco teórico muy similar al de la crítica metropolitana.

La historia de esta crítica (acompañada por unos pocos proyectos historiográficos)¹³ no es homogénea, sino que se va dividiendo como las ramas de un árbol corpulento, según los enfoques elegidos por los investigadores. Las líneas troncales son marcadas por los *maestros*: Zulma Palermo (NOA), Jorge Torres Roggero (Córdoba) y Gloria Videla de Rivero (Cuyo).

Esta *otra* particular historia tiene un hito originario en el Simposio de Literatura Regional, organizado por la Universidad Nacional de Salta en 1978. El debate se funda en la seguridad de que existe una literatura que merece ser estudiada, pero se duda acerca de cómo denominar al nuevo objeto de estudio.

Gloria Videla de Rivero toma la posta y en 1984 publica “Las vertientes regionales de la literatura argentina”, artículo que expone su preocupación teórica. Además, secundada por Marta Castellino, Gustavo Zonana, Fabiana Varela, Dolly Sales, Hebe Molina y otros docentes investigadores de la Universidad Nacional de Cuyo, funda el Centro de Estudios de Literatura de Mendoza (CELM) en 1987, dirige el proyecto “Literatura de Mendoza: Espacio, historia, sociedad” (Proyecto de Investigación Plurianual, Conicet), gracias al cual se publican tres volúmenes con ese mismo título, entre 2000 y 2003; funda la revista *Piedra y Canto* (2003) y preside la organización de las cuatro Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas (Mendoza, 2002, 2006, 2010, 2016), cuyos resultados más sobresalientes son difundidos mediante los dos tomos de *Literatura de las regiones argentinas* (2004, 2007) y el CD ROM *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.

Paralelamente, en Córdoba se gesta otro debate desde *Silabario: Revista de Estudios y Ensayos Geoculturales* (2004), presidido por José Torres Roggero, con Pablo Heredia, Domingo Ighina y Andrea Bocco, principalmente.

Ya en el siglo XXI, se multiplican las distintas actividades –creación de centros, proyectos de investigación, jornadas o simposios específicos, seminarios, cursos, además de cátedras dedicadas a la literatura regional–, gracias a las cuales se han ido tejiendo redes institucionales. La más fuerte es la federal Red Interuniversitaria de Estudio de las Literaturas de la Argentina (RELA), nacida 2008 en Salta gracias al impulso de Amelia Royo y el Instituto de Investigación en Literatura Argentina e Hispanoamericana “Luis. E. Soto”. La continúan, en su carácter de coordinadoras generales, María Ester Gorleri (Formosa, 2011-2012), Alejandra Nallim (Jujuy, 2013-2014), Fabiana Varela (Mendoza, 2015-2016) y Liliana Massara (Tucumán, 2017-2018)¹⁴.

Diversos programas del Ministerio de Educación nacional, destinados a apoyar actividades de investigación y de fortalecimiento institucional de las universidades nacionales, han favorecido los estudios regionales pues, aunque con fondos limitados, han promovido el trabajo en equipo y la direccionalidad de las investigaciones hacia los

¹³ *Historia de las letras en Catamarca* (4 vols., 1991), dirigida por María Rosa Calas de Clark; y *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza* (3 vols., 2013-2015; en 4° en prensa), dirigido por Marta Elena Castellino.

¹⁴ Ha sido elegida para coordinar RELA por el período 2019-2020 la Prof. María Inés Laboranti, de la Universidad Autónoma de Entre Ríos.

temas más “prioritarios” según los distintos contextos. Entre estas siempre discutibles prioridades, la literatura de los comprovincianos se yergue altiva y polémica. Uno de los proyectos más destacados e innovadores, sobre todo porque origina la experiencia casi única de un equipo constituido por investigadores de tres universidades, es “Fomento de la investigación interinstitucional sobre la literatura del Noroeste Argentino”, dirigido por Raquel Guzmán de Dallacaminá, de la UNSalta; Alejandra Nallim, de UNJujuy; y Liliana Massara, de UNTucumán (subsidiado por el PROHUM I, programa de la Secretaría de Políticas Universitarias, del Ministerio de Educación de la Nación Argentina). Otro fundamental es “Las literaturas de las provincias y las regiones argentinas en contacto: condiciones para la articulación del sistema literario con sentido federal”, proyecto de fortalecimiento institucional, SPU, 2012, dirigido por María Ester Gorleri (UNFormosa), gracias al cual se afianza RELA.

Sin duda, el ámbito privilegiado para los debates regionalistas ha sido y es el de las reuniones científicas; por eso, Fabiana Varela les dedica el punto 2, en el presente volumen, a las actas del pionero Simposio salteño, de las Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas y de la serie de jornadas realizadas en el NOA por las Universidades Nacionales de Salta, Jujuy y Tucumán, entre 2010 y 2012, publicadas con el título *La literatura del Noroeste Argentino: Reflexiones e investigaciones*.

A esta lista habría que agregar los últimos Congresos Nacionales de Literatura Argentina (Mendoza, 2007; Córdoba, 2009; Resistencia, 2011, Comodoro Rivadavia, 2013; Paraná, 2015; Formosa, 2017)¹⁵, en los que hubo paneles dedicados a esta problemática; y las Jornadas RELA (Tucumán, 2018).

Estos encuentros han producido dos resultados: por un lado, el establecimiento de redes profesionales; en particular, RELA; por otro, la demostración de cuán diversas son las perspectivas teóricas desde las cuales se puede enfocar la problemática. Esta variedad origina, a su vez, diferentes *regiones* académicas, emparentadas con las universidades nacionales y, de algún modo, con sus denominaciones: Córdoba, Cuyo (luego dividida en tres: Cuyo, San Juan y San Luis); Tucumán, de la que se desprende Salta (cuyo lema es elocuente: “Mi sabiduría viene de esta tierra”); Jujuy, Catamarca, Nordeste, Formosa, Misiones, Litoral, Patagonia San Juan Bosco, La Pampa y la Autónoma de Entre Ríos, entre las más dedicadas a estos asuntos¹⁶.

El trabajo en red no implica uniformidad de enfoques ni de conceptualizaciones. Por ello, resumimos los aportes variados (y *federales*) agrupándolos según el eje epistémico primordial que los guía, criterio que también muestra la evolución en estos estudios.

1.2.5.1. La crítica integradora

Con esta denominación caracterizamos a los estudios que se preguntan por el sentido de la literatura regional, movidos por el afán de incluir a autores locales en los panoramas

¹⁵ El próximo, el XX, se realizará en setiembre de 2019, en Santa Rosa (La Pampa), con una variante en el título: Congreso Nacional de Literaturas de la Argentina.

¹⁶ La importancia de las universidades nacionales en la regionalización literaria es destacada por Bernardo Canal Feijóo ya en 1978 [18]. Es indispensable aclarar, además, que el lugar de residencia y de estudio no es condición *sine qua non* para ubicar a cada estudioso en un tipo de crítica, porque además son tipos de modos de encarar el estudio, enfoques epistémicos. Hay críticos provincianos que publican en volúmenes porteños, hay porteños que entienden y valoran la producción no porteña.

literarios canónicos y de establecer cómo funcionan sus textos –poco visibles en la metrópoli– en el polisistema literario argentino. Se da por sentado que existe una “literatura nacional” como un conjunto definido, pero al que le falta una parte: las literaturas regionales. Para ello, se propone un cambio de perspectiva desde la cual la literatura argentina se entienda “como haz de aportaciones individuales y sociales en la configuración colectiva de nuestra literatura, una constelación de textos donde el discurso regional sea leído en función integrativa dentro del discurso general de la literatura nacional” [Serra: 56]. Gloria Videla precisa:

Esta labor crítica aportada por las propias regiones, ya está en avanzado grado de realización, aunque aún sea mucho lo que resta por hacer, tanto en las visiones panorámicas como en calas monográficas. [...] Hoy todas las regiones autoexaminan sus producciones, pero es insuficiente aún el tejido de una red integradora [...] [2004: 7-8].

Este tipo de crítica comienza por aclarar que existe una literatura regional, explica en qué consiste o qué textos abarca, establece diferencias respecto del regionalismo, pero sobre todo presenta y devela esas obras menos difundidas, cuya importancia literaria conocen solo los convecinos.

En el Simposio de Literatura Regional (Salta, 1978), ya mencionado, la distinción entre Regionalismo y Literatura Regional se hace en términos de objetos de estudio: el primero es “la versión de una realidad dada por quien la expresa y la vive en tradición y actualidad”, mientras que la segunda solo vale “como producción de tal región” [Ara: 10].

María Delia Paladini entiende la poética del regionalismo como un desgranamiento de la búsqueda de lo nacional y una “aprehensión de peculiaridades diferenciadoras relevantes”:

Con ellas se particulariza un sector claramente localizado de una unidad mayor. [...] Cada región tiene un tono, un matiz. El artista regional es aquél que tiene oídos para ese tono y ojos para ese matiz. El artista que siente “la intensidad de lo peculiar”. El que siente simpáticamente ese micromundo [47].

En general, los expositores coinciden en que la poética regional se basa en la interrelación entre paisaje, hombre y lengua, pero también en la forma de ver y transmitir dicho paisaje [Isaacson; Paladini; Serra]. Bertha K. de Abner, María Cristina Krause y Bertha V. de Klement, por su parte, optan por un concepto geográfico integral, “una teoría estructural de las regiones que las concibe como sistemas relacionales organizados solidariamente” [30], del que resulta que “toda literatura es regional, ya que surge de un específico entramado de rasgos naturales y humanos” [32]¹⁷.

Subyace la cuestión de la identidad argentina: se reclama para las regiones cierta prerrogativa respecto de “lo nacional” pues en el componente regionalista el autor privilegia lo propio (“color local”), que siempre es identitario (diferenciador respecto de los *otros*). Por ello, la preocupación de los críticos integradores se centra en si la mirada local y localista no contribuye a marginar lo regional dentro de lo nacional y si no

¹⁷ Estas investigadoras estudian los caracteres descriptivos de un corpus de literatura regionalista sanjuanina desde dos grandes ejes: el temático (sistemas secuencial, actancial y contextual) y el retórico (sistema estilístico y el de la construcción), que les permiten “extraer semas pertinentes de la narrativa regional cuyana” [K. de Abner, Krause y V. de Klement: 25-6].

provoca un ámbito de recepción también acotado, por lo cual los textos regionales (regionalistas) no trascienden las fronteras geográficas, ni las canónicas.

Esta es la perspectiva de Gloria Videla de Rivero, quien retoma las preguntas acerca de la literatura regional. Para sus propias conclusiones, se basa en una “concepción organicista” [2004: 10], según la cual cada región es un órgano de ese cuerpo que es el *todo nacional*, órgano que “cumple una función irremplazable” [9]. Siguiendo a Bernardo Canal Feijóo, Videla advierte que es falacia “delimitar la literatura regional de la nacional ya que una literatura es regional y *es nacional*” [9]¹⁸. Su concepto de Literatura Nacional le permite esta relación: “La literatura nacional implica, pues, una conciencia de unidad en la pluralidad, de representatividad de lo particular en lo general, de afinidad y cohesión de lo múltiple en lo uno, de rasgos comunes que se abstraen de una realidad variada” [1984: 16]¹⁹. Pero, al definir Literatura Regional, recurre a fundamentos ántropo-geográficos, según los cuales el ámbito geográfico-cultural condiciona la escritura:

Literatura regional sería el conjunto de creaciones literarias que se escriben en una determinada zona del país con determinadas peculiaridades que pueden influir en el escritor, como el clima, el paisaje, la flora y la fauna, los cultivos, la economía, la raza, la lengua, el legado histórico, la tradición cultural y folklórica [...] [17].

Luego, agrega esta aclaración:

Dentro de ella se puede dar la más amplia gama de vocaciones individuales, desde el rescate de lo tradicional, histórico o folklórico hasta la literatura intimista, psicológica y fantástica, con connotaciones regionales o sin ellas, pasando por la captación de paisajes, ambientes y costumbres urbanas o rurales de la zona o de otros ámbitos o por el tratamiento [...] de su problemática social [18].

Con esta apostilla, se abre la conceptualización a todo lo producido en una región, por lo que Videla misma recomienda hablar de “literatura de la región o de la provincia, más que de una literatura regional” [18, n. 7]. Esta ambigüedad se justifica en el problema medular que plantea la estudiosa mendocina: “ha llegado la hora de revertir la propuesta del país focalizado únicamente en Buenos Aires”. Por ello, define: la creación literaria “es primaria y básicamente regional y –en su conjunto– nacional” [25]. Obsérvese que reafirma la noción de que Literatura Regional remite a un “conjunto” y no a la obra individual, texto que es influido por la región, pero que no se reduce a ella.

Si el simposio salteño es el primer eslabón de esta crítica, continúan la cadena las Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas, que se proponen una evolución conceptual, según reconoce Gloria Videla: “Se ha avanzado desde el enfoque analítico fragmentado y regionalista a la consideración de las regiones en una búsqueda de integración [2004: 10].

¹⁸ Videla se basa en un diagnóstico claro: “las literaturas regionales acaban siendo entes casi inexistentes pero que sin embargo existen, vertientes que al entrar en el mar de la literatura nacional acaban no sólo diluyéndose, sino aniquilándose a sí mismas o –en el mejor de los casos– entregando al acervo nacional sus mejores frutos y reteniendo para sí sus partos más mediocres o deleznales. [...] ¿no será que el ángulo de delimitación entre lo regional y lo nacional es de alguna manera falaz? Cuando la obra regional es valiosa, cuando logra difusión en el país y en el mundo, parece que deja de ser regional para convertirse en nacional [...]” [1984: 14-5].

¹⁹ La *unidad en la diversidad* es, según Marta Castellino, “rasgo definitorio de nuestra identidad cultural, entendida como un todo no homogéneo pero sí armónico de diversas fisonomías regionales” [2007: 8].

Fabiana Varela, en este mismo volumen, advierte que el simposio salteño se produce en el contexto de la dictadura militar: “En este contexto no resulta extraño que las reflexiones vertidas en torno a lo regional insistan en el concepto de ‘lo nacional’ y en definiciones esencialistas”. Similarmente, las primeras jornadas mendocinas se realizan poco después de la crisis institucional y económico-social de 2001-2002, cuando rebrota un sentimiento nacionalista frente a la globalización.

Desde estas perspectivas, resulta importante la relación entre folklore, literatura folklórica y regionalismo. Además del tratado fundante de Raúl Augusto Cortazar (que ya comentamos), destacamos a María Fanny Osán de Pérez Sáez, quien considera pertinente su estudio porque las tres modalidades comparten la misma cultura, sobre todo, “la lengua y la memoria de origen, sustractual o histórico” [148].

Osán también delimita tres regionalismos, que enumeramos teniendo en cuenta el nivel creciente de calidad artística que les reconoce la estudiosa salteña: 1) el regionalismo exterior superficial, reducido a “la pintura de ambientes típicos o tipificados, estereotipos del hombre de campo y falsos o exagerados dialectalismos”; 2) el “*regionalismo exterior profundo*”, “cuando el escritor expresa con hondura y su representación del mundo inmediato es un desafío a la búsqueda transliteral”; 3) el “*regionalismo interior*”, cuando el poeta no busca mostrar su realidad, “sino crear con el lenguaje un nuevo universo que transfigura, internaliza e ilumina la experiencia personal, histórica, cultural o social que le dio origen” [148]²⁰.

La clasificación que enuncia Osán evidencia otra relación problemática y problematizada por los estudiosos: lo local / lo universal. Algunos [Castellino 2004, Fleming 2004, Tacconi] la resuelven señalando las correspondencias de lo propio –el terruño, el paisaje, las tradiciones, etc.– con lo heredado: lo clásico, lo español, a los que se consideran sinónimo de lo universal. Para otros, *lo universal* es sinónimo de *lo humano*, por lo que *lo regional*, para llegar al estatus de *lo humano*, necesita dejar de lado *lo propio* y bucear en las profundidades del alma, donde reside *lo humano universal*. Graciela Maturo, en particular, analiza la tensión entre lo universal y lo local considerando lo primero como la búsqueda de una comunidad y de una comunicación integradora de todos los pueblos y lo segundo, la ligazón estético-histórica particular “a un lugar de la tierra, a una región o continente” [121], por lo que también abarca la relación con América.

1.2.5.2. La crítica como acto político²¹

Una mirada distinta se observa en la tesis doctoral de la tucumana Victoria Cohen Imach (1994), quien se propone estudiar “las relaciones entre la producción y circulación de un conjunto de textos narrativos escritos en la Argentina de los años sesenta, y el surgimiento de una red de discursos culturales que hablan de una conciencia social de la periferia” [15]. Por la novedad del planteo, la tesista empieza por delimitar el “término *periferia* como la categoría que da cuenta, conjuntamente con la de *centro*, de la estructuración espacial, política y económica argentina polarizada históricamente en

²⁰ Serra también diferencia regionalidad exterior de otra interior [1978: 60-1]. Por su parte, Juana Arancibia los denomina regionalismo costumbrista o pintoresquista y regionalismo esencial [cit. por Borja: 143].

²¹ “El acto de escribir ideas es un acto político” [Heredia 2005: 11].

una capital omnipresente y un conjunto de provincias vinculadas a ella por innegables lazos de dependencia” [15]. Una de las hipótesis advierte que “el gradual descubrimiento de la periferia por el centro coincide, pero a la vez influye, en el descubrimiento por la periferia de sí misma y del centro” [16].

Una década después, buena parte de los escritos sobre lo regional se reorientan hacia una crítica que no solo toma una postura política, sino que también –y como consecuencia de lo anterior– cuestiona los posicionamientos de los estudios anteriores. Así se plantea claramente en el número 7 (2004) de *Silabario*, publicación de la Universidad Nacional de Córdoba; en particular, en el artículo de Osvaldo Valli, “Las culturas regionales: un universo en espesor y movimiento (Apuntes en torno a situaciones problemáticas en los tiempos calientes de encrucijada)”.

Valli reconoce y da la bienvenida a una reciente “movida de pensamiento”:

[...] verdadero aire de familia investigativo conformado por voces no siempre concordantes en formalizaciones teóricas y sobre todo en fundamentos ideológicos, aunque coincidentes en la perseverancia con que recrean una suerte de ética reflexiva cuestionadora de su propio hacer. [...] una línea de conocimiento para la que todo es revisable, verificable, ajustable y por ende alejada de cualquier riesgo de cristalización en lo pretendidamente único y valedero [91]²².

La novedad que se señala deviene de dos factores: por un lado, el contraste con el modelo anterior –“tendencia de configurar lo regional en cuanto parte de un sistema jerárquico y piramidal (de neto corte eurocéntrico y por ende moderno) en el que participa como categoría subordinada y epigonal respecto en primer término a lo nacional y luego a la instancia mayor que es lo universal” [90]–; por otro, los nuevos enfoques (el de la complejidad) que aportan nuevos conceptos:

¿Qué significa pues, *conocer* una región desde esta perspectiva de la complejidad? ¿Con qué parámetros (conceptuales, ideológicos, metafísico-simbólicos, afectivos) enfocarla? ¿Estamos hablando de lo mismo cuando nos referimos a los “espacios socialmente construidos” vistos desde la sociología que cuando lo hacemos desde la noción de *lugar* en tanto fuente de energía simbólica –*suelo* “que se habita, absorbiendo el sentido” (VÍTTORI, 1986) o al “espacio geocultural” (TORRES ROGGERO, 1998 y 2002)²³ en el que se efectiviza el acto de “sólo estar”? ¿Qué punto de contacto se establece entre las permanentes transacciones (ético-culturales, económicas) entre las regiones integradas a su vez en dimensión nacional o supranacional, que hacer referencia a *región* en cuanto producto de las subdivisiones territoriales concebidas por el “gran imperio” para un mejor control sobre la totalidad del espacio planetario? [95].

En el artículo siguiente, Pablo Heredia aporta algunas precisiones cuando explica el “sentido operativo de las ‘regiones’” desde la perspectiva de los Estudios Culturales:

²² A casi tres lustros de tal afirmación, se observa cierta cristalización en cuanto a que es “único y valedero” el cuestionamiento permanente sin dejar respuestas precisas, por lo que –en nuestra opinión– se ha llegado a abusar de las preguntas que incitan a repensar, pero sin redondear las cuestiones, dejándolas en un continuo *empezar a repensarlas* e impidiendo que se pueda observar la evolución de las discusiones.

²³ VÍTTORI, JOSÉ LUIS. 1986. *Literatura y región*, Colmegna, Santa Fe”; TORRES ROGGERO, JORGE. 1998. *La donosa barbarie*, Alción, Córdoba. --- 2002 “Acerca de lo que ya está” en *Elogio del Pensamiento Plebeyo*, *Silabario*, Córdoba” [Valli: 102].

[...] espacios culturales imaginados colectivamente como escenarios en donde se despliegan identidades (prácticas y pertenencias culturales) que se reconocen comunes para la mayoría de los miembros que los habitan. Podríamos decirlo al revés ya que, en verdad, dicho sentido operativo es dialéctico: debido a que una colectividad dada despliega identidades comunes, se imaginan espacios que delimitan las fronteras donde se practican dichas identidades [2004: 103].

En consecuencia, hay que figurarse la región como “un espacio móvil (y también ambiguo), heterogéneo, dinámico, histórico, y de ninguna manera como un espacio *natural*” [104]. Lo pertinente, dice Heredia basándose en Kusch²⁴, es hablar de “*suelo*”, o sea, la representación simbólica de lo geográfico: “ya no son los accidentes geográficos los que determinan o condicionan la vida y la cultura de una comunidad, sino que es el hombre quien primero construye el paisaje, a la vez habitándolo de símbolos” [105].

La propuesta teórica avanza hacia la operatividad del concepto de Geocultura como base y referencia para la construcción de un “saber situado”, que permita “desde dentro, desde sus horizontes simbólicos”, interpretar, por ejemplo, “las articulaciones ‘nacionales’, ‘globales’ o ‘cosmopolitas’, en sus perfiles y operaciones colonizadoras” [108]. También, y tomando palabras de Zulma Palermo, hacia la región entendida “como un ‘espacio de producción’ que posee sus ‘propias articulaciones históricas y sociales’”, “un lugar de enunciación en el que es posible visualizar un ‘sujeto que enuncia y se enuncia’” [Heredia 2004: 109].

En su ponencia presentada en las II Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas, Heredia insiste en el presupuesto de que “las regiones son ‘espacios de circulación simbólica’, es decir, espacios de configuración de horizontes simbólicos” y subraya “la construcción del *locus enunciativo*”, para leer “las marcas enunciativas de los textos; por ahora, la única referencia válida en las configuraciones estéticas de ‘lo regional’” [2007: 164; 2012].

En buena parte de la producción crítica universitaria más reciente, se analiza la literatura regional como una práctica social y cultural situada en un espacio-tiempo determinado, que obedece a distintas variables en las que los juegos de poder son primordiales. Estas líneas de investigación se fundan, además, en la necesidad y el derecho de una crítica latinoamericana; el investigador se ubica (orgullosamente) en la *periferia* y desde allí produce una reflexión teórica *situada*. No obstante, algunos se basan en los mismos argumentos de los críticos metropolitanos. Por ejemplo, a partir del estudio de antologías regionalistas escolares, Marta Ofelia Ibáñez, siguiendo a Aníbal Ford, limita el Regionalismo a “la expresión cultural inseparable de los procesos ocupados en construir la identidad nacional”, “proceso institucional –y por ende externo– que sancionó las gramáticas de producción y de reconocimiento de la literatura

²⁴ “Kusch aborda en primer término la cultura no como un acervo sino como una *actitud* que configura un *horizonte simbólico*, un corpus de posibilidades que se despliega creativamente frente a los cambios, la tradición (los orígenes históricos) y el futuro, dentro de un espacio territorial (al que denomina antropológicamente *suelo*), limitado pero móvil y dinámico. La ecuación *actitud-horizonte simbólico-posibilidades-espacio territorial*, que nosotros abordaremos como presupuestos que generan *identidades culturales*, Kusch la denomina ‘geocultura’, en tanto el término une y ‘apelmaza’ lo *geográfico* con lo *cultural* (KUSCH, 1976)” [Heredia 2004: 104-5]. “Kusch, 1986” corresponde a *Geocultura del hombre americano* (Buenos Aires: Fernando García Cambeiro).

escrita en provincias” [33] desde fines del siglo XIX. Poco después y citando nuevamente a Ford, Ibáñez precisa que el rótulo de regionalismo se aplicará a la literatura sobre zonas rurales, que no sean bonaerenses [35]. Desde este concepto, se explica la marginación y el olvido de aquellos textos que no responden al modelo de expresión de la “esencia” argentina, en general, o salteña, en particular. En tanto estrategia para la unificación cultural, en los prólogos de esas antologías este regionalismo se configura como una retórica, sobre la base de clichés y repeticiones de enunciados [43-47].

En el marco del mismo proyecto, Elisa Moyano ratifica la importancia de considerar el Regionalismo no solo como *producción*, sino sobre todo como *reconocimiento canonizador*, debido a que el concepto queda definido por un *contrato*:

[...] especie de “contrato” que tenían los intelectuales provincianos identificados con el nacionalismo y residentes en la Capital Federal, con los que vivían y escribían en el interior. El pacto tuvo entre sus “cláusulas” la incorporación de **paisajes provincianos estáticos** que fijaran lo rural como la variable fundamental del discurso identitario argentino y se convirtió en un mecanismo necesario frente a la desestabilización provocadas por las oleadas inmigratorias que invadían la gran urbe y por las literaturas urbanas producidas desde la antípoda ideológica del ruralismo por escritores socialistas y anarquistas [2004a: 115-6; el resaltado es nuestro]²⁵.

Resaltamos el carácter de una de esas cláusulas porque agrega una regla de la poética regionalista, que suele ser poco atendida: la imagen del paisaje queda estática, como si se sacase una foto. No importa si esta fijación es consecuencia de ese “contrato” particular o de la discursividad en sí misma.

1.2.5.3. Los nuevos enfoques

Sin negar ni olvidar las disquisiciones anteriores, los nuevos estudios (década de 2010) disminuyen la energía puesta en el enfrentamiento centro-periferia, al tiempo que amplían la variedad de problemáticas e incorporan un corpus menos transitado. A esto se suma la reflexión metacrítica, mediante la cual se revisan las conceptualizaciones teóricas sobre región, región geocultural, identidad e hibridación cultural, principalmente, en busca de fundamentos apropiados para explicar las nuevas relaciones discursivas del siglo XXI y, por ende, satisfacer las nuevas necesidades epistémicas de una crítica que se asume latinoamericana y latinoamericanista.

Un ejemplo destacable se produce durante las Jornadas de Literatura del NOA (2011), que ya mencionamos y que Varela tratará más abajo. Del primero de esos encuentros académicos, dedicado sobre todo a cuestiones teóricas, rescatamos ahora solo tres puntos novedosos. El primero lo expresa una frase de Amelia Royo, cuando refiriéndose a la variable “paisaje”, menciona al “‘regionalismo’ –ismo que no definiré aquí por *obvio*–” [26; el resaltado es nuestro]; señal de que el concepto Regionalismo está ya fijado indefectiblemente con las marcas de los primeros regionalismos.

²⁵ Este contrato habría favorecido a Juan Carlos Dávalos, quien –por este motivo– es descalificado por un sector de la crítica salteña contemporánea.

El segundo punto lo propone Carlos Hernán Sosa, siguiendo a Erick van Young: la región literaria se aproxima a (es) una hipótesis por demostrar pues no tiene una existencia (o esencia) predeterminada, sino que es configurada por el investigador [2011: 83]. Luego aclara:

[...] resulta importante señalar que la clara demarcación teórica y metodológica de las regiones literarias es necesaria no sólo para analizar puertas adentro la problemática de nuestro interés, sino también para subrayar las propias inestabilidades y redefiniciones de centros y periferias que existen en este ámbito demarcado [la literatura del NOA] [84].

Esta propuesta de *lo regional como hipótesis* condice con la de Raquel Guzmán: “estudiar la literatura del NOA como constitución escénica donde múltiples interlocutores debaten y polemizan en/por el ejercicio de los discursos [...]” [2011: 104; el realzado es nuestro], uno de los enfoques posibles porque permite abarcar el objeto en su complejidad, pero que resulta de decisiones teórico-metodológicas²⁶.

El tercer punto novedoso se refiere a la actualidad; lo formula Susana Rodríguez y parte de una constatación: “En la modernidad tardía el arte se ha desterritorializado”. Esto exige un cambio notable de perspectivas: “Una posibilidad para la comprensión del nuevo *locus* del arte sería entenderlo como *desplazamiento* y puesta en relación de los lenguajes. Tanto las artes visuales como las literarias son hoy regiones de la red que dibujan una cartografía abierta que admite múltiples transformaciones” [92]²⁷.

Siguen estas líneas los más recientes proyectos de investigación dirigidos por Liliana Massara [2016], María Alejandra Nallim [2017] y Raquel Guzmán [2018]. En este último la propia Guzmán analiza el concepto de multiterritorio, propuesto por Rogerio Haesbaert, mientras que Juan Manuel Díaz Pas agrega un corpus, las literaturas indígenas, y al comentar las tendencias críticas del NOA cuestiona el uso singular del concepto Literatura Regional:

En cuanto a los abordajes algunas perspectivas relacionan lo regional con el ámbito metropolitano en donde se busca reconocimiento, proyectando así coordenadas de legibilidad que perfilan un canon prestigioso al que se desea pertenecer. Mientras tanto, otros intuyen, proponen o sugieren que la exploración de la región NOA es apenas una forma de abrirse paso hacia una dimensión regional macro, concretamente el espacio andino y el continente latinoamericano, y problemáticas de poder que trascienden los límites de lo puramente discursivo [14-5].

Después de proponer como tesis la existencia de “dos cuestiones constantes del pensamiento crítico latinoamericano: la fricción étnica y la fronterización de la literatura” [17], explica que “la literatura regional permite conectar los problemas literarios de un territorio (nacional e imaginariamente) fronterizo con otros problemas culturales, sociales y políticos (aunque no solo ellos) del resto de Latinoamérica” [18]. En

²⁶ Las últimas secciones de este primer tomo de *La literatura del Noroeste Argentino* permiten constituir la escena literaria del NOA, como la propone Guzmán: “El campo literario de las últimas décadas en las provincias del NOA”, “Escritores, industrias culturales y políticas editoriales en el NOA” y “Obras y autores de la Literatura del NOA”.

²⁷ Rodríguez también propone una definición interesante de Región: “espacio semiótico de relaciones, zona de pertenencias, de hábitos y memoria cultural en tránsito alejada de los estereotipos e irreductible a discursos esencialistas” [92].

la nota 8 de esa misma página suma otra cuestión, que busca la polémica: “La singularización de una literatura regional, en definitiva, orienta la reflexión hacia la idea de unidad, homogeneidad y totalidad autosuficiente”.

Casi paralelamente y tratando de superar la dicotomía literatura nacional / literatura regional, Carmen Santander, Carla Andruskevicz, Carmen Guadalupe Melo y el resto del equipo de investigación misionero²⁸ trabajan a partir de los conceptos de Territorio – ‘Porción de la superficie terrestre y esfera de acción controlada por un cierto tipo de poder’ [Santander, dir. 2008: 10]– y de Autores Territoriales, “aquellos escritores cuyas producciones han desencadenado una serie de reflexiones en torno al espacio y el contexto en el cual la literatura se produce” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 111] y que “habitan y a la vez habilitan un espacio geográfico, pero también un espacio político e ideológico” [Santander, dir. 2012: 6]. Desde esta perspectiva, la literatura de un determinado territorio “habilita la conversación y la mirada crítica con una serie de representaciones identitarias, políticas y culturales que se desencadenan de los posicionamientos estratégicos de estos autores e intelectuales” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 111]. Fuentes indispensables para este abordaje son los Archivos de Autor²⁹.

Desde esta línea de investigación, deslindan Literatura Regional³⁰ de Literatura Territorial, como rótulos que revelan “una elección, una posición de lectura desde la cual introducirse en la obra” [Andruskevicz: 51]. La primera hace hincapié en lo referencial y, de ahí, su limitación: “es recortada –pensamos– la literatura que surge o es leída desde un mero pintoresquismo, desde una sumatoria de detalles paisajísticos y dialectales como si estos fueran los únicos entretejedores de la creación–ficción literaria” [50]³¹. La segunda, en cambio, leyéndola en clave foucaultiana, “deviene en dispositivo de poder en el sentido de una maquinaria legitimadora de representaciones identitarias y posiciones ideológicas que señalan un aquí y un dónde característicos y que enmarcan la posibilidad de decir algo desde un lugar determinado” [54]. En la práctica, esto significa que, “en la territorialidad de la autoría, el escritor asume su condición precaria y marginal en el campo literario y pretende ser un actor social y un agente de transformación; por lo tanto, se instala en la autoría, es el enunciador que marca su posición de portavoz de un colectivo” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 114].

²⁸ Carmen Santander ha dirigido una serie de proyectos de investigación referidos a esta problemática: “Autores territoriales” (UNaM., 2006-2008 y 2009-2011) y “Territorios literarios e interculturales: Despliegues críticos, teóricos y metodológicos” (UNaM., 2012-2014).

²⁹ Metodología teórico-metodológica que resignifica “postulados propios de la crítica genética desde una mirada semiótica e intercultural” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 110].

³⁰ En cambio, “Lo regional, para nosotros, estaría configurado por lo que se denomina transnacional, término entendido como el habitar un espacio generado por los procesos sociosemióticos que vuelven permeables los límites y muestran escenarios de relaciones entre culturas. En su concreción, nuestra pertenencia cultural regional compartida como zonas de contacto con parte de Paraguay y Brasil” [Santander 2015: 7].

³¹ Andruskevicz insiste en un concepto de Literatura Regional muy acotado y sus consideraciones encierran, a su vez, una visión discutible de lo literario: “consideramos que lo regional, su literatura, puede instalar connotaciones relacionadas con espacialidades cerradas, clausuradas, que no permiten la conversación o discusión con otros espacios, además de la reunión conflictiva de obras y autores en una homogeneidad superficial y dudosa. [...] Nosotros agregamos, hasta dónde una serie literaria puede enfrascarse en una región, absorber y reflejar únicamente el entorno contextual que de esta última se desprende; hasta dónde también la crítica, puede permitirse el trabajo con el placer del texto si *equipara la literatura con artículos de costumbres informativos y anecdóticos*” [52; el realzado es nuestro].

La situación de Misiones predispone a valorar el espacio intercultural, “para comprender y vivir en esa zona de permanente pasaje y negociación”, donde “identidade(s) se configuran en lo híbrido, es decir, el reconocer el/los otro(s) en sí mismo”. Recurren entonces a conceptos postestructurales como Constelaciones, Territorialización y Desterritorialización³² (tomados de Deleuze y Guattari), para mostrar esos procesos cuya “dinámica, teñida de voces múltiples, de polifonía, intertextualidades e interdiscursividades, otorga matices multicolores” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 116].

Formados por Gloria Videla y su teoría *organicista*, los mendocinos Marta Castellino, Gustavo Zonana y Fabiana Varela, entre otros, actualizan el marco de referencia incorporando los postulados de la Teoría de los Polisistemas. Así lo exponen, sobre todo, en el primer tomo del *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza; Período hispánico y siglo XIX* (2013). En el capítulo I, “Problemas y principios para el estudio de la literatura mendocina”, Zonana realiza dos aportes fundamentales: sintetiza tanto las problemáticas metodológicas que enfrentan los estudios de una literatura regionalizada, como el marco teórico.

Las dificultades recurrentes conciernen a la definición y localización del corpus, y a la reconstrucción de las redes socioculturales, la carencia de datos, la existencia de autores “*escapados o caídos del canon*”; las faltas de “*reconocimiento de la proyección de autores nacionales canónicos en el espacio de la cultura local*”, “*seguimiento de la proyección de los autores regionales en el espacio de la cultura nacional*”, “*un paralelo contrastivo entre manifestaciones locales / nacionales*”, “*un estudio panorámico que describa de manera sistemática el decurso histórico*” de hechos literarios particulares; y la focalización de la atención puesta en el texto “*y olvido del nivel de las prácticas sociales que hace a la producción, circulación y recepción de la obra, en función del pacto discursivo al que pertenece*” [Zonana 2013: 24-9].

Después de repasar los conceptos de canon, *locus* enunciativo y sistema, Gustavo Zonana expone las ventajas del enfoque polisistémico: “Su valor reside en la comprensión de los sistemas semióticos (por ejemplo, el literario) como conjunto de estructuras heterogéneas y abiertas” [39]. Luego explica:

[...] la noción de sistema remite a una conceptualización dinámica de la sincronía. [...] los repertorios establecen relaciones entre sí, conforme a formas variadas de estratificación. Como subraya Itamar Even-Zohar, en todo sistema se advierte fundamentalmente una relación entre los repertorios que ocupan el centro y aquellos que se disponen en la periferia [...]. Esta dinámica repercute en la determinación de las formas canónicas dentro del sistema literario y de aquellas que se consideran, en un momento determinado, como marginales. Asimismo, incide en la captación de las formas *emergentes* y *residuales* de la producción estética [40]³³.

³² La desterritorialización alude a la pérdida de la relación “natural” de la cultura con los territorios geográficos y sociales.

³³ Para este panorama histórico-literario, también se operativizan las categorías de temporalidades múltiples (largas, medias, cortas), según Claudio Guillén.

El estudio de los repertorios, los productos y los factores de circulación, institucionalización y mercado, permite una comprensión más abarcadora y dinámica de la literatura (como sistema). Esto es particularmente importante y necesario en el caso de las literaturas regionales, consideradas (prejuizadas) sistemas periféricos, con difícil acceso al mercado editorial.

De modo similar, María Ester Gorleri estudia la literatura formoseña³⁴ en relación con el polisistema de la literatura argentina, considerándola también como un polisistema en sí misma [2012]. Además, analiza las condiciones para una historia más abarcadora de la literatura argentina: “la propia exploración integrada, multidisciplinar y previa de las literaturas en las provincias”, “el comparatismo con las literaturas de la región y sus áreas de influencia”, “descentramientos y reacomodamientos entre el centro y la periferia, siempre que, además, la producción literaria en las provincias se potencie y luche por imponer su capital simbólico entre los consumos culturales” [2010].

Desde el sur, en *Ficciones de Patagonia*, Silvia Casini analiza la red textual o “texto fundador” del espacio patagónico y avanza en “revisar los estereotipos que han sido fijados (a partir de una pretendida objetividad y de la utilización de un lenguaje supuestamente transparente) como una representación objetiva del espacio patagónico” [19]. Respecto del marco teórico, justifica su opción por los conceptos de Lugar³⁵ y de Paisaje Cultural:

Este planteamiento teórico [...] nos ha hecho ver que el “lugar” desde donde se observa el espacio y el espacio observado están marcados por reglas sociales y políticas culturales. Cada descripción no involucra, entonces, sólo un lugar físico, separado del yo, sino un lugar inclusivo (la suma de geografía y acciones, sentimientos, costumbres y objetivos) que configura al propio narrador observador [20-21].

Como señala Luciana Mellado, la literatura patagónica puede ser estudiada gracias a diversas fuentes bibliográficas: 1) los estudios sobre la narrativa de viajes a la Patagonia; 2) los estudios sobre la Patagonia en la narrativa contemporánea, 3) los textos liminares de antologías literarias patagónicas, de narración y de poesía; 4) la investigación universitaria; 5) la producción crítica de los propios escritores patagónicos; y 6) los estudios sobre la literatura mapuche. Esta lista evidencia la peculiaridad de esta región:

Habitantes de la nación, devenidos tardíamente en ciudadanos, los patagónicos constituyen su identidad, como devenir, en el marco de un diseño de los espacios territoriales e imaginarios hegemonizado por autoridades políticas y discursivas centralistas. Las nociones de centro y periferia, frecuentes aún en muchos discursos de los estudiosos y escritores de la Patagonia, no aluden tanto a la reivindicación de una dicotomía esencialista que contrapone la región a las metrópolis nacionales sino al reconocimiento de continuos procesos de periferización del sur argentino.

³⁴ En particular, el teatro. En esta misma línea trabaja con su colega formoseña Marisa Budiño.

³⁵ Lugar: “artefacto cultural de conflicto y cohesión social”, “incluye también las influencias histórico-sociales y culturales, así como los intereses personales que componen cada historia de vida” [Casini: 20].

Por nuestro parte, hemos elegido un marco teórico pragmático-discursivo, narrativo y comparatista (sobre todo, la Imagología) para trabajar los diferentes pactos de lectura que un autor puede ofrecer a los lectores respecto de la comunidad cultural a la que pertenecen: comunitario, regionalista o universal. Según dilucida Hebe Molina en este mismo volumen, lo interesante es que, en un mismo texto, se establecen pactos simultáneos para distintos lectores; por eso, para algunos un texto puede ser más *regional* que para otros. Esta peculiaridad del discurso literario también explica las valoraciones críticas variopintas hechas a un mismo texto debido a las perspectivas situacionales (centrales o periféricas) del crítico.

Resta incluir los estudios específicos por autor, por grupos de autores o por cualquier otro criterio de configuración de corpus, que servirán para mostrar las peculiaridades regionales y para demostrar que la problemática de lo Regional revive si se analiza desde nuevos enfoques teóricos, porque los textos literarios regionales tienen una textura semiótica compleja.

1.3. El regionalismo en otras naciones

El concepto Regionalismo Literario puede aparecer en los estudios críticos e historiográficos de las más diversas naciones porque en todas ellas habrá, seguramente, regiones. Pero, como es tan íntima la relación entre la historia político-social y la literaria, no se puede analizar el regionalismo literario sin conocer aquella con profundidad; por ende, cada problemática regionalista debe estudiarse en el marco histórico-cultural de cada nación.

En este volumen (punto 5), Graciela Caram contextualiza el problema en los estudios italianísticos. En Italia es un tema importante, sensible y determinante, ya que el valor y la defensa de la región (del Norte, del Centro o del Sur) y lo que ello supone (su cultura, su dialecto, su paisaje, historia, sus costumbres, etc.) son de alguna manera ancestrales, perdurables, retransmitidos por generaciones, valorados entrañablemente y, a veces, están por encima de la idea o concepto de nación, patria, país. Además, hasta mediados del siglo XIX no se habla de una sola nación; el Fascismo intenta la unidad nacional mediante imposiciones; el Neorrealismo reacciona y reaviva lo regional. A esto se suma la elección del dialecto que asumirá el carácter de lengua nacional. Por todo ello, los escritores italianos conservan un fuerte arraigo a su región. El regionalismo como vertiente literaria tiene sus raíces en la Literatura del Verismo.

Espigando bibliografía de fácil acceso, se observa que la problemática teórica no es privativa de la academia argentina. Míriam Fernández Morales enfrenta las dificultades teórico-conceptuales del binomio “literatura-region”: “exceptuando cuestiones puntuales que atañen a regiones concretas, los planteamientos se realizan en los mismos términos y los problemas teóricos a resolver son prácticamente idénticos, independientemente de la materia de análisis de cada estudio” [61, n. 1]. Luego se aboca a discutir algunas de las posturas teóricas, con esta advertencia: “los acercamientos al objeto literario se han realizado desde dos tendencias antitéticas correspondientes al

lugar en el que se pusiera el acento del valor de la obra: en su carácter universal y antropológico o en su carácter individual e histórico” [61].

De ese debate rescatamos un detalle metodológico –convendría no usar gentilicios, como literatura gallega, sino un modificador indirecto: literatura en Galicia [66]– y las citas de Milan Kundera: “Son dos los contextos elementales en los que podemos situar la obra de arte: o bien el de la historia de la propia nación (llamémoslo el pequeño contexto), o bien el de la historia supranacional de su arte (llamémoslo el gran contexto)”; el provincianismo es, por consiguiente, “la incapacidad de (o rechazo a) considerar su cultura en el gran contexto”³⁶ [67].

En el ámbito de la literatura brasileña, la Universidade de Caxias do Sul (Rio Grande do Sul) ha organizado el Programa de Pós-Graduação em Letras, Cultura e Regionalidade, de la que se deriva la revista *Antares: Letras e Humanidades*. En el número 3 (2010) dedican un dossier a “Regionalidade”, luego de incluir artículos con la misma temática en los dos números anteriores (2009). En uno de ellos, André Tessaro Pelinser explica su marco teórico y la delimitación conceptual que de aquel se deriva:

Entendemos que, en los procesos culturales, la dinámica entre los elementos del imaginario y la sociedad expresa determinados modos de ser, hacer, pensar y actuar, en resumen, un *ethos* imprescindible para la articulación de sus representaciones simbólicas, de modo que a él están visceralmente relacionadas las manifestaciones identitarias que escriben la región. Esa perspectiva se hace relevante a partir del momento en que consideramos el regionalismo literario justamente como el movimiento que, en una dialéctica de la palabra, se basa en la dinámica de tales procesos y busca la mejor poética y destreza temática para expresarlos [108].

Por su parte, Rogério Haesbaert busca precisiones en torno a los conceptos Región, Regionalización y Regionalidad:

¿Y aquello que denominamos “regionalidad”? [...] estaría relacionada, de forma genérica, a la propiedad o cualidad de “ser” regional. Pero “ser”, aquí, no en el sentido ontológico de un “hecho” regional bien definido y auto evidente. La regionalidad involucraría la creación concomitante de la “realidad” y de las representaciones regionales, sin que ellas puedan ser disociadas o que una se coloque, a priori, bajo el comando de la otra; el imaginario y la construcción simbólica moldando lo vivido regional y la vivencia y producción concretas de la región, por su parte, alimentando sus configuraciones simbólicas [8].

Por eso, propone considerar la región como un arte-facto, “mecanismo, dispositivo”, que “se encuentra en el cruce entre lo concreto de un ‘hecho’ y la abstracción de un ‘artificio’ o instrumento de análisis” [13].

Los brasileños completan su formación con una estancia posdoctoral en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín, en 2011, guiados por la renombrada especialista Ligia Chiappini. Resultado de estas actividades es el volumen *Regionalismus* –

³⁶ “Kundera, Milan. (2005). ‘Literatura universal y literaturas nacionales’. *Claves de la razón práctica*, 151, pp. 4-9” [Fernández Moreno: 71].

regionalismos: Subsídios para um novo debate, coordinado por João Claudio Arendt y Gerson Roberto Neumann (2013), en el que alemanes y brasileños comparten sus preocupaciones teórico-metodológicas. En particular, Chiappini resume el derrotero de sus estudios sobre esta problemática, trayectoria que culmina en este trabajo de cooperación internacional; analiza las relaciones del Regionalismo con literatura nacional, subdesarrollo y modernidad; y, como metodología de análisis, propone la Literatura Comparada [29].

También el chileno Adolfo de Nordenflycht elige un concepto comparatístico –*Image*– para encarar el estudio del imaginario prometeico en la región de Valparaíso. Nos interesa, porque la compartimos, la delimitación conceptual tomada de Nora Moll³⁷: “toda *image* se constituye a través de una comparación continua que va de la identidad a la alteridad, porque siempre hablar de los otros es también una forma de revelar algo de sí” [105, n. 7].

Los estudios regionalistas no se limitan al tamaño de una nación. En un artículo bien conciso, Friedhelm Schmidt-Welle, del Instituto Ibero-Americano de Berlín, aborda Latinoamérica y clasifica los regionalismos literarios en tres grupos, clasificación que puede dialogar con la de Fontenla, que comentamos más arriba; por eso, la transcribimos de modo casi completo:

a) “Literatura regional tradicional”

La literatura regional o regionalista que “pone énfasis en las características específicas de las culturas locales” [115-6] y que, por ende, es poco atendido por la crítica:

Se trata, en grandes rasgos, de una literatura que conserva una perspectiva nostálgica e idílica sobre regiones agrarias, una literatura impregnada por la descripción del color local, el paisajismo, las figuras arquetípicas, y una caracterización muchas veces positivista de las relaciones humanas y de la naturaleza. Se trata, en suma, de una literatura que sobreestima las características específicas de una región y que al mismo tiempo subestima las relaciones culturales, políticas y económicas con otras regiones tanto en el nivel nacional como internacional. Una literatura que niega los procesos de migración y los intercambios de cualquier tipo, [...] toda hibridación, transculturación o heterogeneidad cultural. En el nivel formal, sigue los modelos del realismo y el naturalismo decimonónicos, y en muchos casos comprende formas líricas para destacar el idilio [120-1].

Aun cuando sean subestimadas, las literaturas regionales “de vez en cuando sirven también como documentos históricos de la vida en las respectivas regiones por falta de una historiografía regional o una microhistoria para las épocas referidas” [123].

b) El “regionalismo clásico”

En auge durante las primeras décadas del siglo XX, incluye la novela social, de la tierra o criollista, “pero también el indigenismo, la novela de la Revolución mexicana y la

³⁷ Moll, Nora. 2002. «Imágenes del ‘otro’: La literatura y los estudios interculturales». Ginsi, Armando. *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica” [Nordenflycht: 120].

literatura nordestina del Brasil”. Coincide con la variante anterior en “la descripción de regiones agrarias y de la vida en el campo, la representación de figuras arquetípicas, una influencia de ideas positivistas o hasta racistas [...], el afán de representar lo autóctono, y el empleo de los recursos estilísticos tradicionales del realismo y el naturalismo”. Se distingue por:

[...] su perspectiva ideológica hacia la identidad nacional y por su representación de conflictos políticos, históricos y culturales más allá de la región en que se lleva a cabo la trama del texto. [...] Se trata, entonces, de la construcción de una identidad nacional en vez de una identidad regional [120].

El aspecto más importante del regionalismo clásico es “su afán de representar lo autóctono”. Y en esto Schmidt-Welle percibe “una contradicción interna”: el interior de los respectivos países se representa como la cuna de la ‘verdadera’ identidad nacional, pero al mismo tiempo “este lugar del origen cultural se presenta también como el núcleo de la barbarie”, por lo que las “novelas del regionalismo ‘clásico’ se convierten de esta manera en un campo de batalla simbólico entre civilización y barbarie, entre modernidad y diferencia” [121]. En conclusión:

La representación de la región en el regionalismo “clásico” es altamente simbólica y abstracta. Se trata, entonces, menos de una literatura regional en sentido estricto, sino de una alegoría nacional [...].

La perspectiva regionalista está encerrada en su antiuniversalismo –en su vertiente conservadora– o en su estimación de la resistencia cultural, étnica, etcétera –en su vertiente progresista– [122].

c) El “regionalismo no nostálgico”

“Se puede tratar tanto de la literatura de una región interna de un país o de una región supranacional”; “se trata de una representación –sea esta abstracta, simbólica o concreta–, de la heterogeneidad o la hibridación cultural y social, de los conflictos internos y externos de las regiones representadas”. Los rasgos destacados son:

En lo formal, son característicos los modelos modernos y posmodernos, la modernización literaria mediante técnicas vanguardistas o posvanguardistas, y la integración de formas literarias locales o indígenas (hasta en el nivel semántico, como en el caso de José María Arguedas), y la influencia de la oralidad y otras características de las diferentes culturas de la región, es decir, la consideración de los procesos de transculturación [124].

Dado que “el regionalismo se define, al menos hasta la década de 1980, como una literatura de provincias dentro del territorio nacional”, Schmidt-Welle advierte que las investigaciones suelen no incluir “las literaturas de regiones transfronterizas o supranacionales”, ni “las literaturas fronterizas o de los *borderlands*” [118]. Además, disiente de quienes, como Barcia, se afirman en “la frase de Tolstoi según la cual uno debe escribir la historia de su pueblo para escribir la historia de la humanidad, es decir, la historia local aparecerá como historia universal o como representación literaria de conflictos universales en un nivel simbólico” pues esta noción de literatura regional resulta “demasiado amplia, metafórica y ahistórica” y porque “detrás de esta noción de

literatura universal, se esconde una perspectiva neocolonialista que trata de aplicar las normas literarias de la literatura occidental o europea a toda la literatura mundial” [120].

Finalmente, Schmidt-Welle expone las limitaciones de su trabajo, las cuales constituyen otras aristas para seguir investigando: “No traté las literaturas populares ni aquellas en lenguas indígenas que abarcan un sinnúmero de textos literarios”; ni ha considerado la “regionalización literaria”, que es “un fenómeno de la política editorial, de la traducción, de las políticas culturales, de la difusión de la literatura en instituciones culturales” [125].

Por su parte, Françoise Perus explica las ventajas teóricas de elegir una perspectiva polisistémica³⁸ para el estudio de la literatura latinoamericana, en tanto propia de una región subcontinental que se caracteriza, además, por formas de escrituras transculturadas:

Pensar en una pluralidad de movimientos de espacios y tiempos, o, si se prefiere, en un polisistema³⁹ parece responder mejor a las necesidades de sistematización de lo que seguimos percibiendo en gran medida como “heterogeneidades” o “hibridaciones” culturales y literarias [39].

En definitiva, una “caracterización de la región como superposición e imbricación – entrecruzamiento– de movimientos de espacios y tiempos diferenciados entre sí cancela cualquier concepción sustancialista de la identidad, al correlacionarse ésta con dimensiones múltiples e insoslayables de la *alteridad*” [40].

Podemos concluir con las palabras de Libardo Vargas Celemín⁴⁰, citado por Fernández Moreno [61, n. 3]: “el tema de la literatura regional en tiempos de la globalización, bien pudiera ser un anacronismo o un reto, dependiendo de la perspectiva con que se mire la complejidad del asunto”.

³⁸ Aclaramos que Perus no se basa en la Teoría de los Polisistemas, de Even-Zohar, sino que parte de consideraciones de Ángel Rama.

³⁹ Perus propone “sustituir la idea de un sistema literario único, construido a partir de la continuidad y la oposición de corrientes y escuelas diversas, por la de sistemas literarios diferenciados entre sí y basados en la identificación de movimientos de espacios y tiempos disímiles” [39].

⁴⁰ “Vargas Celemín, Libardo. (2003). ‘Los estudios de literatura regional: ¿Anacronismo o reto?’ *Revista Aquelarre*, Vol. 2, No. 4, septiembre, pp. 83-90” [Fernández Moreno: 72].

2.

Regionalismo: tema de discusión en algunas reuniones científicas

Fabiana Inés VARELA

Universidad Nacional de Cuyo-Conicet

fabinesvarela@yahoo.com.ar

En este capítulo realizamos un rastreo del término regionalismo y su red de conceptos asociados, tal como se manifiesta en algunas reuniones científicas, principalmente aquellas cuya temática gira en torno a esta problemática. Nuestro corpus está conformado por una serie de tomos en los que se publicaron ponencias de jornadas que tuvieron como tema central la literatura regional: en primer lugar un simposio llevado a cabo en Salta en 1978, luego las tres Jornadas de Literatura de las Regiones Argentinas que se realizaron en la Universidad Nacional de Cuyo entre 2002 y 2010. Finalmente haré una breve referencia a la serie de jornadas realizadas en el NOA entre 2010 y 2012, pues constituyen una plasmación concreta de las reflexiones iniciadas en los anteriores encuentros y, a la vez, una profundización en la conceptualización teórica que nos ocupa.

En estas páginas predomina la descripción pues tratamos de realizar una síntesis de las principales discusiones en torno al término y su haz de relaciones, a fin de ir delineando una especie de estado de la cuestión sobre el tema. Si bien intentamos encontrar líneas comunes y dilucidar algunos de los supuestos teóricos que subyacen en las reflexiones, no ahondamos en la discusión teórica que dejamos para otros capítulos de este volumen.

2.1. Los orígenes: Simposio de Literatura Regional, Salta, 1978

Si bien me voy a detener de modo específico en algunas de las exposiciones particulares, antes de hacerlo es pertinente abordar, como un conjunto, el tomo (hoy prácticamente inhallable) de las *Actas del Simposio de Literatura Regional*, llevado a cabo en Salta entre el 17

y el 21 de agosto de 1978, organizado por la Universidad Nacional de Salta y la Secretaría de Estado de Educación y Cultura. Tales datos no resultan anodinos porque nos llevan a considerar esta reunión y la posterior publicación de actas en el marco del llamado “Proceso de Reorganización Nacional” tal como se autodenominó la última dictadura militar. En este contexto no resulta extraño que las reflexiones vertidas en torno a lo regional insistan en el concepto de “lo nacional” y en definiciones esencialistas. Se observa además, en algunas de las exposiciones, la presencia de una problemática implícita que se relaciona con la universidad y su función en la sociedad¹.

La reunión comentada tuvo lugar en Salta, espacio mediterráneo fuertemente tradicionalista –al menos en el imaginario colectivo– y asistieron estudiosos de todo el país. Las actas recogen exposiciones de profesores de universidades nacionales como la UBA, Tucumán, San Juan, Rosario y Santa Fe en un cuidadoso muestreo de las principales regiones. A ellos se suman dos reconocidos intelectuales como Bernardo Canal Feijóo y José Isaacson. Entre los autores de matriz universitaria destacamos a Guillermo Ara (UBA), Berta K. de Abner y su equipo (UNSJ), María Delia Paladini (UNT), Edelweis Serra (UNR) y Eugenio Castelli (UNSF).

En líneas generales las exposiciones giran en torno a tres núcleos problemáticos: el concepto de literatura regional, su posible historización y aspectos metodológicos propios del estudio de las literaturas regionales.

2.1.1. Conceptualizaciones

En la mayor parte de los trabajos –y me atrevería decir que en la totalidad– de modo explícito o implícito surge la idea poéticamente expresada por Edelweis Serra de que “la república de nuestras letras es un coro de diversas voces” [56], razón por la cual la literatura nacional se concibe como una pluralidad a partir del aporte de las regiones, dando lugar, a la vez a una tensión creadora entre lo “uno y lo diverso”. Guillermo Ara, algo más cauto, afirma que las “literaturas inscriptas en el ámbito regional argentino configuran tal vez un núcleo de peso y volumen capaz de configurar por lo menos en cuanto a representatividad de modalidades múltiples la verdadera imagen literaria del país” [10].

Los autores no polemizan ni discuten sobre los conceptos referidos sino que apuntan, por lo general, a describirlos o definirlos, en este último caso, apelando generalmente a conceptos esencialistas en los que se alude vagamente al ser profundo, a la identidad, como elementos constitutivos de la literatura regional. Con respecto a los términos, si bien hay intentos por deslindarlos, se suele usar de modo indistinto “literatura regional”, “literatura regionalista” y “regionalismo literario”. Sin embargo, encontramos algunas

¹ La política nacionalista llevada a cabo por el Proceso puede observarse en estas palabras del ministro de Educación de Santa Fe, quien “desde el Boletín de Información Educativa convocó a los docentes a consolidar ‘el espíritu y la esencia de la nacionalidad’, para que niños y jóvenes asumieran ‘una jerarquía de valores estructurada en la moral cristiana, la tradición nacional y la dignidad del ser argentino’” [Alonso: 109].

interesantes distinciones. Por ejemplo, Guillermo Ara plantea que estrictamente en el ámbito de nuestros estudios solamente existe la literatura regionalista:

Puede pensarse un regionalismo puro: la versión de una realidad dada por quien la expresa y la vive en tradición y actualidad. Pues la literatura regional, en sí misma, fuera de su significado como producción de tal región, no existe. La literatura regionalista sí. Y ésta necesita ser definida como actitud y como tendencia, situada históricamente y entre parámetros estéticos determinados [10].

La afirmación de Ara se funda en categorías literarias, razón por la cual, sólo existe la literatura regionalista como sinónimo de una poética con características bien definidas, en tanto la literatura regional es una producción amplia en la que potencialmente pueden incluirse las más variadas poéticas, desde el más crudo realismo a la ciencia ficción.

No obstante, la idea esbozada de literatura regional “como producción de tal región”, no deja de tener interesantes implicancias, especialmente si apuntamos a un relevamiento lo más completo posible de los textos que surgen en todos los rincones del país, como primera etapa de una puesta a punto del acontecer literario nacional².

En otros casos, observamos un análisis somero del uso de los términos en las historias de la literatura y antologías [K. de Abner, Krause y V. de Klement; Paladini] a fin de mostrar el consenso existente en el uso de los términos y en sus definiciones. Sin embargo, las conclusiones planteadas con respecto a esta idea subrayan la presencia de lo geográfico como factor unificador general. Otros autores intentan circunscribir la literatura regional o regionalista a partir de deslindes conceptuales en torno a qué es una región e incluso qué es literatura, ya que es necesario ampliar este concepto para dar cabida a textos que se mueven en zonas marginales.

También aparece la tensión entre lo regional y lo nacional. Para Ara, la “literatura nacional, si se alcanza, existe precisamente como conciencia de unidad, de representatividad, de afinidad y cohesión” [11]. Sin embargo, la inclusión de la producción provincial muchas veces queda afuera a causa del desconocimiento que se tiene de ella:

Hoy por hoy si la literatura nacional o el estudio de ella, que es lo mismo, prescinde de lo que produce el interior del país o lo deja fuera de una valoración integral y de hecho esencial; si se queda con el meollo metropolitano y a partir de allí funda sus juicios, no es porque aquello no exista y no grave sino porque no se puede aquilatar lo que no se conoce [11].

Edelweis Serra propone un cambio de perspectiva donde la literatura argentina se entienda “como haz de aportaciones individuales y sociales en la configuración colectiva

² Podemos observar además, que el término ha sido muy productivo pues en las reuniones ocurridas a partir del 2000, se debate precisamente los caracteres comunes de las producciones regionales y las posibilidades de relación de estas producciones entre regiones diversas.

de nuestra literatura, una constelación de textos donde el discurso regional sea leído en función integrativa dentro del discurso general de la literatura nacional” [56].

En síntesis, observamos que región –y por ende literatura regional o regionalista, términos que no acaban de perfilarse– tiende a ser definida a partir de conceptos que atañen a la geografía, pues siempre aparecen las nociones de espacio, naturaleza y paisaje, incluso suelo, sin claridad en su conceptualización³. Con respecto a la literatura regional, dado que no existe una base lingüística que sustente diferencias de fondo, se apela entonces a definiciones vagas y poco rigurosas. Entonces, literatura regional es aquella que puede o sabe expresar la esencia de una región [Canal Feijóo, Ara⁴], o bien la que a través de la interrelación de paisaje, hombre y lengua puede transmitir el tono y el matiz propio de cada región [Serra]. También se habla de que toda literatura es regional porque surge de un determinado espacio regional [K. de Abner, Krause y V. de Klement]. Además se perfilan algunas consideraciones que apuntan a conceptos como el de imaginario: Isaacson habla de que la literatura regional se centra en el paisaje pero también en la forma de ver y transmitir dicho paisaje. En suma, a la falta de rigor metodológico que en general se observa, se añade una tendencia a definiciones muy generales, de corte esencialista que apuntan a conceptos como el ser profundo, el mito, la primitiva esencia⁵, etc.

Otra manera de abordar la problemática es especificar las características que posee o debería poseer la literatura regionalista. Así, Ara habla de que debe ser crítica, ha de revalorar el pasado local en función de la propia historia lugareña, incluir al inmigrante y conformarse conjuntamente con la cultura popular, en un proyecto que surja como oposición al nativismo o criollismo de inicios de siglo XX, caracterizado por amor a lo propio, respeto a los valores históricos y tradicionales, orgullo de la prosapia y visión paternalista del otro [14-5]. Paladini, por su parte, subraya que “el regionalismo literario cubre un espectro de maneras de presentar o reflejar en la obra lo típicamente local” [45] por medio de diversos elementos, aunque la descripción de la naturaleza ocupa el primer lugar, siendo entonces el paisaje “una casi inevitable fuerza regionalizadora” [45]. A este se suma el hombre con sus modos de vida, en especial los primitivos moradores (“criollo, gaucho, paisano” [46]), además de variantes idiomáticas locales, aunque sin excesos⁶, todo ello para aprehender las “peculiaridades diferenciadoras relevantes” [47].

³ Guillermo Ara apela al concepto de suelo sin definirlo estrictamente: “porque en la literatura regionalista, el suelo (pasado y actualidad) determinan, acosan, triunfan sobre injerencias extrañas” [11].

⁴ Canal Feijóo apunta a que la literatura regional, en tanto literatura, debe expresar lo esencial que ninguna otra ciencia o disciplina puede decirnos de una determinada región [18-9]. Guillermo Ara habla de que la literatura regionalista debe proceder al rescate de “esa elemental pureza, esa exaltación primitiva, ritual y orgiástica” [13].

⁵ Al respecto señala Serra: “Excluyendo todo punto de vista estrecho, la perspectiva regional de nuestra literatura se nos descubre como un ‘espacio creador’, por tanto ‘espacio arquetípico’, que trasciende la fijeza física del lugar literario para devenir en sus figuraciones imagen del país, del continente, del mundo. Su originalidad consiste en la plasmación de una conciencia vital a partir de formas o presencias concretas del contorno donde se corporizan las experiencias de una humanidad y de una sociedad en su modo de ser y de estar en el mundo, conciencia que accede gracias al poder proyectivo y revelador de sus metáforas, sus mitos y sus símbolos a la dimensión universal de la condición humana fundamental” [59].

⁶ “[...] es recurso de buena ley incorporar al texto variantes idiomáticas, aunque mínimas, que traducen matices de la personalidad lugareña y dan un acento inconfundible. [...] El lenguaje posibilita un regionalismo esencial, de adentro a afuera, no sólo sonido o forma sino peculiaridad viva” [Paladini: 46].

Edelweis Serra apela a conceptos más difíciles de precisar: por ejemplo, que existe una “competencia’ literaria del lugar regional que consiste en la posesión de virtualidades específicas creativas y acontece [...] por el lenguaje como transmutación en un mundo literario de experiencias humanas y sociales, de todo un legado geohistórico, antropológico y mítico, incorporado al paisaje cultural del país total” [58]. Agrega, además, una distinción entre una regionalidad exterior y otra interior. La primera adhiere a una actitud programática y aúna las variantes “costumbristas, nativistas o criollistas”, en tanto que la segunda a partir de lo local proyecta sentidos universales [60-1].

2.1.2. Perspectivas históricas

Algunos trabajos esbozan un devenir histórico de la literatura regionalista que hallaría su origen y antecedentes en el romanticismo, principalmente en los postulados de Echeverría y Sarmiento [Ara] quienes señalan al entorno natural, al paisaje, como el elemento central configurador de una literatura nacional que devendría también, por su asociación con un espacio concreto, en literatura regional. Este romanticismo paisajista se transforma, en las postrimerías del siglo XIX y principios del XX, en regionalismo, nativismo, criollismo punto culminante de esta poética que, en las exposiciones del Simposio, viene señalado por su carácter programático que lo aleja del verdadero ser de la literatura regional. Aparecen, de modo poco específico e indiferenciado, alusiones a una literatura regional gestada en los últimos años que supera el localismo pintoresquista y se asocia al símbolo y al mito⁷.

Llama la atención otro aspecto subyacente, que si bien no todos lo verbalizan de forma explícita aparece en el horizonte de expectativa. Canal Feijóo en su intervención, comenta como al pasar, la relación de las universidades nacionales en la búsqueda de una superación a la antinomia entre nación y región:

Obviamente, la inspiración de nuestras universidades mediterráneas las sitúa obligadas ante todo a esa nueva prospección. No obstante llamarlas “nacionales” los fundamentos de su creación y ubicación las remitía a estrictos compromisos de “regionalidad”, y por “universidades” a precisar los términos de la gran antinomia argentina, y buscarle las claves de una sabia resolución [18].

Estimo que la relación de las universidades nacionales que son regionales en su origen (aunque luego se atomizan y devengan en provinciales o municipales) da una nueva perspectiva al asunto en tanto la universidad como institución atiende a lo universal, a la transmisión de saberes amplios, “universales” y al pertenecer a un determinado espacio al que deben dar respuesta asumen de algún modo, esa perspectiva regional, que debe ser un elemento que apunte también a lo nacional explícito en su nombre. Es interesante observar, además, que esta problemática sobre estudios regionales suele

⁷ Los nombres de Tizón y Saer suelen aparecer asociados, así que estimamos que podría tratarse de lo que actualmente la crítica conoce como “neo regionalismo”. Hay que aclarar que se apunta a este tipo de literatura también con postura programática pues la literatura regional *debería* ser así para encontrar su verdadero sentido.

asociarse a cátedras y grupos de investigación de las universidades nacionales quienes actualmente somos los que pensamos sobre la problemática de la literatura regional o regionalista.

2.1.3. Perspectivas metodológicas

Más allá de las comunes sugerencias a un cambio de enfoque en la consideración de la literatura regional, algunas de las exposiciones avanzan en propuestas metodológicas concretas para el abordaje de la literatura regional o regionalista, tanto de la perspectiva teórica como de la práctica, aunque predomina un sano equilibrio entre ambos. Por ejemplo, José Isaacson hace un verdadero estudio de caso al tomar dos momentos de la cronología nacional y observar los nucleamientos poéticos similares tanto en Buenos Aires, como en otras zonas del país. También Delia Paladín, en su análisis de la novela *Hombres grises, montañas azules*, de Pablo Rojas Paz, ilustra su propia concepción de la literatura regional. Algo similar encontramos en Berta K. de Abner y su equipo, cuya propuesta será analizada con más detalle a continuación. Finalmente, Eugenio Castelli expone todo un programa para el estudio de las literaturas producidas en las regiones a partir de cinco pasos: el relevamiento bibliográfico de la región; la confección de fichas bio-bibliográficas de los autores locales; elaboración de una cronología de obras; encuestas a escritores y relevamiento y descripción de los ámbitos geográficos y sociales en que se produce la creación regional. Concluida esta primera labor vendría, entonces, el análisis literario propiamente dicho de las producciones individuales⁸.

2.1.4. Literatura regional cuyana: una propuesta

A continuación nos centraremos en la exposición realizada por un equipo de investigadoras de la Universidad de San Juan: Bertha K. de Abner; María Cristina Krause y Bertha V. de Klement. En un intento por caracterizar un concepto que estiman controvertido, comienzan por una revisión de las definiciones de literatura regional halladas en diversos textos de consulta⁹. Destacan, en primer lugar, su acuerdo con los principios y caracteres enunciados para la literatura regional tanto por Diez Echarri y Francesca Roca, como por Dos Santos. Los primeros definen a la literatura regional como aquella “cuyo asunto que se desenvuelve en una comarca o lugar que tiene vida,

⁸ Destacamos que este planteo metodológico es parte constitutiva del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza (Celim) creado por la Dra. Gloria Videla de Rivero. En este caso, los cinco puntos más el análisis de obras surgen de modo paralelo y simultáneo.

⁹ El corpus de textos críticos está conformado por Diez Echarri, E. y Roca Franquesa, J. M. 1966. *Historia de la literatura española e hispanoamericana* (Madrid: Aguilar); Dos Santos, Estela. “Realismo tradicional” “Narrativa rural”, *Capítulo: Historia de la Literatura Argentina* (CEDAL.); Ara, Guillermo. 1965. “Estudio preliminar” a González, J. V. *Mis montañas* (Buenos Aires: Kapelus); Prieto, Adolfo. 1966. *Diccionario básico de la literatura argentina* (Buenos Aires: CEDAL). A ellos se suman, como segundo corpus, Anderson Imbert, E. 1961. *Historia de la literatura hispanoamericana* (México: Fondo de Cultura Económica); Zum Felde, Alberto. 1964. *La narración en Hispanoamérica* (Madrid: Aguilar); Arrieta, Luis Alberto. 1959. *Historia de la literatura argentina* (Buenos Aires: Peuser); Sánchez, Luis Alberto. 1950. *Nueva historia de la literatura americana* (Buenos Aires: Guaranía); Bazin, Robert. 1958. *Historia de la literatura americana en lengua española* (Buenos Aires: Nova); Jitrik, Noé. “Realismo y picaresca: Roberto J. Payró”, en *Capítulo: Historia de la literatura argentina* (Buenos Aires: CEDAL.) y Torres Riosco. 1953. *Ensayo sobre literatura latinoamericana* (México: Tezontle) [K. de Abner...: 37].

carácter y color propio y distintivo”; sin embargo, como esto es aplicable a la novela universal y le suman, como nota particular, la “reproducción de voces y modismos populares y locales, simpatía del escritor por el ambiente que describe [...], incorporación del paisaje [... que] es parte integrante de la obra y con frecuencia, el móvil de la acción de los personajes” [cit. en K. de Abner...: 26].

Para la segunda, la narrativa regional parte de la narrativa rural relacionada con el realismo tradicional y como desprendimiento del ciclo gauchesco. Su aparición se circunscribe a la última década del siglo XIX y primera del XX. Se caracteriza por el rechazo al avance del progreso material, la visión del hombre en contacto con la naturaleza y su carencia de unidad estructural pues en ella predominan cuadros, paisajes, esbozos, impresiones.

A pesar del acuerdo general, las investigadoras observan que no hay un deslinde concreto sobre lo que es la región pues hablan indistintamente de comarca, paisaje, región y otros términos similares. Además, se limitan al género narrativo sin menciones a la poesía ni al teatro.

Por su parte, tanto Ara como Prieto amplían, completan y precisan el concepto de la literatura regional al abarcar todos los géneros, aunque tampoco se consigna la delimitación concreta de las regiones.

El análisis del resto del corpus, formado preferentemente por historias de la literatura hispanoamericana y argentina, destaca la ausencia del término regional para distinguir un tipo de literatura; en general el término se asocia al género narrativo o más específicamente a un subgénero: novela, cuento y, contadas veces, a la lírica.

En las conclusiones de este rastreo las autoras señalan que no hay una tipificación sistemática pues algunos autores diferencian, sin profundizar, literatura regional / literatura costumbrista, rural, social, etc., y otros intentan algunos deslindes para afirmar, finalmente que, “pueden darse en las obras regionales rasgos propios de las otras clases” [28]. Cuando no aparece el término regional se lo reemplaza con similar sentido por tierra, campos, etc., y concluyen: “No se utiliza, pues, un criterio homogéneo para la clasificación, ni en el concepto ni en la terminología” [28].

A fin de lograr precisiones terminológicas, las investigadoras optaron por un concepto amplio de literatura que les permitiera incluir “obras consideradas ‘marginales’ o ‘subliterarias’, desde el punto de vista de su valoración estética” [28]. El término “literatura” es concebido como “el resultado de la interacción entre estilo, medio ambiente y personalidad” [29] y el texto entendido, como “una pluralidad de discursos, una confrontación de puntos de vista: del autor, de su época, de la historia pasada y futura” [30].

El segundo punto a precisar es el concepto Región, al que se aproximan, en primer lugar desde conceptos geográficos que tienen en cuenta el enfoque humano, además del físico: “se trata de una teoría estructural de las regiones que las concibe como sistemas relacionales organizados solidariamente” [30].

Luego de este periplo definen la literatura regional como “el producto literario de una determinada región, de acuerdo con el concepto que de región acabamos de explicitar gracias al aporte de la ciencia geográfica. Por lo tanto, toda literatura es regional, ya que surge de un específico entramado de rasgos naturales y humanos” [32]. La presencia del paisaje no es determinante porque “el molde físico basal estructurante configura una concepción de mundo y vida que se expresa literariamente de múltiples maneras” [32].

La segunda parte de la ponencia se centra en el análisis de los caracteres descriptivos de la narrativa regional cuyana a partir de un corpus de sesenta y un relatos breves pertenecientes a autores cuyanos del siglo XX: *Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos*, de Juan Pablo Echagüe; *Mitos sanluiseños*, de Berta Vidal, y *Las mil y una noches argentinas*, de Juan Draghi Lucero. A partir de este corpus observamos que, si bien el concepto de literatura regional planteado es amplísimo, el recorte realizado se centra en textos de corte mítico, folklórico y tradicional, cuya aparición se ubica en la primera mitad del siglo XX, precisamente en la época de vigencia de una poética regionalista, criollista y/o nativista.

El análisis del corpus se centra en los ejes temático y retórico. Las conclusiones apuntan a definir una literatura regional cuyana. Sintéticamente concluyen que el paisaje en los tres modos propios de la región (montaña, travesía y oasis) se presentan en el corpus, pero dan lugar a relatos diferentes. Por una parte, aquellos que manifiestan la presencia de lo sobrenatural se relacionan con la montaña y la travesía; y, por otra, lo familiar y comunitario aparece asociado al oasis, aunque no se explicita que es en el oasis donde se encuentran los asentamientos humanos y en la montaña y en las travesías el hombre deambula en soledad. Finalmente afirman como conclusión: “La literatura regional cuyana traduce un regreso al pasado, no en morosa delectación de lo perdido ni en huida respecto del presente. Por el contrario, este retorno es un intento de recuperación de valores, la búsqueda de una raíz identificadora del ser, que pueda proyectarse y configurarse como futuro” [36].

Un elemento de conflicto en este estudio es que la definición inicial y abarcadora de literatura regional propuesta, que incluye a toda la producción de una región, se estrecha al analizar un corpus relacionado más con la literatura regionalista en tanto programa, que con textos producidos en la región sin previa selección temática.

2.2. Hacia el concepto de literatura de las regiones argentinas.

2002-2010

En el año 2002, desde Mendoza se convoca un primer encuentro para reflexionar sobre la literatura de las provincias argentinas. El éxito de estas jornadas promueve la realización de otros encuentros durante los años 2006, 2010 y 2016. Los aportes son recogidos en distintos volúmenes que analizamos a continuación.

El tomo *Literatura de las regiones argentinas* fue editado por Gloria Videla de Rivero y Marta Castellino en 2004 y recoge las conferencias y principales ponencias presentadas en las primeras Jornadas Nacionales homónimas. El volumen se abre con un prólogo de Gloria Videla de Rivero que historiza el encuentro y ubica el debate en la línea del Simposio de Literatura Regional de Salta, ya comentado. Sin embargo, el título elegido, “Literatura de las Regiones Argentinas” indica una importante y clave diferencia conceptual:

El mero cambio de título, de “literatura regional” a “literatura de las regiones argentinas” muestra un importante avance conceptual: se ha saltado de la parte al todo, la parte es vista, desde el punto de partida, en función del todo: el país, la Nación. Se ha avanzado desde el enfoque analítico fragmentado y regionalista a la consideración de las regiones en una búsqueda de integración [2004: 10].

La idea de integración regional es lo que predomina en el volumen, en tanto se observa un interés por mostrar los avances de la crítica en la consideración y estudio de distintas manifestaciones literarias de las diversas provincias y regiones. Este cambio de perspectiva tiene además raíces contextuales: por una parte, la crisis institucional del 2001-2002 que volvió a reforzar los planteos identitarios, ahora dentro de un marco donde lo nacional, en el sentido estrecho de nacionalismo, se diluye frente a la problemática de la globalización, ante la cual la región asume una entidad mucho más clara y profunda que la nación, y revela su fuerte arraigo en la historia, la cultura y las cosmovisiones:

Sin embargo, la tremenda crisis de los años 2001-2002, nos ha sacudido y nos ha hecho sentir que, para ser ciudadanos del mundo, antes tenemos que ser argentinos, en todos los aspectos, también en el cultural. Paradójicamente [...], la gente se aferra a la región como un ancla que lucha contra la marejada enajenante [de la globalización] y los escritores de las regiones se empeñan en escribir y los críticos de las regiones se empeñan en estudiar las producciones literarias o culturales del lugar. Y, curiosamente, por los misterios de las bases de datos informatizadas, son leídos en lugares más o menos remotos, tal vez con más interés y detenimiento que en la Capital del país [9-10].

La problemática de la globalización y las tensiones que surgen en su relación con lo local y lo regional sobrevuela la mayor parte de los artículos que, de un modo u otro, consideran –aunque sea en una breve línea– esta correlación. La tensión aparece también, aunque de modo más soterrado, en aquellos artículos que analizan la obra concreta de autores locales en los que se observa una marcada preferencia por señalar las relaciones de lo propio –el terruño, el paisaje, las tradiciones, etc.– con lo heredado: lo clásico, lo español, lo universal en suma. A esta línea pertenecen las exposiciones de Marta Castellino sobre Di Benedetto, la de María del Carmen Tacconi sobre el teatro de Ponferrada, la de Leonor Fleming sobre Tizón.

En el tomo se observa el predominio de estudios sobre autores o corpus propios de las distintas regiones, en un amplio espectro temporal: Juan Carlos Dávalos, Tizón, Di

Benedetto, Mallea, José Luis Vittori. Estudios sobre literatura dramática, revistas culturales de la década del 90, literatura de ideas y oralidad son nuevos aspectos que se suman. La reflexión teórica sobre el concepto y límites de la literatura regional y sus matices es objeto específico del trabajo de Pedro Luis Barcia pero aparece, con diversa profundidad y claridad, en buena parte de los trabajos del volumen; también se observa la inclusión del eje temporal e histórico en la consideración del problema. Desde la perspectiva metodológica, interesa el artículo de Fabiana Varela sobre la importancia de los periódicos como fuentes documentales para estudiar las literaturas producidas en provincia durante el siglo XIX.

2.2.1. Aspectos conceptuales

La discusión sobre el término región y su pertinencia está desarrollada –como ya se dijo– en la exposición de Pedro Luis Barcia, “Hacia un concepto de la literatura regional”; sin embargo, buena parte de los trabajos plantean y discuten la utilización de los términos, para aclarar su uso. En general, el planteo esencialista es reemplazado por otro de corte más historicista. La literatura regionalista está asociada a términos como criollismo, nativismo, realismo y nacionalismo como poéticas ubicadas temporalmente entre fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, y que aparecen agotadas hacia la década de 1950. Así, por ejemplo, Donni de Mirande al estudiar la presencia de la oralidad en cuentistas santafecinos define el regionalismo del cuento santafecino, acorde con lo propuesto por Inés Santa Cruz, “como una versión del realismo, que intenta abarcar el conocimiento del hombre en interacción con los factores socioculturales de un espacio geográfico. Al cuadro pintoresco del costumbrismo se lo enmarca en una problemática general con afán documentalista o polémico” [81] y suma una delimitación temporal: entre las décadas del 30 y del 50 cuando existe una “producción narrativa regionalista en Santa Fe en la que se destaca el cuento” [82]. En la caracterización de su corpus aparece la mención a las poéticas naturalistas y realistas, y a sus variantes, costumbrismo y criollismo, asociadas a lo urbano y lo rural respectivamente [83].

Graciela Maturo, a partir de la obra del santafecino José Luis Vittori, intenta una teoría de la región la cual señala la tensión entre lo universal y lo local, entre la búsqueda de una cierta comunidad entre todos los pueblos producto de la comunicación entre sí, y la idiosincrasia particular ligada “a un lugar de la tierra, a una región o continente, un paisaje estéticamente percibido, un cierto clima, un tiempo histórico común” [121]. La autora da también una mirada histórica de esta tensión para proponer una perspectiva superadora en la que lo nacional se diluye frente a la macrorregión de América, y señalar que los aportes más originales de la literatura hispanoamericana se fundan en una mirada profunda sobre lo regional que supera el mero costumbrismo descriptivo:

Pero el siglo XX trajo un regionalismo nuevo, que se hizo consciente de su propia significación a partir de los años 20. Se conformó una corriente literaria que adoptó, en sus diversas vertientes o momentos estéticos, los nombres de criollismo, americanismo, regionalismo, novela de la tierra, realismo mágico o

nueva novela histórica, y que no es en el fondo sino el despliegue de una conciencia de identidad americana, que se inicia en el protonúcleo de la provincia o la región, para extenderse a la nación y a la patria grande o marco regional americano. Superando el costumbrismo decimonónico, nuestros mejores escritores se dieron a representar lo regional y continental en su naturaleza, sus mitos y su historia, en etapas de diálogo con movimientos netamente europeos como las vanguardias, el surrealismo, el existencialismo o la posmodernidad [123].

Pedro Luis Barcia, cuyo artículo abordaremos ahora con más detalle, también realiza una mirada historicista al plantear el inicio del nativismo literario en prosa a partir del texto *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, de Juan B. Alberdi¹⁰. La génesis de este texto le permite afirmar lo que a su juicio es el primer precepto de la literatura regional: “Los escritores de Provincia solo están en condiciones de describir su terruño después de una residencia en la Capital” [27], pues es necesario tomar una cierta distancia para poder establecer el contraste entre lo propio y lo ajeno. En este derrotero temporal destaca la importancia de los viajeros en la consideración de lo regional y señala a Mitre, Luis Domínguez y Juan María Gutiérrez, juntamente con la gauchesca¹¹, como los textos que afirman la región pampeana. Avanzando en el tiempo señala los aportes de la Generación del 80 y del criollismo¹².

Sin duda, su mayor aporte reside en una serie de deslindes conceptuales: Literatura del interior –que a su juicio es una denominación “arrasadora de diferencias regionales, [...] una falacia designativa porque unifica, indiferenciadamente, lo que es rica y fructuosamente diverso” [34]–, literatura provincial, de marcada connotación política, pero cuyo uso frecuentemente connota un valor descalificador, y literatura regional. Con respecto al concepto de región señala su demarcación compleja, en cuya composición intervienen lo natural geográfico, los varios sustratos, lo histórico, lo lingüístico: “El concepto de ‘lo regional’ es más real, abarcador y genuino que el de lo ‘provincial’, que es convencional y posterior al de región, pues la región es preexistente a lo provincial” [35]. Sin embargo, el término resulta indefinido ya desde su etimología, por ello, para circunscribirlo mejor, Barcia explora los elementos constitutivos de una región cultural¹³ y las divisiones de regiones más usuales en nuestro país, como las propuestas desde los estudios de folclore (Berta Vidal de Battini, María Beatriz Fontanella de Weinberg, Félix

¹⁰ *La Cautiva*, de Echeverría, será el texto fundante de la poesía nativista.

¹¹ Con respecto a la gauchesca, Barcia observa que es una expresión regional particular y “ejerce dos fuertes reducciones: una es restringir la poesía regional a lo pampeano y la otra, reducir lo argentino al gaucho” [32].

¹² Rafael Obligado y sus *Leyendas nacionales*, Martiniano Leguizamón, Joaquín V. González, quien incorpora los Andes a la literatura con *Mis montañas* (1893). El delta aparece en *Un viaje al país de los matreros*, de Fray Mocho, y la Patagonia en *La Australia Argentina*, de Roberto J. Payró, y *Voz del desierto*, de Eduardo Talero (1907).

¹³ Siguiendo el *Diccionario de sociología*, de Fairchild, Barcia señala lo espacial (unidad geográfica y comunidad de flora y fauna), centro de referencia y flexibilidad de límites; cierto grado de homogeneidad en la historia, costumbres, usos, instituciones, economía, lengua, concepción del mundo, sustrato mítico y patrimonio legendario y sustratos indígenas; aspectos estructurales o funcionales que dan posición dominante a la región; unidad de punto de vista que le da coherencia; un mínimo posible de contradicciones, conflictos y superposiciones en su seno y la interrelación entre sus constituyentes que los asuma y asocie [37]: “Todo ello genera un estilo cultural de la región. La distinción entre estos estilos permitiría el trazado de un mapa cultural con diversidad de regiones en nuestro país” [37].

Coluccio, Augusto Raúl Cortázar, Bernardo Canal Feijóo y Olga Fernández Latour de Botas).

Finalmente, sostiene:

Literatura regional es la que nos sitúa por sus alusiones en una región determinada. Puede ser escrita en dicha región o no. Mucha de la literatura regional es producto de la evocación y del recuerdo cuando el autor vive exiliado de ella. Pero no es regional una obra por el mero hecho de ser compuesta en ese ámbito regional. Radicado un escritor en el seno de una región puede escribir sobre realidades distantes y ajenas al dintorno, en el que vive y trabaja [39].

El regionalismo literario o literatura regionalista, por su parte, implica “un grado de exasperación, un acentuar, por el sufijo, lo regional” [39], es “producto de un profesionalismo de lo regional” y genera literatura “regionalizada” por decisión del autor, limitada a la región, centrada en ella. Es programática y poéticamente consciente de que abunda –y su imperativo es abundar– en rasgos específicos, distintivos de la región [39].

Observa entonces tres niveles semánticos del adjetivo regional: el meiorativo (“se exalta ponderativamente lo regional” [39]), el peyorativo (“actitud descalificadora para aquello a lo que se aplica” [40]) y descriptivo u objetivo. Esto le permite ubicar a la literatura regionalista en el área de lo meiorativo / periorativo y a la literatura regional como objetiva, descriptiva, neutra.

El regionalismo literario o literatura regionalista tiene un fundamento de tipo político, de defensa de lo propio frente al cosmopolitismo, del que surge, según Barcia, una serie de limitaciones: relación con una estética de base romántica apoyada en el color local; exhibicionismo colorista y pintoresquismo, descripcionismo, predominio de énfasis sentimental ponderativo, gesto desdeñoso y excluyente hacia lo otro, tono elegíaco y nostálgico, culto al pasado, cerrazón cultural, temor de las influencias, tipificación psicológica en la narrativa, enciclopedia regional para el lector [41-2]¹⁴.

La literatura regional –aquella que se apoya en lo que le brinda la región, pero es vehículo de la expresión personal de un autor quien aporta, por su parte, una dimensión universal a sus temas– es, para Barcia, “el nombre verdadero de la literatura, porque toda obra es regional, nace en un tiempo, en un lugar, en una región. Ahonda en el suelo del hombre y con ello se universaliza” [43]. Conjuntamente con esta literatura surge un discurso crítico que también contribuye a la conformación de una región.

¹⁴ Señalo que estas limitaciones coinciden con las notas que Romano otorga al criollismo nativista, asociado a un momento histórico. En este sentido, podríamos pensar que estamos frente a una determinada poética, surgida en un momento particular de nuestra historia literaria y que es funcional, además, a una determinada visión política de tipo nacionalista.

2.2.2. Una mirada histórica sobre el regionalismo

En la consideración del apartado anterior, ya observamos tanto en Maturo como en Barcia, y en menor medida en Donni, una perspectiva histórica en la reflexión sobre la literatura regional. Eduardo Romano, en su aporte “La parábola narrativa regionalista” [165-82], subraya esta mirada cronológica al tratar de establecer límites para una producción literaria “regionalista” entre 1880 y 1950. Basándose en la obra de un corpus amplio de autores señala los antecedentes románticos (Alberdi, Echeverría, Juan M. Gutiérrez, Mitre, Sarmiento), pero indica el nacimiento concreto de esta poética con la formulación teórica y práctica de Joaquín V. González, cuya base es de carácter ideológico. Dentro de este primer grupo, “el regionalismo [sería] una tarea meramente paisajista, a lo sumo eglógica, que calase en una primigenia e idealizada relación del hombre con la tierra, donde no hubiese sino ocasionales conflictos” [166]. Desde lo literario observa su oposición al realismo-naturalismo asociado a temáticas ciudadanas. Avanzado el siglo, observa una desviación de estos postulados en la obra de Ricardo Rojas y Juan Carlos Dávalos, quienes manifiestan una especial consideración hacia lo indígena. El nativismo fundante de la literatura regional adquiere otra dimensión en el llamado regionalismo de izquierda, marcado por los principios del Partido Comunista, que se desarrolla con especial énfasis en la zona del litoral.

Hacia la década de 1950 advierte Romano el agotamiento de un modelo poético; sin embargo, lo regional no desaparece, sino que se reelabora en un mayor diálogo con lo universal:

Atravesada por modos de decir que llevan incorporados los mejores hallazgos de la narrativa modernizadora –desde Franz Kafka, James Joyce o Marcel Proust [...]–, la realidad regional, paradójicamente, pasa a convertirse en una fuente de identidad político-cultural más notoria que las en muchos casos artificiosas fronteras nacionales. En un tal vez extremo polo de resistencia contra las imposiciones de un mundo globalizado desde afuera y desde arriba. En una necesidad de refundar el “saber local”, que es en definitiva la única forma válida de saber, según el antropólogo Clifford Geertz [2004b: 180-1].

2.2.3. Folklore y literatura regional

María Fanny Ozán de Pérez Sáez propone en su trabajo la relación entre literatura y folklore en la región, aunque lo hace de un modo impresionista, en el que abundan definiciones esencialistas. Su reflexión se centra en el tema identitario, referido exclusivamente a la región del NOA –una región con fuerte unidad, como se observa en la biografía de sus autores y en una producción de revistas eminentemente regionales–, problematizado en este caso por la globalización. Su objetivo es analizar algunos aspectos de la creación poética y de la expresión oral, anónima y tradicional de este espacio, pues allí se observa un “horizonte común” y “comunes orígenes culturales vividos hondamente por los sabios analfabetos que reservan en su memoria versiones que provienen de la España de la conquista y también por los escritores” [136]. Pretende,

entonces, destacar los rasgos que dan identidad a la región a partir de su presencia tanto en la obra de los distintos autores cultos, como en el acervo folklórico anónimo: “Lo común en la producción del poeta culto y el cantor popular tradicional es la tensión que en ambas modalidades de expresión se produce con el contexto a consecuencia de la común cosmovisión” [144]. Entre los rasgos más caracterizadores destaca “el estar”, que conlleva el arraigo en la tierra en el ahora y la valoración de la historia. Esto se observa con fuerza en la presencia del “aquí”, deíctico que analiza en una selecta producción poética (Manuel J. Castilla, Raúl Aráoz Anzóategui, Carola Briones, Mario Busignani) y que es la “vía para interpretar el significado de la presencia casi obsesiva de lo inmediato en muchos escritores regionales y en el cancionero y narrativa tradicionales” [145].

De esta presencia del aquí se desprenden otros elementos característicos como los vínculos estrechos del hombre con el hombre, que justifican la presencia de tipos humanos regionales como el hachero, el trabajador del ingenio, la palliri, el minero; la religiosidad sincrética entre lo hispánico y lo panhispánico con su mirada profunda y ascendente más allá de un credo concreto; la lengua y la memoria del origen. Estos elementos definen, según Osán, la identidad de las culturas tanto en lo folclórico como en lo culto, sin necesidad de caer en el color local, pues se está frente a un “*regionalismo exterior profundo*, que es el que perdura” [148]. Junto a este también se encuentra un “*regionalismo interior*”, observable cuando el poeta busca “crear con el lenguaje un nuevo universo que transfigura, internaliza e ilumina la experiencia personal, histórica, cultural o social que le dio origen” [148].

Como síntesis de este primer volumen de *Literatura de las regiones argentinas* cabría señalar, en primer lugar, la presencia de discusiones teóricas fuertemente justificadas, la torsión del tema identitario que ya no opone región /nación, sino región / globalización, la dimensión histórica en la mayor parte de las investigaciones y la presencia de estudios sobre autores y problemáticas regionales que llevan a poner el acento más que en la literatura regionalista, en la literatura regional, en el sentido que le daba Ara: la producción literaria de una determinada región.

2.3. El segundo encuentro de las regiones argentinas

El segundo volumen de *Literatura de las regiones argentinas*, publicado en 2007, es el registro de una segunda reunión realizada en Mendoza. El encuentro, siguiendo con los objetivos del anterior, se propuso como una contribución para “enriquecer el conocimiento de la literatura argentina, con el pluriperspectivismo que aporta su estudio desde las regiones mismas” [Castellino 2007: 7]; sin embargo, ya no desde un deseo, sino desde una mirada real sobre la problemática literaria de los distintos ámbitos del país, como un espacio abierto al diálogo entre las distintas regiones. Predominan en el volumen trabajos sobre distintos géneros, principalmente la lírica y la narrativa histórica, en un intento por cartografiar un mapa del estado de la producción

literaria del momento a lo largo y a lo ancho de todo el país. Otro aporte es la presencia de numerosos trabajos sobre autores de diversas regiones: Atahualpa Yupanqui, Héctor Peña, Víctor Daniel Verón, Ricardo Rojas, Abelardo Arias, Antonio Di Benedetto, entre otros. La reflexión teórica no ocupa un lugar central, es menos virulenta y se enriquece con el aporte de otras disciplinas, como la historia. También se observa una menor incidencia o dependencia con el contexto sociopolítico, cuyo correlato es una mínima presencia de planteos identitarios.

2.3.1. Aspectos teóricos y metodológicos

Como ya se ha señalado, la discusión teórica no ocupa un lugar central. Observamos sí, la presencia de un giro en la reflexión a partir de la utilización de marcos teóricos y conceptuales provenientes de los posestructuralismos (Deleuze y Guattari) y del pos colonialismo (Edgar Said y Homi Bhabha), que permiten la construcción de una mirada diferente del objeto de estudio y desarticular ciertos tópicos que estaban muy instalados en la crítica, como la oposición Buenos Aires / Interior. No obstante, esta dicotomía subyace, con otras marcas y consideraciones, en la oposición centro/periferia. De todos modos, este centro ya no está tan marcado y puede ser trasladado según los ejes del análisis, lo que permite una reflexión más compleja.

Cabe señalar que, no obstante el giro de la discusión teórica, el factor geográfico como referente espacial concreto que permite ubicar una obra dentro de una determinada región, continúa presente como eje organizador, principalmente en narrativa, como se observa en los trabajos de Silvia Bittar y Fabiana Varela, entre otros.

A nuestro juicio, el aporte más significativo a la reflexión sobre el concepto de región es el que realiza Pablo Heredia en “Regionalizaciones y regionalismos en la literatura argentina. Aproximaciones a una teoría de la región a la luz de las ideas y las letras del siglo XXI”. La propuesta deja de lado el supuesto geográfico como base de la región, para pensarla desde el concepto de *locus de enunciación* o *locus enunciativo*, en tanto práctica social y cultural situada en un espacio-tiempo determinado, que obedece a distintas variables en las que no son ajenos los juegos de poder. Para Heredia, el que habla sobre una región habla más de sí mismo que del espacio que podríamos considerar regional y esto es válido también para los estudiosos que hablamos sobre el tema. Heredia se basa tanto en el concepto de “lugar de enunciación”, que toma de Zulma Palermo, como en las reflexiones sobre cultura popular de De Certeaux, estableciendo una especie de paralelo entre lo regional y lo popular¹⁵.

La propuesta insiste en el carácter situado de la enunciación y, por ello plantea:

[...] transitar las representaciones regionales a través de los proyectos y programas político-culturales que participan consciente o inconscientemente en la construcción del *locus enunciativo*, desde el presupuesto de que los discursos

¹⁵ Particularmente creo que la identificación entre ambos términos es reduccionista, pues en lo regional caben –a mi juicio– producciones que plantean registros diversos a lo popular.

sociales se configuran cultural y simbólicamente en una ‘enunciación regionalizada’, que provisoriamente llamaremos *locus regional* [2007: 156].

Heredia señala la relación dialéctica entre nación y región, entre centralismo y regionalismo, que son subsidiarios uno de otro y que obedecen a programas político-culturales más que a realidades esenciales. Este corrimiento de las posturas esencialistas –que obedecen también a cambios en los entornos– permite una contextualización de la problemática teniendo en cuenta también su devenir histórico, que Heredia observa en la obra de autores emblemáticos desde Sarmiento y Joaquín V González hasta Conti, Di Benedetto, Tizón, Saer y Moyano, pasando por Ricardo Rojas y José Ingenieros, los cuales plantean diversos programas político-culturales que marcan una especial relación con la región y con la nación¹⁶.

El artículo concluye con una propuesta superadora, a su juicio, de las tensiones centralismo / regionalismo, sostenida en la elaboración de “nuevas redes culturales interregionales [...] que tiendan a reflexionar sobre las prácticas representativas regionales en el marco de los procesos de integración actuales” [181].

La propuesta de lo regional como categoría de análisis proviene de la intervención del historiador Adolfo O. Cueto, “La historia regional: Una herramienta clave para la regionalización”. Si bien el concepto de “historia regional” es también problemático y falta de sistematicidad, Cueto sostiene que la historia regional es un camino para alcanzar la Historia Integral o Nacional [129], teniendo en cuenta esta idea de la articulación de las partes (regiones, provincias) para conformar el todo (nación). Esta articulación no es yuxtaposición simplemente de historias regionales, sino “proceso de integración alcanzado por la interrelación de las realidades determinadas por vinculaciones, relaciones y dependencias que las circunstancias y hechos generan por sí mismos” [137].

También se refiere a la región como unidad mínima de análisis, aislándola de un territorio determinado: “Su contorno puede ser mayor o menor, tal como se requiera para alcanzar un contexto o marco en el cual se comprenda e interprete al desarrollo y evolución de la historia en toda su dimensión” [136].

Si bien el planteo, especialmente desde lo metodológico, puede ser válido para el campo de los estudios literarios, en historia, como los hechos suceden en un espacio concreto, es quizás más fácil establecer un territorio donde se producen las interrelaciones. Sin embargo, en literatura, el contacto, el encuentro, no es espacial sino espiritual, razón por la cual muchas veces logra superar los tiempos y los espacios concretos.

¹⁶ El trabajo de Domingo Ighina, “Los ‘espacios geoculturales’ como tensiones entre proyectos nacionales y regionales en los ensayos del Tucumán: *El país de la selva* de Ricardo Rojas”, podría verse como un ejemplo de análisis concreto adoptando y adaptando los postulados de Heredia.

2.3.2. Perspectiva histórica

En este volumen prácticamente no se observa una historización del regionalismo, un tema que ya había sido abordado con bastante detalle en la anterior reunión. Tenemos, por una parte, el aporte de Heredia sobre la relación entre proyectos personales y políticos desde Sarmiento en adelante, que van conformando un discurso en el que aparecen tanto el término nacional como el regional, de modo más explícito en el siglo XIX y principios del XX, más literario en la década de 1960.

Por otra parte, en mi trabajo sobre Antonio Di Benedetto: “El *desierto viviente*: El espacio regional en la narrativa breve de Antonio Di Benedetto”, recupero la mirada histórica para ubicar a Di Benedetto en el denominado “nuevo regionalismo”, pero me baso en los aportes de Eduardo Romano ya comentados al analizar el primer tomo de *Literatura de las regiones argentinas*. En el estudio, sin embargo, lo histórico funciona como un contexto necesario que permite examinar “el modo en que Antonio Di Benedetto se va apropiando paulatinamente del espacio regional, con especial referencia al desierto como símbolo polisémico, hasta lograr la conformación de una especie de mito personal” [2007: 267-8].

De todos modos, el factor geográfico, en el sentido del referente espacial regional como organizador especialmente de la narrativa, se sigue considerando como central en la configuración de la literatura regional, como puede observarse en “Configuraciones del espacio patagónico en *El ventisquero y la furia* de Héctor Peña”, de Silvia Bittar.

2.4. Un tercer encuentro: Hacia la visión integral de la literatura argentina

Finalmente, en el año 2010 tuvieron lugar las terceras Jornadas Nacionales de Literatura de las Regiones Argentinas, cuyas ponencias en su totalidad, fueron recogidas en una publicación digital. Una mirada panorámica sobre esta publicación muestra una mayor apertura en la consideración de la diacronía pues los trabajos reflejan investigaciones sobre autores y textos desde el siglo XIX en adelante, lo que permite la ampliación del corpus no solo en el aspecto espacial sino también temporal. Nuevamente observamos el predominio de ponencias sobre autores singulares, algunos ya parte indiscutida del canon como Borges, Girondo, Mansilla, Saer, Tizón, Juan L. Ortiz; otras que recuperan a escritores hoy olvidados pero que en su momento fueron figuras canónicas, como Arturo Capdevila y Joaquín V. González. Finalmente, un amplio grupo de investigaciones rescatan a autores locales provenientes de distintos puntos del país (NEA, Patagonia, NOA, Cuyo) y permiten ampliar la circulación de sus obras.

Continúa una amplia presencia de estudios sobre género lírico y narrativo, especialmente novelas escritas por mujeres, muy similares a lo planteado en las jornadas anteriores. Se observa sí, como aporte más novedoso, un sostenido interés por géneros populares, como el tango, y la presencia de investigaciones que rescatan diversos

aspectos de la oralidad, no siempre en relación con el folclore. En líneas generales y como tono predominante de este volumen, prevalece sobre el debate de conceptos, la presentación de autores, de contextos socioculturales, de estados de los estudios locales que pretenden ampliar el mapa de la literatura argentina a partir de los aportes de las distintas regiones.

Como bien lo señala Hebe Molina en la “Presentación”:

[...] el debate intelectual ha girado sobre ciertos ejes orientadores como la definición de lo regional desde nuevos parámetros teóricos y metodológicos y en el contexto de fuertes procesos de mundialización, el diseño de mapas para el relevamiento y rescate de la producción literaria de las distintas regiones, los cruces entre literatura y folclore, el trasvasamiento de la realidad social y cultural en las manifestaciones literarias, las inflexiones de los géneros en las distintas regiones, los testimonios de viajeros como fuentes para una historia de la cultura en las regiones; los cruces entre cultura escrita y oralidad, entre literatura y otras artes; la difusión y configuración de lo literario en los medios periodísticos y culturales, la integración de lo occidental y lo indígena, los contactos –en el marco de la región – con la cultura de otras naciones vecinas, los pensadores de la cultura argentina, la lectura crítica de autores locales.

Siguiendo el esquema utilizado en el comentario de los anteriores volúmenes, señalaremos los aspectos a nuestro juicio más destacados de los aportes teóricos, metodológicos. No consideramos la historización del o de los regionalismo(s) porque se siguen, en líneas generales, los planteos de Eduardo Romano y de Pablo Heredia, ahondando en la consideración de autores particulares, principalmente los que pueden ser ubicados en el nativismo (Joaquín V. González) y en la generación del Centenario (Ricardo Rojas).

Los aportes teóricos, en general, profundizan los caminos que habían sido trazados en el segundo tomo de *Literatura de las regiones argentinas*: consideración del autor como emisor situado que permite establecer la noción de *locus enunciativo* o de *enunciación*, más los aportes de las corrientes postestructuralistas, la semiótica, la pragmática y los estudios culturales, entre otros.

Prima una profunda conciencia de la complejidad del objeto de estudio, afincada en los insumos teóricos –explícitos o implícitos– provenientes del paradigma de la complejidad de Edgar Morin. Al respecto, señala María Ester Gorleri: “Acudo al auxilio de Edgar Morin (2005) para anclar posición sobre la complejidad, cuando el pensador francés la define como ‘*siempre relacionada con el azar*’ y como un pensamiento que transcurre paradójicamente, al mismo tiempo entre lo uno y lo múltiple, la incertidumbre y la contradicción” [2010: 2].

Los investigadores, al repensar la complejidad de su objeto, no dejan de tener en cuenta la incidencia de la serie política en la consideración de todo fenómeno literario y el

carácter situado de toda enunciación, tanto del autor como de los críticos. Son muy valorados los aportes de Deleuze y Guattari, especialmente los conceptos Territorialización, Desterritorialización y Reterritorialización, al igual que el de Literatura Menor, que permiten analizar las producciones literarias locales desde nuevos paradigmas, en los que el centro único ha perdido solidez y espesor. Es Carmen Santander, al reflexionar sobre la complejidad de la literatura en Misiones, la que encuentra especialmente productivo la utilización de estos conceptos: “Los aportes de los debates postestructurales y un mundo que ha roto los ejes y las estructuras que sostenían la *cultura occidental* nos aportan dimensiones y segmentos para trabajar las culturas y *literaturas menores*”¹⁷ [5].

Por su parte, Aldo Valesini articula una interrogación que de algún modo sobrevuela la mayor parte de las exposiciones: “¿Cuál es el lugar de la ‘literatura regional’ en el horizonte epistemológico actual?” [2]. El crítico señala también la consideración de la literatura como un discurso más entre todos los que pueblan nuestra sociedad, discurso complejo en el que se intersectan relaciones varias, mutaciones y otros discursos vigentes [3]. De allí surge, para él, la “territorialización de todo discurso” ya que no se escribe sino desde el lugar y el tiempo en que el emisor se halla inmerso [4]. Es en este pliegue de la emisión situada en el que pueden considerarse aquellos discursos que habían sido definidos como “literatura regional”.

De todos modos, y más allá de las disquisiciones teóricas, el avance en lo metodológico es importante pues a la consideración de una posible cartografía local, es decir, el rastreo y ordenación de las producciones surgidas en los ámbitos particulares y del establecimiento del lugar que esas producciones ocupan en el campo cultural provincial, se suma la necesidad y pertinencia de estudiarlas en su dimensión relacional, poniéndolas en diálogo con las producciones de la región inmediata y de otras. Al respecto aporta Gorleri:

[...] la condición de posibilidad de integración de las literaturas de las regiones argentinas depende de la propia exploración integrada, multidisciplinar y previa de las literaturas en las provincias porque el conocimiento relacional construido sobre ellas permitirá con fundamento afrontar el comparatismo con las literaturas de la región y sus áreas de influencia, y habilitará a sustentar descentramientos y reacomodamientos entre el centro y la periferia, siempre que, además, la producción literaria en las provincias se potencie y luche por imponer su capital simbólico entre los consumos culturales [8]¹⁸.

¹⁷ Resaltado en el original.

¹⁸ De las IV Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas, llevadas a cabo en Mendoza el 31 de agosto, 1 y 2 de setiembre de 2016, no se publicaron las respectivas actas.

2.5. La literatura del Noroeste Argentino

Entre 2011 y 2013 se publican tres volúmenes de *La literatura del Noroeste Argentino: Reflexiones e investigaciones*, dirigidos por Liliana Massara, Raquel Guzmán y María Alejandra Nallim, quienes representan a las Universidades Nacionales de Tucumán, Salta y Jujuy, respectivamente. Se trata de un ambicioso proyecto financiado por la Secretaría de Políticas Universitarias¹⁹ que buscó la reflexión y el debate interinstitucional con respecto al NOA a través de tres encuentros realizados entre 2010 y 2012 y cuyos resultados fueron publicados en los volúmenes que reseñaremos brevemente a continuación. El planteo interinstitucional permite superar el horizonte provincial que se subsume en la estructura mayor de la región, lo que posibilita un trabajo comparativo.

En líneas generales, advertimos que, dada la cercanía temporal, las reflexiones ahondan lo ya esbozado en Cuyo, aunque emergen líneas de especulación teórica relacionadas con la rica tradición crítica de la región. La propuesta es interesante en tanto la discusión se centra en una región determinada con un fuerte afianzamiento histórico y con una importante tradición intelectual y literaria, que permite anclar el pensamiento y el debate en torno a hechos precisos y situaciones concretas. Además, el Noroeste ha brindado sobradas pruebas de una red regional de intelectuales que han marcado la identidad literaria de la región, como por ejemplo el grupo *La Carpa*.

El primer tomo (2011) es el que presenta un mayor andamiaje teórico y plantea un marco epistemológico que irradia su fuerza en los encuentros posteriores²⁰. El segundo tomo tiene algunas apreciaciones sobre la literatura regional en relación al canon y el tercero aborda la problemática de la literatura posdictadura en la región²¹.

Un concepto no siempre explicitado pero que sobrevuela la mayoría de las contribuciones es el la tensión entre literatura nacional, entendida como la producida en Buenos Aires, y el “resto” o literatura regional²², que suele textualizarse como oposición centro / periferia, cultura hegemónica / culturas periféricas, entre otras.

Precisamente la exposición de Amelia Royo plantea ya desde el título esta oposición: “Literatura argentina / literatura regional: debates y desafíos”. La investigadora parte de

¹⁹ El proyecto se planteó en términos de “Fomento de la investigación interinstitucional sobre la literatura del Noroeste Argentino”.

²⁰ El primer volumen se organiza en una “Introducción” y seis capítulos: “Encuesta sobre la literatura de / en NOA”, “Pensando la literatura en el NOA”, “El concepto ‘literatura del NOA’ y su teorización”, que son los primeros y más teóricos. Luego tenemos “El campo literario de las últimas décadas en las provincias del NOA”, “Escritores, industrias culturales y políticas editoriales en el NOA” y “Obras y autores de la Literatura del NOA. Estudios críticos”. Varios de los ensayos se centran en el estado de la literatura en algunas de las provincias, pero solo nos detendremos en aquellos que, de alguna manera, ahondan en una reflexión teórica y metodológica sobre la literatura regional. Con respecto a “Encuesta sobre la literatura de / en NOA” resulta un aporte metodológico interesante para relevar el autoconocimiento de la literatura local; sin embargo, no problematiza ni realiza aportes en torno al concepto de literatura regional / regionalista.

²¹ Nos hemos centrado en los dos primeros volúmenes ya que en el tercero no se advierte discusión teórica, sino una práctica crítica sobre autores y textos de la posdictadura.

²² En palabras de Nilda Flawiá: “Pensemos que durante mucho tiempo, se estudiaba la literatura producida y que circulaba en Buenos Aires, lo demás entraba en aquella denominación de ‘literatura regional’, como literatura de segunda clase, porque no tenía mayor circulación. Este criterio habla de un solo centro y de muchas periferias” [20].

los aportes de Raúl Augusto Cortazar con su noción de ámbito y los de Carmelo Bonet sobre la novela en la *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael A. Arrieta, a los que suma los de Edelweis Serra (región interior, región exterior), José Luis Vittori (región vivida), los estudios de Eduardo Romano y los conceptos de Pablo Heredia, para quien “todo texto es regional puesto que registra, explícita o implícitamente, significados de alguna cultura diferenciada” [24]. Tales contribuciones son puestas en diálogo con Ricardo Kaliman: “la literatura se produce en un espacio, pero no se trata sólo del soporte físico-geográfico del que escribe, antes bien es un espacio social que incluye la comunidad de lectores. Ergo, *escribir regional* traduce escribir *en*, escribir *sobre*, pero esencialmente escribir *para*” [25]. De este modo, Royo suma, al pensar y escribir situado, un componente imprescindible del proceso de comunicación: el lector implícito en las obras, lector que también es situado²³.

Otro aporte que señala Amelia Royo es la dimensión subjetiva y existencial de la región: “La *región* –en su abarcatura restringida o trascendiendo fronteras físico-políticas– depende de la percepción y de la vivencia. Es, por lo tanto subjetiva, pero el sujeto de escritura no está escindido del espacio social, como no lo está el sujeto que lee y se reconoce” [25].

Desde lo teórico-metodológico, Royo se inclina por la teoría de los polisistemas para observar las relaciones entre lo nacional y las producciones de las regiones, dada su “concepción abierta, dinámica y heterogénea cuya eficiencia depende de «nuestra habilidad para hipotetizar una ‘fructífera’ red de relaciones»” [28], este marco posibilita pensar “más de un centro para el sistema, hecho que a la vez instaura la idea de relaciones concurrentes” [29].

La reflexión de Alejandra Nallim se centra en el cruce entre literatura regional y nuevo milenio, específicamente en la provincia de Jujuy, y lo hace a partir de cinco preguntas disparadoras de un posible debate. Nos centramos en las dos primeras pues son las que más directamente atañen al tema que nos ocupa: “¿Desde dónde leer la literatura regional en el nuevo milenio? ¿Qué andamios teóricos-críticos del pensamiento latinoamericano y nacional debaten, resemantizan y relocalizan los estatutos y alcances de lo regional?” y, luego, “¿Cómo abordamos la literatura regional en la llamada era global y de la posmodernidad?” [2011: 38].

Las posibles respuestas parten de la intersección de los nuevos contextos epistemológicos conformados a partir de las décadas del 60 y 70 hasta los planeos más actuales de la hermenéusis pluritópica, las teorías de la desterritorialización y el nomadismo, pasando antes por los estudios culturales, las corrientes postcoloniales y occidentales, la subalternidad, la epistemología de las fronteras, sin desdeñar los aportes provenientes de la propia reflexión local. En su desarrollo acaban flotando múltiples preguntas que no terminan de configurar lo regional sino como una problemática.

²³ Trabajamos esta dimensión del “escribir para” en un proyecto anterior también financiado por SECTyP de la U. N. de Cuyo, “Pacto comunitario entre autor y lector...”, en el que se abordaron los pactos de lectura que las obras regionales y regionalistas proponen a sus lectores.

Este aporte sugiere insertar el debate sobre la literatura regional en el campo mayor de los estudios latinoamericanos y en las corrientes que debaten los aportes del postcolonialismo, pero siempre en clave latinoamericana. Precisamente esta opción descolonial posibilita la reflexión sobre las culturas invisibilizadas. De esta manera la relación Buenos Aires / provincia adquiere un nuevo marco que también objeta la relación centro/ periferia que se establece entre ambos centros.

Liliana Massara es quien, a mi juicio, ofrece al inicio de su ensayo, “Crítica, literatura, región: Un espacio de identidades y culturas marginales”, una reflexión que sintetiza uno de los aportes más genuinos de estos tres volúmenes y que podemos enunciar como la autoconsciencia de un pensamiento crítico, “situado” que cuenta con una tradición propia en el NOA:

El sistema literario regional, en la actualidad y por diferentes redes culturales, está en situación de (re)tomar un estado de concientización para consolidar un pensamiento crítico tendiente a ‘descolonizar’, no sólo el conocimiento sino la cultura como exponente de una identidad que se constituye con lo propio y desde lo diverso [2011: 62].

Este pensamiento crítico, cuyas fuentes están en Fernández Retamar, pero también en Canal Feijóo o Rodolfo Kusch, quienes consolidan un pensar situado, debe materializar una historia de la literatura argentina que permita dar cuenta y escuchar “las voces ausentes de una cultura regional”, al incorporar y reconocer las diferencias y, a la vez, recomponer “los ‘intersticios’ culturales no previstos por las estructuras académicas canonizadas” [65]. De esta manera se pasa de lo teórico a una propuesta metodológica abarcadora.

También teórico-metodológico es el abordaje que Carlos Hernán Sosa propone en “Literatura regional y escalas de estudio: algunas reflexiones teórico metodológicas”. Sosa parte de la constatación de que los proyectos de construcción de una literatura argentina, desde Rojas en adelante, se han realizado desde los intereses y las directrices del campo intelectual porteño [78] y se propone como objetivo clarificar la heterogeneidad de criterios que se utilizan para precisar la noción de literatura regional “a fin de ponderar aquel que, actualmente, nos resulte más provechoso para el campo de los estudios literarios” [79]. Para llevarlo a cabo estudia tres trabajos que señalan momentos en la historia crítica sobre la literatura regional del NOA: de Zulma Palermo, *La región, el país: Ensayos sobre la poesía salteña actual* (1987) y los dos primeros fascículos de *Literatura de Salta: Historia Socio-Cultural* (1996-1999), en colaboración con Elena Altuna; *La narrativa del noroeste argentino: Historia socio-cultural* (2000), de Alicia Poderti, y *Ese ardiente Jardín de la República: Formación y desarticulación de un campo ‘cultural’; Tucumán, 1880-1975* (2010), volumen coordinado por Fabiola Orquera, textos que problematizan las nociones de literatura regional y las escalas de estudio.

Como propuesta para los estudios sobre literatura regional habla de incorporar los aportes de la geografía humana y la historia regional, para quienes las regiones “no son

constructos cerrados y estancos”, sino una opción metodológica que puede ser productiva para nuestros estudios, especialmente en lo que se refiere a la relación entre espacio y producción literaria, “pues éste es en definitiva el dilema de la literatura regional, menos en función de posiciones endogámicas, esencialistas e identitarias, defensoras de un localismo estrecho, y más en sintonía con un planteo metodológico que establezca y reorganice cada región en función de sus proyectos de investigación” [83].

Otro aporte teórico atractivo, que suma a la concepción de región, lo realiza Susana Rodríguez y proviene de la semiótica de Lotman, específicamente el concepto de semiosfera que permite pensar la relación entre las esferas global y local, prestando especial atención a la zona de frontera donde se producen “los espacios de intercambio y traducción entre ambas esferas” [Rodríguez: 91].

Como conclusión de este tomo, observamos una menor preocupación por definir literatura regional / literatura regionalista. Dado que se centran en una realidad acotada, que es la literatura del NOA, parten –aunque no sea de modo explícito– de la idea de que es regional la producción literaria de ese espacio. Por ello también, la reflexión teórica se centra en la definición de región, en su conceptualización y límites, en su relación con los centros hegemónicos de poder y, fundamentalmente, con las zonas de frontera entre distintos aspectos aunque sea dentro del mismo marco espacial. Observamos, además el interés por una reflexión teórica *situada*, que tiene sólidos antecedentes en la zona, sustento de una metodología que permita abordar el objeto de estudio propuesto.

El concepto de región más consensuado es una opción de tipo metodológica, no esencialista, que contempla el fenómeno como abierto, complejo, heterogéneo, que supera lo meramente geográfico para adentrarse en vivencias subjetivas de un entorno que unifica elementos múltiples.

El segundo tomo es un volumen más pequeño y acotado, con menor número de colaboraciones, cuya temática principal gira en torno al canon. Las voces más interesantes ya han aparecido en otras ocasiones: Pablo Heredia, María Ester Gorleri, Zulma Palermo.

El “Prólogo” de Alejandra Nallim postula la necesidad de desmontar la noción de región como categoría de análisis, y para hacerlo propone remontarse a “aquellos paradigmas que hicieron huella en el terreno académico continental y local para buscar en sus matices diferenciales, una marca alternativa que nos permita interpretar genuinamente las problemáticas particulares que tenemos como latinoamericanos” [2012: 5].

En la síntesis sobre los conceptos sobresalientes en las jornadas, se señala el de “región y literatura regional entendidas como *territorio vivido*” o, siguiendo a Kusch, como “geocultura que construye identidades culturales” [6].

Un aporte significativo del encuentro, según Nallim, es que “se reconocieron los estatutos de una ‘Región Literaria’ entendida como hecho socio-cultural, histórico y estético producto de la ‘región cultural’ y fundamentalmente como constructo político en todos sus campos” [7].

En lo teórico, se vuelve a insistir en los aportes de las corrientes postcoloniales y postoccidentales, base de sustento de “epistemologías fronterizas’ autogestionadas en América Latina, a un pensamiento propio, a una teoría de la lugarización” [7]. Con respecto al canon, se plantea la noción de frontera “como dispositivo intelectual, como espacio cognoscitivo y simbólico para que desde ese ‘entre’ intersticial puedan acceder al acto de escritura: los que escriben, los que oyen y los que hablan en los textos, como un espacio geopolítico del conocimiento” [6].

El estudio de una literatura producida en un espacio determinado, que no es el central y con el que establece relaciones no siempre armónica, vuelve a plantear, desde otra perspectiva, conocidas problemáticas: la necesidad de asumir la heterogeneidad no solo de lo nacional, sino también de lo regional y reconocer, además, que “cada espacio articula sus discursos de un modo particular y específico, pero siempre, en relación y en tensión conflictiva con el resto de las prácticas sociales y culturales del país” [Massara 2012: 16].

El capítulo de Pablo Heredia continúa y profundiza la línea planteada en el segundo tomo de *Literatura de las regiones argentinas*: ver la región como un constructo surgido en una época determinada en relación con los proyectos ideológicos de las elites gobernantes. Su tesis principal es que “todas las formalizaciones de ‘la literatura argentina’ y sus canonizaciones son construcciones políticas” [2012: 19], asociadas a los “proyectos de regionalización cultural dentro del marco de la conformación de la Nación” [20]. Para el crítico, la literatura argentina estaría constituida –hasta ahora– por un sistema de textos propuestos desde la región hegemónica; sin embargo, entra en conflicto con la heterogeneidad que supone nuestro país. Su propuesta apunta a “construir nuevas series [...lo que] implicaría quizás desestabilizar aquel sistema para generar otra literatura argentina, más abierta a su diversidad expresiva y sus procesos de legitimación de códigos culturales” [20].

Es muy lúcido el planteo metodológico que Heredia propone, en relación con la investigación en las distintas regiones tanto hacia adentro como hacia afuera de la misma, para definir redes, relaciones, conexiones alternativas a las hegemónicas. La propuesta se resume en:

[...] construir críticamente las literaturas de regiones por medio de su interrelación –e interacción–, no solo en su vínculo “colonizado” por la región central, sino también a través de las redes con otras regiones igualmente relegadas a la periferia o a la marginalidad de “la literatura argentina” [23].

Heredia, tal como lo ha manifestado en otras ocasiones, busca consolidar una enunciación crítica situada: “Un lugar de enunciación crítica que opere desde horizontes de regionalización diferentes para pensar la literatura actual con otros paradigmas de

legitimación estética y cultural, que en últimas instancias son los que construye la crítica en general” [34].

María Ester Gorleri, por su parte, entiende la literatura argentina como “un polisistema de centros y periferias marcadamente distanciados o incomunicados, por lo cual el constructo literatura argentina deviene una categoría inestable, muy relativa, muy incompleta y muy cuestionable” [2012: 35] y desde esta concepción, su intervención tiene como propósito visibilizar una literatura provincial, la de Formosa, en el polisistema de la literatura argentina, destacando a su vez, los núcleos problemáticos y las tensiones existentes en el sistema. De este modo, si bien habla de región nueva en el sistema, apela concretamente a una demarcación fija y política como la provincia para estudiar la literatura que en ella se produce.

En un segundo momento, se centra en el debate entre literatura nacional y literatura regional, y subraya la condición “restrictiva y peyorativa” que adquiere lo regional, cuando se centra en “la anécdota o al cuadro de costumbres fácil y fielmente identificable con un sitio y una localidad” y cuando busca “reflejar el habla local como si fuera un documento preciso del decir de una comunidad” [48]. En este planteo no deslinda, sin embargo, la relación con una poética regionalista, propia de determinados textos que tienen las características que señala. Concluye afirmando el carácter situado de toda literatura que no “puede construirse en un vacío espacial y temporal por el simple hecho de que toda obra, toda producción es regional, ya que nace en un tiempo, en un lugar y en una región” [51].

Zulma Palermo, en “De cánones y lugarizaciones”, habla desde la teoría descolonial y define el concepto de región, junto con el de literatura y de canon, como “tres conceptos preconstruidos por la tradición del pensamiento moderno / occidental” y que al ser asumidos por la convocatoria muestra la “vigencia [...] de nuestra manera de concebir las formas de producción cultural y material desde el paradigma moderno / colonial” [63]. Siguiendo con el término de región que nos ocupa, Palermo sostiene que en la actualidad “la relación entre global / local [...] viene a sustituir la antes definida por el imperio como universal / regional” [2012: 64], de modo tal que se continúa con las oposiciones binarias propuestas desde la hegemonía.

En este contexto, propone cambiar el término ‘región’ por lugar:

[...] intento pensar ya no en la ‘región’ sino en el *lugar* como categoría distinta de aquellas que proponen una desterritorialización procedente de los proyectos economicistas de la globalización, a la vez que tomo explícita distancia de las que –como respuesta a la presión del internacionalismo del capital– se transforman en fundamentalismos. Por el contrario, creo necesario dar valor a lo local no en el sentido de los regionalismos tradicionalistas persecutores de una esencia originaria de las identidades, ni de una correspondencia irreductible entre espacios “interiores” de otro mayor, el estado nacional, sino de la reconfiguración de los procesos por los cuales, en la cultura local, las

subjetividades se han construido a través de narrativas dependientes de procesos de colonialidad específico [68].

2.6. Algunas conclusiones

El rastreo realizado es parcial y no agota el tema estudiado; sin embargo, es posible ir dibujando una serie de conclusiones que surgen de la mirada diacrónica elegida. Si observamos el devenir crítico planteado, indudablemente podemos decir que el pensar situado es un hecho: la reflexión crítica sostenida a lo largo del tiempo en torno a los conceptos de literatura regionalista y literatura regional proviene de los intelectuales de las universidades nacionales ubicadas en las distintas provincias y regiones. El estar en un determinado medio, el pensar una realidad desde ese mismo suelo donde la realidad se asienta, lleva a los críticos del “interior” a reflexionar sobre su propio medio, sobre la literatura allí producida, sobre el movimiento que ella adquiere en el desarrollo temporal. Indudablemente a Buenos Aires le ha interesado el devenir de su propia labor literaria, porque es, en suma, también pensar situado, aunque después la haya elevado a literatura nacional, discusión en la que no entraremos en este momento.

Cabe señalar, además, que existe en cada región una tradición crítica sobre el tema original y profunda, pero que no es homogénea en todo el territorio del país. En el NOA, por ejemplo, aparece con fuerza el pensamiento latinoamericanista, nutrido posteriormente con los aportes descoloniales, que en la voz de Zulma Palermo adquiere un magisterio relevante para pensar el propio suelo. No sucede lo mismo en Cuyo, donde los aportes teóricos son otros y el pensamiento sobre la región, aun en su momento fundacional, no entra en dicotomías con el centro, posiblemente por el equilibrio que la zona tiene en torno a dos polos culturales y literarios, Buenos Aires y Santiago de Chile, y por la antigua relación que ha tenido con Chile desde su fundación.

Con respecto a los conceptos de literatura regional y literatura regionalista observamos en ambos casos la presencia de lo geográfico, asumido de modos diversos, como elemento central en su configuración. Si bien pareciera existir un cierto consenso en considerar la literatura regionalista como una poética surgida en un momento preciso, con un desarrollo particular, en cuya existencia tuvieron indudable repercusión factores históricos y políticos, en general no se ahonda en el término ni se cuestiona, por otra parte, el carácter peyorativo que suele atribuírsele, producto de obras epigonales y de tergiversaciones de variada índole.

La literatura regional, por otra parte, es considerada la producción literaria de una región determinada y en general se afirma con bastante unanimidad que la literatura en sí misma es regional pues se asienta en un determinado espacio regional; es imposible separarla de ese suelo que la nutre, más allá de la presencia de un referente fácilmente reconocible. Puede observarse, en el desarrollo diacrónico de estos encuentros, un pasaje desde la idea de que la literatura regional no existe de Ara, a la que resuena a inicios del

siglo XXI: toda literatura es regional. Este pasaje tampoco aclara los términos, ni las dimensiones que han de otorgarse a lo regional.

Desde lo metodológico los aportes son relevantes pues el corpus estudiado, además de la reflexión, plantea una metodología en práctica que busca, por una parte, relevar el estado de la literatura en las distintas zonas y regiones y, por otra, darla a conocer y discutir sus alcances y relaciones con otros puntos del país. También destacamos que los insumos teóricos de los últimos años han ayudado a una reflexión más rica y compleja, aunque la complejidad no siempre aporta claridad a la definición de términos ni de fenómenos, aunque permite plantear el debate en un contexto epistemológico más amplio.

A pesar de estos aportes, se observa de modo práctico que cierta confusión impera en el uso de los términos “regional” / “regionalismo”, razón por la cual algunos críticos pretenden cambiar etiquetas y utilizar “lugar”, “escenario”, etc. Esta propuesta nos aleja de la problemática real que los términos plantean y subrayan, precisamente por su deseo de soslayarlos, el carácter problemático que presentan.

3.

Acerca del concepto de regionalismo en *Capítulo: la Historia de la literatura argentina*, del Centro Editor de América Latina

Carolina R. CRUZ
Universidad Nacional de Cuyo
cruz.carolina@gmail.com

3.1. Justificación y propósito del trabajo

Literatura regional, literatura regionalista, regionalismo, costumbrismo, criollismo son conceptos próximos que en los estudios literarios actuales aún designan, dependiendo de quien los utilice, fenómenos muy disímiles. Esta profusión terminológica revela una dificultad persistente para caracterizar textos literarios nacidos en las provincias argentinas sin sugerir, de forma apriorística, su condición marginal respecto de la producción bonaerense. Uno de los propósitos del proyecto de investigación “Regionalismo literario: un concepto problemático”, dirigido por las doctoras Hebe B. Molina y Fabiana I. Varela (y que integro), es desambiguar en la medida de lo posible estos términos y contribuir a la creación de un espacio conceptual compartido en el que los interesados en la problemática de la literatura de las regiones encuentren puntos de partida coherentes y fructíferos.

Como tarea previa se impone documentar el uso y el sentido que se les otorga al concepto de regionalismo y a los conceptos próximos en la historiografía literaria argentina. En este trabajo nos proponemos describir y analizar la forma en que se plantea esta temática en una de las obras más populares entre los estudiantes de literatura de nuestro país. Nos referimos a *Capítulo: La historia de la literatura argentina*, del Centro Editor de América Latina. Este proyecto colectivo que se difundió ampliamente en la década del 70 se caracterizó por la mirada sociológica de sus

participantes, muchos de ellos íconos de la llamada generación de los *parricidas*. Nos interesa observar cómo, desde distintas perspectivas, los autores de *Capítulo* aprecian la literatura de las regiones argentinas en las dos épocas que tuvo la obra.

3.2. El Centro Editor de América Latina y su *Historia de la literatura argentina*

El Centro Editor de América Latina (CEAL) fue una editorial argentina fundada por Boris Spivacow en 1966, luego de que la dictadura de Juan Carlos Onganía interviniera la Universidad de Buenos Aires. En repudio a estas medidas, Spivacow renunció a su cargo como Director general de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y emprendió este nuevo proyecto de manera independiente. El CEAL funcionó hasta 1995 (un año después de la muerte de Spivacow) y fue un importante polo de atracción cultural, que reunió a los principales intelectuales argentinos de las décadas de los 60 y 70. Allí escribieron Beatriz Sarlo, David Viñas, Ismael Viñas, Noé Jitrik, Josefina Ludmer, entre otros, todos jóvenes investigadores y escritores que con el tiempo se convertirían en referentes culturales tanto dentro como fuera del ámbito universitario.

En general, las publicaciones del CEAL se caracterizaban por la calidad de contenido y la premisa de difundir cultura a precios muy accesibles para el público. En 1967 la editorial lanzó su colección más representativa: *Capítulo: La historia de la literatura argentina*, dirigida por Adolfo Prieto y dedicada a editar los grandes clásicos de la literatura argentina. Cada entrega –de venta callejera– estaba compuesta por un libro, con los textos literarios, que constituían *Capítulo: Biblioteca Argentina Fundamental*, y por un fascículo coleccionable –*La historia de la literatura argentina*¹, a cargo de reconocidos críticos de la talla de Bernardo Canal Feijóo, Raúl Castagnino, Luis Ordaz y Félix Weinberg, y de jóvenes investigadores como Beatriz Sarlo y Noé Jitrik. La segunda edición de *Capítulo* comenzó en 1979, bajo la dirección de Susana Zanetti. El equipo de trabajo incluyó a Graciela Cabal, Noemí Ulla, Carlos Altamirano, Amanda Toubes y Jorge Warley. La colección, ampliada, constó de 148 fascículos y libros. Como novedad se incluyó una *Encuesta* a críticos literarios y escritores argentinos, realizada por Ulla y Warley, una colección facsimilar de revistas literarias (como *Martín Fierro* y *Proa*), una serie de ensayos sobre *Sociedad y cultura*, y un fascículo dedicado a *Las nuevas propuestas*, una selección de autores argentinos que incluían a Rodolfo Fogwill y a Juan José Saer. En esta nueva edición se reestructuraron los fascículos de *Historia de la literatura* y se antepusieron a los títulos originales panoramas generales de la novela, del cuento, del teatro, de la poesía y del ensayo, a cargo de Josefina Delgado, Beatriz Sarlo, Jorge Lafforgue, Alberto Perrone y Jaime Rest, respectivamente.

La calidad de la *La historia de la literatura argentina* de CEAL es indudable, pero no se puede perder de vista los fines divulgativos de esta obra, que impiden la profundización en temas eminentemente teóricos como el que nos ocupa. Fiel a la periodización tradicional, cada fascículo está dedicado ya sea a un momento de nuestra historia (la

¹ Si bien, en sentido estricto, trabajamos con *La historia...*, la denominamos *Capítulo* –como se la conoce habitualmente– para diferenciarla de las otras historias.

época colonial, la época de mayo, la época de Rosas), a un movimiento literario (el Romanticismo, el Realismo, el Modernismo), a un género o especie literarios (la poesía gauchesca, la prosa romántica, el nacimiento de la novela) o a una personalidad destacada (Esteban Echeverría, José Mármol, Domingo Sarmiento). Aunque el número de responsables intelectuales dificulta la generalización, se puede afirmar que el rasgo más destacado de *Capítulo* es la consideración de los contextos de producción y recepción de las obras literarias. Ricardo Szmetan señala que los colaboradores de *Capítulo*:

[...] se ocuparon de llevar al gran público una revisada y bien documentada visión crítica de la literatura nacional [...] desde una oportuna visión sociológica en la que se estudiaba factores hasta entonces dejados de lado por una crítica más interesada en aspectos estilísticos o formalistas cuando no directamente impresionista. Se daban a conocer documentos y datos que resultaban pertinentes para la visión de conjunto de un gran público lector hasta entonces muy poco interesado en estos menesteres [661].

A partir de estas observaciones nos proponemos analizar en las dos ediciones de la obra la forma en que los autores se refieren a la producción literaria de las provincias argentinas, los conceptos que utilizan para referirse a ella y las posibles valoraciones (positivas o negativas) que quedan plasmadas en sus trabajos.

3.3. Acerca del regionalismo en *Capítulo*

3.3.1. Primera época (1968-1976)

La primera edición de *Capítulo: La historia de la literatura argentina* (1968-1976) estuvo compuesta por cincuenta y nueve fascículos (y sus correspondientes libros). Roger Pla es el autor de los tres primeros fascículos que, a modo de introducción, anticipan el esquema fundamental de la obra: “Los orígenes (1536-1880)”, “El desarrollo (1880-1940)” y “Los contemporáneos (1940-...)”. A partir de allí, los siguientes fascículos proponen un recorrido cronológico por los autores y obras canónicos de la literatura nacional.

Para no explayarnos en el comentario exhaustivo de la obra nos detendremos en los capítulos de *La historia de la literatura argentina* que resultan de interés para el tema de nuestro trabajo, ya sea porque abordan específicamente el regionalismo y sus manifestaciones, ya sea porque se dedican a fenómenos literarios próximos.

En el fascículo 7, “Nacimiento de la poesía gauchesca”, Horacio Becco sitúa a fines del siglo XVIII el surgimiento de esta literatura de carácter popular que tiene como protagonista al hombre de campo y como tema predominante la problemática social del gaucho y del indio. El crítico propone algunos deslindes conceptuales (entre poesía gauchesca y poesía tradicional, y entre gauchesca, nativismo y folklore, por ejemplo) pero no se refiere particularmente a la producción literaria de las provincias. En el fascículo siguiente, “La época de Rosas y el Romanticismo”, Félix Weinberg sí dedica un párrafo a los escritores de las provincias y afirma que en varias ciudades del interior

“la inquietud romántica prendió con renovados bríos” [184]²; pone como ejemplo de este fervor al sanjuanino Domingo F. Sarmiento y a sus congéneres: “así salió a la calle *El Zonda*, en 1839, que venía a remover la demasiado apacible quietud provinciana” [184]. Esta última apreciación nos da una pauta de que, al menos en lo que respecta al siglo XIX, la producción literaria y cultural de las provincias no se considera a la altura de la que proviene del Río de la Plata.

El tema de la literatura gauchesca y su obra más representativa, el *Martín Fierro* de José Hernández, se retoma en el fascículo 16, a cargo de Noé Jitrik. En general, los conflictos entre unitarios y federales y el compromiso político de los escritores del siglo XIX son las categorías recurrentes y predominantes en los primeros fascículos de *La historia...* Herederos del nacionalismo de Ricardo Rojas y Rafael Arrieta, los primeros autores de *Capítulo* se refieren habitualmente a “Buenos Aires” y “el interior” sin mayores precisiones y no ahondan en los rasgos que podrían distinguir la producción de provincianos y porteños. Incluso encontramos que académicos prestigiosos como Félix Weinberg sostienen todavía el desgastado tópico de la *siesta provinciana* [184].

En el fascículo 28 (“[Realismo y picaresca] Roberto J. Payró”), Estela Dos Santos hace visible, por primera vez, los límites difusos entre conceptos teóricos habituales en los discursos sobre literatura argentina. Dado que el foco de su atención está puesto en los autores y no en la reflexión teórica, la autora no ahonda en el tema, pero al menos lo deja planteado y con esto resalta su importancia:

El realismo y la picaresca de Payró, como se ha visto, bordean a veces un costumbrismo que tiende a entroncarse con las líneas de la literatura gauchesca y la narrativa rural. Entre ambas, se delinea en nuestra literatura una ruta de difícil denominación, que abarca el regionalismo, el costumbrismo rural y suburbano, e incluso el folklore. Quizá pueda sintetizarse bajo el rótulo de *criollismo* su amplitud temática y expresiva. José Sixto Álvarez (Fray Mocho) es su representante más cabal [Jitrik y Dos Santos: 667].

Dos Santos retoma esta problemática en el fascículo 38, “Realismo tradicional: narrativa rural”, y ahonda un poco más en el deslinde terminológico. Allí plantea que la literatura gauchesca es aquella escrita por hombres cultos con el propósito de reflejar la vida y el lenguaje del hombre de campo, y a menudo tiene un marcado propósito panfletario [888]. El aporte más significativo de Dos Santos consiste en su descripción de la estética regionalista, derivada, según la autora, del Romanticismo:

La estética regionalista [...] se reconoce como tal en la última década del siglo XIX y la primera del XX, en libros de índole narrativa aunque no novelesca como: *Mis montañas*, de Joaquín V. González (1893), *La Australia argentina*, de Roberto Payró (1898), *Un viaje al país de los matreros*, de José Sixto Álvarez (1897), *El país de la selva*, de Ricardo Rojas (1907), *La guerra gaucha*, de Leopoldo Lugones (1905), a los que hay que sumar la producción de Martiniano Leguizamón [889].

² La paginación de los fascículos que componen los tres tomos de la primera edición de *Capítulo* es correlativa, por lo que en las notas solo consignaremos el número de página.

Según Dos Santos, estas obras recrean un ámbito rural pretérito como una forma de negación ante la evidencia del progreso, y tienen en común un marcado sentido ideológico nacionalista que se expresaba básicamente a partir de tres elementos:

El realismo –precisión documental en tradiciones, leyendas, bailes, trajes–; el romanticismo de manera predominante –culto al pasado para enfrentar el presente burgués y materialista, búsqueda del pintoresquismo folklórico– y, en algunos [...] el modernismo –sintaxis rítmica, vocablos inusuales, arcaísmos, neologismos– [889].

La autora subraya el carácter mitificador de esta narrativa compuesta por una serie de cuadros e impresiones enlazados por un contexto histórico y geográfico: “ese ‘aroma puro de las costumbres antiguas’ unifica las realizaciones y los propósitos de las mayoría de los regionalistas, a pesar de sus diferencias notables, especialmente de estilo” [891].

El regionalismo, tal como lo concibe Dos Santos, abandonó paulatinamente su posición nacionalista e idealizadora para enfocar de manera realista los temas rurales. En esta evolución la autora reconoce el magisterio de Fray Mocho y de Benito Lynch, precursores de Horacio Quiroga, Fausto Burgos, Juan Carlos Dávalos: “En la nueva narrativa el hombre de campo es un paisano trabajador, sojuzgado a sus patrones, afincado en límites precisos, tan falto de sentido de la propiedad como su antecesor, porque igual que él no tiene nada, pero es respetuoso de la propiedad de los otros” [890]. Podemos observar que en estas apreciaciones Dos Santos considera que el regionalismo es un campo temático y estilístico acotado que tiene, en nuestra literatura, manifestaciones más o menos realistas y se encuadra cronológicamente en las primeras décadas del siglo XX.

Beatriz Sarlo se ocupa del género lírico en el fascículo 33, “La poesía en el avance del siglo”. Allí plantea que a principios del siglo XX el modernismo coexiste con tendencias románticas, con poetas que vuelven la mirada a lo cotidiano y con figuras que inauguran la poesía de inspiración provinciana y regional [1968-1976a: 769]. Esta poesía que huye de las complicaciones formales y de los tópicos modernistas tiene como representantes a Evaristo Carriego (como el poeta del barrio) y a Alfredo Bufano, a Mario Bravo y a Ernesto Barreda como voces precursoras del sencillismo. En esta ocasión, Sarlo no profundiza en la diferenciación de las líneas alternativas al modernismo ni especifica su concepción de lo regional, ya que concentra su estudio en la obra de Evaristo Carriego.

Alfredo Veiravé toma la posta de Sarlo en el estudio de la lírica y se dedica a la poesía de la generación del 40 en el fascículo 49. Menciona la renovación del género, preanunciada en 1928 por la revista *Nosotros* al hablar de la necesidad de buscar en el interior (en clara referencia a las provincias argentinas) una nueva voz poética, más reposada y espiritual: “En la generación del 40 aparecerán justamente voces llegadas de las provincias y espíritus serenos en la contemplación pasiva pero enamorados de su entorno” [1153]. El mendocino Jorge Enrique Ramponi es un precursor de la llamada generación del 40, conformada por poetas de la talla de Daniel Devoto, Olga Orozco, Alfonso Solá González, Américo Calí, José María Castiñeira de Dios, Juan Rodolfo Wilcock y León Benarós. El tono de la generación está dado por la gravedad, el rechazo del prosaísmo, la inmersión en un mundo subjetivo. Veiravé rescata el papel determinante que tuvieron las revistas literarias en la consagración de estos artistas y propone, dentro de este nutrido grupo,

una distinción entre la línea neorromántica (representada por Wilcock, Orozco, Solá González) y la línea del nacionalismo (o de raigambre nacional) que propone un retorno a lo autóctono (Jorge Calvetti, Jorge Bosco, Raúl Galán, León Benarós).

En el fascículo siguiente, titulado “La poesía social después de Boedo”, Carlos Giordano se refiere especialmente a la actividad literaria del grupo *La Carpa*, en el noroeste argentino:

Muy poco posterior a la promoción poética del 40 y guardando con ella visibles afinidades, no debe, sin más, considerársela como una simple variante que intensificó el uso de los elementos folklóricos y del sentimiento regionalista. En general, hay entre los autores de *La Carpa* un sentido pánico de la naturaleza y una consubstanciación con el medio y el hombre, que salva a la poesía de la mera enumeración pintoresca, del sentimentalismo exterior y, muchas veces de la idealización abstracta [1193].

Tanto Veiravé como Giordano subrayan en sus análisis la superación, por parte de estos poetas, del pintoresquismo y de los estereotipos folklóricos, pero no acuerdan una denominación teórica para las nuevas corrientes de poesía de las provincias.

Nos ocuparemos ahora de los fascículos dedicados al ensayo y a la crítica modernos. En el número 44, Rodolfo Borello realiza una apreciación de la actividad ensayística de las generaciones positivistas del 80 y del 96, de la generación nacionalista del Centenario, que asienta la argentinidad en el interior provinciano [1968-1976a: 1034] –con autores como Ricardo Rojas y Manuel Gálvez–, y de la generación de 1925, a la que pertenecen, por ejemplo, Raúl Scalabrini Ortiz y muchos martinfierristas (entre ellos, Borges) que se volcaron al criollismo, en el que vieron expresiones intuitivas de lo nacional [1035]. Ezequiel Martínez Estrada sobresale en esta generación por su crítica dolorosa de los males argentinos.

Borello continúa en el fascículo 45 la revisión de las principales corrientes críticas de nuestro país y se detiene en la actividad de Ricardo Rojas, principalmente en su rol de fundador de la historiografía literaria argentina. Según Borello, el autor de *La literatura argentina: Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata (1917-1922)* considera que una literatura expresa la conciencia colectiva de un pueblo. Ricardo Rojas lo expresa así:

Una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales, pero estas son actividades de la conciencia colectiva de un pueblo, cuyos órganos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición. La tónica resultante de esos cuatro elementos se traduce en un modo de comprender, de sentir y de practicar la vida, o sea en el alma de la nación, cuyo documento es la literatura [1968-1976c: 1058-9].

Borello también se encarga del fascículo titulado “El ensayo: del 30 a la actualidad”. Entre otros pensadores, se detiene en la obra ensayística del santiagueño Bernardo Canal Feijóo, que se estructura en torno a dos temas fundamentales: la relación interior-Capital y el deterioro cultural, económico y social sufrido por las provincias norteñas a partir de fines del siglo XIX [1968-1976b: 1281]. El catamarqueño (mendocino por adopción) Borello rescata la visión provinciana de Canal Feijóo, que contrasta con el predominio del discurso rioplatense en nuestra historiografía.

En los últimos fascículos de la colección se pone de manifiesto la dificultad que supone, a principios de los años 70, caracterizar la producción literaria de autores contemporáneos. En un intento por sobreponerse a la falta de perspectiva histórica el número 55 se dedica a “Las últimas promociones: la narrativa y la poesía”; allí Josefina Delgado y Luis Gregorich dedican un apartado a “Los poetas del interior” y distinguen entre los artistas que se incorporan a la actividad literaria de Buenos Aires (como el santafesino Miguel Brascó o el cordobés Luis Edgardo Massa) y los poetas que desde sus lugares de origen “aúnan su esfuerzo en pro de una poesía que abandone los elementos folklóricos o meramente descriptivos y revele el contenido esencial de la tierra en que viven” [1039]. En esta segunda línea se destaca una vez más la actuación del grupo tucumano *La Carpa*, la revista jujeña *Tarja* (1955), la revista *Signo* (1958), en la que participó el mendocino Armando Tejada Gómez, el grupo cordobés *El taller del escritor* (dirigido por Francisco Colombo) y la revista riojana *Arauco Literario*. En el caso de la narrativa resulta llamativo que la actividad literaria de las provincias ocupe un lugar muy importante: los mendocinos Antonio Di Benedetto y Abelardo Arias se incluyen en la generación intermedia de narradores nacidos entre 1905 y 1920 como representantes de la novela experimental y de la línea psicológica, respectivamente; entre los jóvenes narradores (nacidos después de 1930) se menciona a Abelardo Castillo, Daniel Moyano, Rodolfo Walsh y Juan José Saer.

El número 56 de *Capítulo* está dedicado exclusivamente a “Las revistas literarias” y el número 57, a “El folklore y su proyección literaria”. El folklorista consagrado Augusto Raúl Cortazar reitera en este último fascículo conceptos ya vertidos en la *Historia de la literatura argentina*, que ha dirigido Rafael Alberto Arrieta (1960). Cortazar aporta distinciones muy valiosas entre “folklore literario” y “proyección literaria del folklore”, y distingue grados de proximidad del escritor con el fenómeno inspirador (oral, popular, anónimo). Cortazar propone un *continuum* entre las proyecciones de 1º grado, que intentan mimetizarse con el fenómeno folklórico, y las de 3º grado, que lo toman como tema, pero no imitan ninguna de sus características. Al describir las proyecciones de 2º grado Cortazar precisa:

La gradación, a veces leve o sutil, va desde una proximidad extrema al primer grado (sobre todo si la lengua es popular o regional) hasta la evocación subjetiva, los episodios autobiográficos y las descripciones paisajistas. El autor no se identifica o confunde con el cantor o el narrador popular y por el contrario, revela a veces influencias de corrientes estéticas. Las especies en verso no plantean, desde luego, la necesidad de acompañamiento musical [1968-1976: 1085].

A modo de síntesis parcial, observamos que en la primera edición de *Capítulo: La historia de la literatura argentina*, predomina la mirada diacrónica sobre la reflexión teórica y las propuestas de clarificación conceptual, por lo menos en lo que respecta al tema del regionalismo literario. Esta preferencia es totalmente comprensible, dados los propósitos de la obra. De todas maneras, el enfoque en un tema concreto como el que nos ocupa pone de manifiesto una disonancia generacional entre los autores, pues – junto con la pervivencia de miradas paternalistas y “porteñocéntricas”, como la de Félix Weinberg– aparecen voces críticas como la de Estela Dos Santos, Josefina Delgado, Luis

Gregorich, Carlos Giordano y Rodolfo Borello, que hacen visible en este proyecto de *Capítulo* la problemática de la producción cultural nacida en las provincias y sus distintas manifestaciones.

Algo más acerca de los términos *regionalismo*, *regionalista* y sus variantes, (referidos ya sea a un grupo, a una tendencia o a una estética): notamos el predominio de un matiz de inferioridad, cuando no abiertamente peyorativo en el uso de estos términos por parte de los críticos de *Capítulo*, lo que se pone de manifiesto en la búsqueda insistente de conceptos superadores o alternativos como *criollismo*, *localismo* o *costumbrismo rural y suburbano*.

3.3.2. Segunda época (1979-1982)

Como ya dijimos, el CEAL retoma en 1979 el proyecto de *La historia de la literatura argentina* y lo amplía considerablemente. Si bien esta segunda edición mantiene casi sin alteraciones los fascículos originales, resulta clara la voluntad del nuevo equipo, dirigido por Susana Zanetti, de modernizar el abordaje historiográfico y de ensanchar el canon de la literatura nacional. El resultado es una obra abigarrada en la que proliferan los abordajes especializados y se diversifican las temáticas abordadas de tal manera que, por momentos, se pierde el esquema cronológico de la *Historia de la literatura argentina* y se requiere que el lector reconozca formas alternativas de lectura, que no excluyen la recursividad sobre ciertos temas o la profundización de otros desde una perspectiva diversa. Respecto de las novedades que plantea esta segunda edición de *Capítulo*, Osvaldo Aguirre opina:

Leído desde el presente, el relato que componen los fascículos define un concepto de literatura que cuestiona las ideas y sobre todo los recortes establecidos y propone nuevos parámetros de lectura. Jorge B. Rivera fue fundamental en ese proceso, con su atención pionera hacia las literaturas consideradas marginales (el humor, la canción popular, el relato policial, la historieta) y su rescate de géneros (el folletín) y autores (Eduardo Gutiérrez) a los que se les había negado estatuto literario. La otra operación crítica determinante para los modos de comprender la historia es la *Encuesta a la literatura argentina contemporánea*, preparada por Sarlo y Altamirano, que definió un canon y planteó criterios de organización y periodización todavía en debate.

Como tendremos oportunidad de comprobar, esta voluntad de apertura también se refleja, por una parte, en la atención que distintos autores le conceden a la producción literaria de las regiones argentinas y, por otra, en la reflexión terminológica, en la necesidad de precisar conceptualmente qué se entiende por *regionalismo* y cuáles son las notas que lo definen. Este interés, como veremos, no siempre redundaba en beneficio de los autores y obras considerados.

En el “Panorama de la novela” que abre la segunda edición de *Capítulo*, Josefina Delgado dedica un párrafo a la “Narrativa de las provincias” en el que se refiere al surgimiento (ya a mediados de la década del 20) de voces originales en las provincias argentinas, a las que considera reduccionista valorar como “regionales” pese a nacer en lo que el

centralismo porteño denomina el interior del país. En autores como Mateo Booz (*La tierra del agua y del sol*, 1926), Fausto Burgos (*Kanchis Soruco*, 1929), Alfredo Varela (*El río oscuro*, 1943) o Antonio Stoll (*Cuadrilla*, 1948) la escritora observa una solidez narrativa que no tiene nada que ver con determinaciones geográficas. De autores más próximos temporalmente, como Juan José Manauta (*Las tierras blancas*, 1956), Antonio Di Benedetto (*Zama*, 1948, *El Silenciero*, 1964), Juan José Saer (*El limonero real*, 1975), Héctor Tizón (*Sota de espadas caballo de basto*, 1975) o Daniel Moyano (*Una luz muy lejana*, 1966) hace notar la importancia de residir en Buenos Aires para lograr la visibilización de la obra. De todos estos autores dice Delgado: “Pensar esta literatura como regional sería no comprender sus alcances, su manejo de las técnicas más actuales de la narración, su profunda y total captación del hombre americano” [I, 17]. Anteriormente había tratado de precisar los alcances del término *regionalismo*:

Por esa época en América el regionalismo reivindica la descripción pormenorizada y típica de paisajes, personajes y costumbres; en Argentina algunos ubicarán dentro de esta corriente a *Don Segundo Sombra*, pero es en el interior del país donde comienza a surgir ese equívoco que llamará literatura regional a todo lo que no se escriba en Buenos Aires [I, 15].

Como una forma de superar este equívoco la autora propone utilizar los conceptos de “localismo” (que no excluiría el localismo bonaerense) y “universalismo” como categorías válidas, aunque simplistas, de análisis. Como podemos observar, Delgado cuestiona la denominación de “literatura regional”, pero no la tensión centro-periferia (o interior-capital). En su propuesta se plantea “lo regional” como contrapuesto a “lo universal”, lo que obra en desmedro del primer término por su identificación con la falta de trascendencia de dichas producciones.

En el segundo fascículo de la colección (“Panorama del cuento”) Beatriz Sarlo también dedica un párrafo al tema que nos interesa, titulado “Folklorismo, regionalismo, populismo”. En él se propone reclasificar autores y obras considerados tradicionalmente regionalistas: “Durante las décadas del veinte y del treinta se suceden los libros de escritores provincianos –con escasa resonancia porteña– que parece sencillo continuar encarando como regionalistas [1968-1976b: I, 33]. Sarlo considera que Joaquín V. González (*Mis montañas*, 1893) y Ricardo Rojas (*El país de la selva*, 1907) son los fundadores de una “tradición provinciana” [I, 33] a la que se acoplarán, entre 1920 y 1940, autores como Juan Carlos Dávalos y Fausto Burgos, entre otros. Esta tradición provinciana (volcada en una prosa posromántica y castiza) parece caracterizarse por la reivindicación de los valores de la tierra (en oposición al mercantilismo de la ciudad) y la denuncia permanente de la relegación cultural y económica a la que están sometidas las provincias respecto de Buenos Aires. Desde una perspectiva eminentemente oligárquica y paternalista, estos autores tienden a los estereotipos (del indio, del gaucho) y al pintoresquismo: “todo ello generó un campo literario que muestra ciertas constantes y que es el único que, en nuestra opinión, merece la designación de regionalista” [I, 34]. En esta definición Sarlo pone el acento en los factores sociológicos que determinan la tensión interior/centro bonaerense y deja entrever una valoración literaria negativa de esta tradición regionalista, puesto que la “resonancia porteña” parece ser la medida indiscutida de la calidad de esas obras.

Sarlo percibe que hacia 1940 hay una superación de la “mitología regional” en autores como Ángel María Vargas y, más tarde, Mateo Booz (*Santa Fe, mi país*, 1934) y Daniel Moyano, portadores de un punto de vista más popular y menos idílico, y ya influidos por las búsquedas estéticas de la nueva narrativa, tanto norteamericana como hispanoamericana. Acerca de los cuentos del entrerriano Luis Gudiño Kramer opina Sarlo que “aunque suscribe buena parte de una mitología regional, la percepción realista moderna de esta narrativa la coloca fuera del ámbito del regionalismo exterior y folklorista” [I, 39].

Autores como Di Benedetto, Moyano, Saer, Abelardo Castillo y Haroldo Conti tienen en común la superación tanto del pintoresquismo, como del tono elegíaco y programático de anteriores generaciones: Sarlo los considera representantes del “nuevo interior”, caracterizado por el realismo intimista y la exploración de nuevos temas y técnicas narrativas.

Como puede notarse en su análisis del regionalismo, Sarlo suscribe a la opinión ya vertida en la primera edición de *Capítulo* por Estela Dos Santos y por Josefina Delgado, y reconoce cronológicamente dos tiempos en el desarrollo de la estética regionalista: un período mitificador y nacionalista, y uno posterior, de superación de estereotipos y búsqueda de renovación.

En el “Panorama del teatro” que tiene a su cargo, Jorge Lafforgue hace notar la juventud del género en nuestro país y la escasez de antecedentes en el siglo XIX. Partiendo de las primeras representaciones en el Teatro de la Ranchería (fundado en 1783) el autor historia la actividad teatral rioplatense, pero no se detiene en la producción de las distintas regiones del país.

En su “Panorama de la poesía” (cuarto fascículo del nuevo *Capítulo*), Alberto Perrone anticipa un recorrido cronológico tradicional y no se refiere en particular a las vertientes regionales del género lírico.

Jaime Rest (“Panorama del ensayo”) se remonta a los orígenes europeos del género y examina sus notas características, entre las que destaca como constante de los autores argentinos la “búsqueda de la identidad del país” [I, 99] y la plasmación de un ideario político. Hitos en esta indagación con fines programáticos son hombres del Interior, como Sarmiento, Joaquín V. González (*La tradición nacional*), Ricardo Rojas y Ezequiel Martínez Estrada. En la historia del ensayismo argentino Rest se detiene especialmente en las “formulaciones ontológicas” [I, 104 y ss] o de reflexión acerca de la realidad sociopolítica, el desarrollo del artículo de costumbres y la crítica literaria y artística en general.

Una de las novedades de esta segunda edición es el fascículo 66, que lleva por título “Juan Carlos Dávalos: La literatura del noroeste argentino”. Antes de dedicarse plenamente a la apreciación de la obra del salteño Dávalos, el autor, Alejandro Fontenla, aborda de manera sistemática el problema del regionalismo literario en la literatura argentina. En coincidencia con críticos ya mencionados, Fontenla se refiere a una tradición literaria fundada por escritores como Joaquín V. González y Martiniano Leguizamón, y caracterizada por el contacto con el “territorio interior”, en un intento por diferenciarse

de la estética y la temática exclusivamente bonaerense. Fontenla reconoce que el principal escollo para abordar este fenómeno literario es la imprecisión terminológica: “en nuestras historias literarias el *regionalismo* es un supuesto teórico con el que se designa la ficción que describe un lugar, su naturaleza, las costumbres de sus habitantes y las modalidades de su cultura” [III, 481]. Luego de evaluar el concepto de “literatura folklórica”, propuesto por Augusto Raúl Cortazar y la discutible distinción entre “literatura de las zonas fértiles” y “regionalismo” de Aníbal Ford, Fontenla plantea el núcleo problemático que la literatura regional revela:

Así como en el siglo pasado el núcleo “civilización y barbarie” resumía la serie de fracturas que caracterizaban la realidad nacional, la literatura regional –en el presente– reflota y visualiza el concepto de país escindido en su realidad geopolítica y en su cultura. La literatura regional exhibe a flor de piel los fenómenos de aislamiento y debilidad cultural y testimonia, a veces dramáticamente, las dificultades de sus escritores frente a sus respectivos medios [III, 481].

Para Fontenla, una revisión del regionalismo literario implica no sólo una reflexión acerca de las pautas para determinar qué es canónico y qué es marginal (pautas asociadas con valores urbanos), sino también una revisión de los prejuicios que pesan sobre esta vertiente de la literatura nacional.

En el corpus del regionalismo el autor distingue cronológicamente tres momentos: el primero, inaugurado por Joaquín V. González y su obra *Mis montañas* (1893) y Martiniano Leguizamón, con *Recuerdos de la tierra* (1896) y *Alma nativa* (1906), se caracteriza por la resistencia tradicionalista al cosmopolitismo, por la estética romántica y el énfasis en la evocación nostálgica, por la actitud paternalista hacia el rústico y el indio. Estos primeros escritores regionales dan paso a una segunda generación que prescinde de la retórica pintoresquista y busca reflejar la pertenencia natural del escritor a su medio. En autores como Juan Carlos Dávalos se observa, más que un nacionalismo optimista, una conciencia crítica y desmitificadora de la vida en las provincias. A partir de 1940 se consolida la tercera fase del regionalismo con autores como Ángel María Vargas, Juan José Saer, Héctor Tizón. A la observación crítica (y pesimista) de la realidad se aúna la búsqueda de renovación lingüística y formal.

En cuanto a determinaciones geográficas, Fontenla adopta el mapa geocultural propuesto por Cortazar, quien distingue dentro del territorio nacional distintos “ámbitos”, cada uno caracterizado no sólo por el sustrato natural, sino también por elementos históricos, socioeconómicos, culturales. Fontenla cierra su clasificación con la siguiente reflexión:

Los mejores momentos de esta narrativa permiten apreciar por una parte que aún hoy la realidad crítica y perfectible del país interior, el “otro país”, sigue manteniendo la perspectiva regional como una fuerza estimulante, y que la carga peyorativa del término *regional* traduce un prejuicio discriminador, que en el fondo perpetúa el paternalismo y las diferencias [III, 485].

En el fascículo 77, “El cuento argentino (1930-1959*)”, Eduardo Romano analiza una expresión original dentro del género: el cuento pampeano o “campero”, abocado a la exaltación del estilo de vida rural y de la nobleza gaucha. Esta línea tradicionalista, afín

al nacionalismo conservador en política, se caracteriza por representar, casi de forma exclusiva, el punto de vista del patrón y por abusar de los estereotipos del criollismo. El cuento campero gana en profundidad con autores como Luis Gudiño Kramer, Amaro Villanueva y Antonio Stoll. Romano destaca la mención de dos antologías que recogen la producción cuentística regional: *Cuentos de nuestra tierra* (1952), de Antonio Pagés Larraya, y *Cuentos del litoral* (1959), de Rosa Troiani.

En el fascículo 78, “El cuento argentino (1930-1959**), Marta Bustos toma la posta de Romano y analiza tres grandes líneas de la cuentística dentro de la literatura regional, líneas que responden a actitudes básicas de los autores frente a la realidad. La clasificación de Bustos se sustenta en los conceptos de Cortazar sobre folklórico literario y literatura de inspiración folklórica. La primera línea se define por el rescate y la transmisión de lo folklórico; la segunda, de regionalismo conservador y de reformismo pedagógico, adopta una perspectiva externa al mundo representado, mundo que es percibido como inferior, plagado de carencias y defectos; por último, la tercera vertiente es la que propone un acercamiento comprensivo a la realidad, despojado de juicios valorativos y de programas de renovación moral.

En la primera línea, que se nutre del caudal folklórico, Bustos destaca la labor del mendocino Juan Draghi Lucero, del sanjuanino Juan Pablo Echagüe y del santiagueño Bernardo Canal Feijóo. Para clarificar qué entiende por “regionalismo conservador” (propio de la segunda línea) en el período del que se ocupa, la autora ofrece la siguiente explicación:

En sus comienzos, el ‘regionalismo’ se caracteriza por reforzar las pautas paternalistas, cargar las tintas sobre el primitivismo y la irracionalidad del poblador rural y exaltar la naturaleza y lo cósmico como fuerzas sustanciales previas a lo histórico [...] de ahí que calificuemos de conservador al regionalismo que, aún en un período tan avanzado como el que nos ocupa, tiene epígonos en evocadores del ámbito en que transcurriera su infancia o relatores de sus experiencias en regiones que visitan ya adultos [IV, 247].

Esta literatura nostálgica y epigonal tiene como figuras destacadas a Pablo Rojas Paz y Daniel Ovejero. Desde una postura afín al regionalismo conservador, la vertiente del reformismo pedagógico ofrece una visión crítica de la realidad socio-económica del interior, pero no supera la antigua y ya agotada dicotomía civilización-barbarie. Los autores de esta línea no logran abandonar una postura de superioridad al proponer la educación como único remedio a los males de la Argentina. Según Bustos, la recuperación real de lo popular es mérito de “aquellos escritores que con crítica o sin ella proponen un rescate más comprensivo de las regiones y las comunidades marginadas, sin truculencias, sin prejuicios empobrecedores de una captación fidedigna, sin condenas” [IV, 252].

En las décadas del 30 y del 40 se intensifica un proceso de afirmación de las identidades regionales y de descentralización cultural que se refleja en la industria editorial, en la proliferación de revistas literarias, en las agrupaciones artísticas. La nueva generación de escritores regionalistas se distancia de la mitificación y de la intencionalidad didáctica, “lo que se traduce en el abandono de un punto de vista privilegiado, el desplazamiento del narrador de la primera a la tercera persona, la búsqueda de la

creación de atmósferas o efectos, y la profundización en el trato de los conflictos personales, interpersonales, sociales, económicos y políticos” [IV, 252]. Entre las nuevas voces, la autora menciona al santafesino Mateo Booz, al riojano Ángel María Vargas, el tucumano Jorge W. Abalos y el correntino Velmiro Ayala Gauna.

Marta Bustos completa su estudio con un interesante aporte: un párrafo dedicado a los cruces entre literatura infantil y literatura regional; en el período considerado se consignan cronológicamente las publicaciones que reúnen ambas características [IV, 258-9].

El número 86 de *Capítulo* se titula “Panorama de la novela argentina: 1930-1955”. El autor, Jorge B. Rivera, estudia las influencias y las notas más importantes de la nueva narrativa argentina; a grandes rasgos, el crítico distingue entre una tendencia realista (o neorrealista), una narrativa de la ambigüedad, una tendencia arquetípica y una tendencia conceptualista. El nuevo realismo, según el autor, se ocupa básicamente, “de los dos ámbitos regionales clásicos: la ciudad y el campo” [IV, 324]. De la nómina de autores y obras que ofrece se infiere que la dicotomía que plantea Rivera se da entre una corriente de narrativa urbana (Verbitsky, Kordon, Plá, Speroni) y una corriente de “indagación de los tipos y problemáticas del interior”, con representantes como Dickmann, Ruiz Daudet, Alfredo Varela, Juan Goyanarte [IV, 325]. En este punto, Rivera aporta algunas precisiones valiosas:

La nueva novelística sobre el interior difiere de la vieja narrativa regionalista en algunos puntos sustanciales. Se aparta, por ejemplo, del tono marcadamente celebratorio, bucólico y arquetípico de ésta, o del tono fatalista de alguno de sus exponentes [...] para profundizar de manera más crítica y dialéctica en la interacción entre hombre y naturaleza, trabajo y naturaleza, hombre y sociedad, en busca de una totalización más comprensiva y dinámica de la objetividad histórico-social [IV, 325].

Una nota característica de esta nueva novelística del interior es, según Rivera, que el espectro temático del regionalismo clásico (evocación del pasado patriarcal, nostalgia por el mundo de la infancia, descripción de costumbres pastoriles, glorificación de los antepasados, etc.) se ve desplazado por los problemas vinculados con las desigualdades regionales, la migración interna, la marginalidad y las nuevas formas de explotación económica.

En la segunda edición de *Capítulo* la poesía del cuarenta es objeto de un nuevo estudio pormenorizado a cargo de Claudia Baumgart, Bárbara Crespo de Arnaud y Telma Luzzani Bystrowicz. En la “Introducción” del fascículo 105 las autoras realizan una declaración contundente respecto del tema que nos ocupa:

En estos años, otros poetas –que algunos críticos consideran como integrantes del grupo generacional– estaban produciendo poesía singularmente significativa en el interior del país: Jorge Enrique Ramponi y Juan L. Ortiz, poeta rotulado por cierta crítica como “regionalista”, equívoco que resulta de la interpretación de algunos significantes que aluden al “mundo del río” orticiano

como descripción de una “región”, cuando en realidad esta textualización implica una cosmovisión integral [V, 170].

Queda clara la connotación descalificadora del adjetivo “regionalista”, relacionado con el pintoresquismo y el color local, características de las que las autoras tratan de despegar la poesía de tono místico y universalista del entrerriano Juan L. Ortiz.

Al referirse al programa de la generación del cuarenta, las especialistas aluden a la explícita actitud nacionalista del grupo y a la creación de un clima propicio para la integración de los poetas del interior del país, quienes a través de sus propios medios de difusión enriquecen el panorama literario del momento. Una vez más se hace mención a las revistas *Laurel* (de Paraná), *La Canoa*, *Trópico*, *Nun* (de Rosario), *Cántico* (de Tucumán), los *Cuadernos* del grupo *La Carpa*, *Égloga* (de Mendoza), entre otras. El nacionalismo, junto con el lirismo, el tono elegíaco y la ausencia de innovación formal son los rasgos distintivos de la poesía cuarentista neorromántica, representada por Alberto Ponce de León, César Rosales, Alfonso Sola González, León Benarós, José María Catiñeira de Dios, Daniel Devoto, César Fernández Moreno y Juan Rodolfo Wilcock.

Por su parte, Baumgart, Crespo de Arnaud y Luzzani Bystrowicz dedican el fascículo 118 a “La poesía del Noroeste” y se concentran en la actividad cultural del grupo *La Carpa*, cuya concepción lírica (expresada en distintos manifiestos, entre ellos el “Prólogo” de su *Primer Boletín*) se vincula con la necesidad de definir los rasgos idiosincrásicos del ser nacional argentino de una forma distinta de la postulada desde Buenos Aires, más vinculada a la tierra y a la memoria ancestral:

La problemática enunciada se relaciona con aquella referida a la identidad nacional y con aspectos socioculturales propios del noroeste argentino. Estas características determinan una visión distinta de la de algunos intelectuales porteños, muchos de los cuales, en su afán nacionalista, no dan cuenta de la heterogeneidad de los elementos culturales que integran el país [V, 241].

La labor de los poetas de *La Carpa* toma distancia, según las autoras, del “regionalismo”, tendencia que “implica la exaltación de los valores propios de un lugar o de una comarca como respuesta a una situación de marginación, de minusvalía histórica”:

En el campo literario el regionalismo se manifiesta como rescate de un mundo que es descripto o mostrado en forma pintoresca o exótica para hacerlo comprensible o interesante a un público que se encuentra “más allá” de los límites de la región, en este caso Buenos Aires, que funcionaría como sociedad modelo y como reguladora del “buen decir” poético [V, 242].

No hace falta señalar la contundencia de estas precisiones, que corroboran el cariz peyorativo que las autoras le atribuyen al término *regionalismo* y que confrontan abiertamente con conceptualizaciones superadoras como las de Alejandro Fontenla o Marta Bustos, quienes ya habían advertido las limitaciones de esta concepción del regionalismo.

Pese a esta limitación, las autoras aportan un dato de capital importancia al señalar que la forma en que los artistas de *La Carpa* superan el así definido regionalismo consiste en el desconocimiento (casi desinterés) por ese “más allá” rector y en la instauración de un circuito propio de difusión, en el que tanto el poeta como sus lectores “se nutren

mutuamente a través de un sistema de apropiación sucesiva por el que circula el texto” [V, 244]. Al entrar en consideración el destinatario de las producciones artísticas se enriquece la discusión acerca de los alcances de esas obras, de los supuestos del autor y de las expectativas de los lectores. El más alto exponente de esta actitud poética es, según las autoras, el salteño Manuel Castilla, quien junto con Juan Carlos Dávalos, participó también en el grupo jujeño de la revista *Tarja*.

El fascículo 119, titulado “El cuento argentino (1959-1970**), a cargo del Seminario de Crítica Literaria Raúl Scalabrini Ortiz, retoma las cuatro líneas de la literatura regional elaboradas por Romano y Bustos en las previas miradas de conjunto sobre la cuentística: “regionalismo conservador, reformista-pedagógico, de proyección folklórica o verdadero rescate de lo popular” [V, 300]. Dentro de los límites de estas categorías analizan la obra de Iverna Codina, Luis L. Franco, Saturnino Muniagurria, Fernando Figueroa, Edgardo Pesante, Jorge Calvetti y Asencio Abeijón.

La superación del “tradicional pintoresquismo localista y folklórico” [V, 301] se concreta con escritores provincianos como Di Benedetto, Moyano, Tizón y Hernández, cuya narrativa es objeto de estudio pormenorizado para Ana María Amar Sánchez, Mirta E. Stern y Ana María Zubieta en el fascículo 125. Con las dificultades que acarrea la falta de perspectiva histórica, las autoras ofrecen un “lineamiento provisional” y una caracterización de la narrativa argentina en las décadas del 60 y 70, en la que destacan “un importante grupo de narradores provenientes del interior que, apartados de todo regionalismo o pintoresquismo, inscriben, a través de su búsqueda de nuevas formas, distintos proyectos y tendencias” [V, 627]. En las obras de estos escritores de filiación realista, los “resabios regionalistas” [V, 627] aparecen para mostrar una renovada tensión entre Buenos Aires y las provincias o entre la gran ciudad y el interior, como así también las distintas manifestaciones de lo urbano, lo marginal y lo rural en el problemático escenario histórico, político y social de la Argentina en la segunda mitad del siglo XX. Las autoras destacan que el grupo de cuatro escritores considerados (sin abandonar los núcleos temáticos relacionados con el interior del país) “deja de lado todo pintoresquismo y con procedimientos narrativos más cercanos a la vanguardia, logra trascender el estrecho límite del relato regionalista tradicional” [V, 645]. *Regionalismo y regionalista* siguen apareciendo en el discurso crítico de las autoras como tendencias empobrecedoras y limitantes, felizmente superadas por el mendocino Antonio Di Benedetto, el jujeño Héctor Tizón, el riojano (por adopción) Daniel Moyano y el tucumano Juan José Hernández.

Nuestro recorrido por los distintos fascículos de *Capítulo* no puede soslayar aquellos dedicados al género dramático, por más que en ellos la problemática que nos guía (es decir, la consideración de la literatura proveniente de las distintas provincias de la Argentina y las denominaciones que las acompañan) no destaque especialmente. Tanto en la primera versión como en la segunda, la reflexión teórica, crítica e histórica sobre la escena nacional está casi exclusivamente a cargo de Luis Ordaz, quien en los distintos tramos de la obra documenta las manifestaciones teatrales que han acompañado los procesos históricos y culturales del país, comenzando por el sainete porteño como reflejo de los tumultuosos primeros años del siglo XX, pasando por el surgimiento del Teatro Independiente en la mitad del siglo y anunciando la renovación del género

(todavía incipiente en la década del 70) de la mano de autores que se abren a la experimentación formal, al absurdo, a la indagación simbólica y psicológica, a la confrontación con el lector/espectador.

Respecto de la actividad teatral tanto dentro como fuera de Buenos Aires, Ordaz se refiere a la proliferación –en las décadas del 50 y del 60– de elencos libres y profesionales que llegan a tener dos entidades que los agrupan y representan: la FATI (Federación Argentina de Teatros Independientes) y la UCTI (Unión Cooperadora de Teatros Independientes). El destacado dramaturgo relata que en 1950, con motivo de los festejos por el Año del Libertador General San Martín, la Subsecretaría de Cultura del Ministerio de Educación de la Nación organiza un Gran Certamen de Teatros Vocacionales en el que intervienen dieciocho conjuntos de todo el país:

[...] uno por la Capital Federal, doce por las provincias (Santa Fe, Corrientes, Santiago del Estero, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Catamarca, Jujuy, La Rioja, Entre Ríos, Salta y Buenos Aires), tres por las gobernaciones (Neuquén, La Pampa y Misiones) y uno, finalmente, por la zona militar de Comodoro Rivadavia [V, 133].

Del certamen Ordaz destaca la amplia participación federal y lo grato del intercambio de experiencias, aunque hace notar la brecha notoria entre las aspiraciones y las posibilidades reales de los distintos grupos:

Mientras el Teatro Vocacional Salta ofrece *Pacha-Mama*, un poema dramático, y el conjunto Vocacional de Comodoro Rivadavia presenta *La verdad en los ojos* de Pedro E. Pico, participan dos conjuntos que se autodenominan “experimentales”: el de Santiago del Estero, que anima *La leyenda del Kakuy*, de Carlos Schaefer Gallo, y el de Corrientes, que interpreta *San Antonio de los Cobres*, de Alberto Vacarezza [V, 133].

A fines de 1960 tiene lugar un nuevo evento, la Muestra Nacional de Teatros Independientes, evento que demuestra, según Ordaz, la vitalidad de este movimiento a lo largo de toda la Argentina, ya que en él otra vez participan gran cantidad de elencos provenientes de distintas regiones del país.

En el último de los tres fascículos dedicados al teatro independiente –el número 101–, Ordaz dedica un extenso párrafo al “Teatro independiente en el interior del país”, en el que reitera la resonancia nacional que tiene esta iniciativa a partir de los años cuarenta, y que encuentra grupos de representantes desde Jujuy hasta Chubut. Una vez más, las palabras con las que el crítico presenta la larga y cuidadosa enumeración de elencos provinciales resultan más condescendientes que halagüeñas:

Se presentan con denominaciones que van desde el ambiguo “vocacional” hasta el habitualmente excesivo “experimental”, pasando por términos más generalizados como “independiente” o “libre”. Es una epidemia con más de 300 “casos” comprobados, pero seguramente pasan del doble los no registrados [V, 158].

No podemos afirmar que las opiniones vertidas por un lúcido hombre de teatro como Luis Ordaz sean despectivas o peyorativas, pero sí que ponen de manifiesto la

pervivencia de esa mirada paternalista y “porteñocéntrica” a la que ya nos hemos referido anteriormente en este trabajo.

Dejando de lado estas notorias excepciones, queda claro que en la segunda edición de *Capítulo* la producción literaria de las regiones ha ganado visibilidad y que se ha convertido en un espacio fértil para la crítica y la teoría literarias. Hemos visto cómo, desde distintos planteos iniciales, los responsables de *Capítulo* han abocetado dos o tres períodos en el desarrollo del regionalismo literario y han ofrecido una serie de rasgos caracterizadores de la estética regionalista. Incluso se ha diversificado la mirada sobre distintos géneros literarios y se ha reconocido la labor de varios hacedores culturales en las provincias argentinas.

Vale agregar, sin embargo, que este interés no siempre redunda en beneficio de los autores y las obras considerados. El término “regionalismo” por lo general está cargado de connotaciones negativas, referidas más que nada a una tendencia pintoresquista, decorativa y evocadora, o a la escasa repercusión de las obras y la estrechez de miras de sus autores. Beatriz Sarlo, por ejemplo, cree necesario reforzar sus apreciaciones con adjetivos aún más explícitos y habla entonces de “regionalismo exterior y folklorista” [I, 39]. Lo mismo ocurre con los conceptos próximos como “regional” o “regionalista”, que también llevan una carga negativa y se reservan para obras menores o tendencias estéticas anticuadas.

Un trabajo como el nuestro no puede ahondar en las connotaciones ideológicas y la carga sociológica presentes en el discurso de cada uno de los intelectuales que participaron de *Capítulo*, lo que no significa que dichas connotaciones pasen desapercibidas y que no atenten, por momentos, contra la unidad de propósito de la obra. Pese a ello preferimos rescatar la voluntad de coherencia y el espíritu de apertura que se desprenden del análisis de las dos versiones de *La historia de la literatura argentina*. Más allá de las limitaciones observadas, insistimos en que la literatura de las regiones argentinas queda configurada en *Capítulo* como un campo de estudio riquísimo y abierto a nuevas indagaciones.

3.4. Conclusiones

No es sencillo analizar una obra colectiva que atravesó un largo proceso de producción concentrando la mirada en un único tema teórico problemático, no exento de proyecciones ideológicas y sociológicas. Nuestro propósito de analizar el abordaje del regionalismo literario en *Capítulo: La historia de la literatura argentina*, del CEAL, nos ha conducido a los siguientes resultados: en primer lugar, destacamos el mérito de sus directores al coordinar el pensamiento de autores pertenecientes a generaciones diferentes, provenientes de ámbitos diversos y posicionados en distintas líneas ideológicas, todo esto sin perder la coherencia del proyecto y sin diluir los aportes individuales. En segundo lugar, advertimos que en la edición aumentada de *Capítulo* se concreta el objetivo de ampliar el canon de autores y obras de la literatura argentina. Junto con los fascículos dedicados a escritores consagrados de nuestra historia literaria,

los estudios individuales de figuras menos reconocidas suman interés y profundidad al proyecto renovado de CEAL.

El tema que nos atañe es uno de los que más se profundizan, junto con la literatura “femenina” y las literaturas “marginales” como la historieta, la fotonovela o el tango. El resultado, con todas sus limitaciones y sesgos, es una obra de referencia consistente, que documenta e indica las principales líneas de profundización en el fenómeno de la literatura de las regiones argentinas.

Nuestro recorrido por los fascículos de las dos ediciones de *Capítulo* nos ha revelado un interés creciente por la problemática del regionalismo y una paulatina superación de prejuicios teóricos: si en los primeros responsables de esta historia percibíamos una identificación naturalizada con el nacionalismo paternalista de comienzos del siglo XX argentino, ya en los autores de la segunda etapa se evidencia una revisión del discurso crítico acerca de la literatura regional, de sus supuestos y de la escala de valores que maneja. Coherencia no significa necesariamente uniformidad: algunos de los especialistas que hemos reseñado mantienen una postura condescendiente ante la producción literaria y cultural que no procede de la Capital del país e incluso valoran la literatura de las provincias de acuerdo con su repercusión en Buenos Aires.

Una última observación acerca de la obra que hemos analizado: los aportes individuales, incluso cuando están viciados de cierto menosprecio por la producción regional, han contribuido a delinear tres momentos cronológicos en el desarrollo de esta parcela de la literatura nacional. De esta forma, los autores coinciden en mencionar una primera etapa nacionalista y mitificadora de la realidad de las provincias (1900-1920), una segunda etapa de desmitificación y crítica de esa realidad (1920-1940) y una tercera etapa de maduración y exploración de nuevos temas y técnicas (1940-). La coherencia de esta elaboración teórica no se corresponde con la imprecisión en el uso de los términos “regionalismo”, “regionalista” o “regional”, que a pesar de los intentos clarificadores de algunos autores, siguen asociados a sus peores connotaciones para otros. Estos ruidos son riesgos de la pluralidad de voces y no desmerecen la calidad del resultado, valiosísimo aporte a la historiografía de la literatura argentina.

4.

Pactos de lectura simultáneos: Clave para el estudio de la literatura regional¹

Hebe Beatriz MOLINA

Universidad Nacional de Cuyo-Conicet
hebemol@ffyl.uncu.edu.ar

“La imaginación del escritor es ante todo imaginar su público”.
Adolfo Ruiz Díaz.

4.1. Algunos textos regionales

Salí del negocio y comencé a respirar sobre la calle Garibaldi. [...] Por supuesto, yo no perseguía reliquias editoriales como las que compra y colecciona Umberto Eco allá en Europa. Porque acá, en nuestra calle Garibaldi, hay apenas unos pocos negocitos muertos de frío que no tienen dueño [Colombi: 50].

En este párrafo se aportan los pocos datos de localización geográfica del cuento titulado “Yo no soy Umberto Eco”: el nombre de una calle y la oposición allá=Europa (donde existen archivos con reliquias valiosas / acá=? (donde apenas si hay alguna librería de viejos). ¿A quién le cuenta esta historia el protagonista? Hasta el párrafo transcrito (en la segunda mitad de la segunda página) el texto puede ser comprendido por cualquier lector que domine el español. La frase “calle Garibaldi” ofrece, en cambio, algunos matices de interpretación. Si se busca en Internet dónde queda la “calle Garibaldi”, se

¹ Este trabajo es la versión actualizada de la ponencia “Lectores múltiples, pactos simultáneos: Claves para nuevos estudios sobre la literatura regional”. IV Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, CELIM, 31 de agosto, 1 y 2 de setiembre de 2016.

hallarán referencias a Málaga, Monterrey y muchas localidades más. Tal vez una de las más conocidas sea la de la ciudad de San Fernando, provincia de Buenos Aires, porque en ella el nazi Adolf Eichmann vivía camuflado y fue secuestrado por el Mossad, según cuenta Isser Harel en *La casa de la calle Garibaldi* (1975).

Pero para los mendocinos (sobre todo, los del “oasis norte”), es la referencia a una vía de la ciudad de Mendoza muy transitada, entre otros motivos, por reunir unas cuantas librerías, tal vez las más tradicionales. Para todo mendocino que alguna vez ha recorrido esa arteria buscando libros como el narrador-protagonista, la frase “calle Garibaldi” provocará numerosas evocaciones y connotaciones particulares. Incluso, la palabra “calle” quizá le parezca de más porque ya sabe que Garibaldi, en Mendoza, es el nombre de una calle; habría entendido lo mismo si solo estuviera escrito: “Salí del negocio y comencé a respirar sobre [por] Garibaldi”. La aclaración acerca de que Garibaldi es la referencia a una calle está destinada principalmente a lectores no mendocinos. Esta hipótesis queda corroborada unos pocos renglones más abajo cuando, además de marcarse la oposición allá / acá antes mencionada, a “calle Garibaldi” se le agrega el modificador “nuestra”. El adjetivo establece un vínculo entre el narrador-protagonista y sus vecinos, relación diferente de la que establece con los otros, los no vecinos, los que no conocen las librerías de la calle Garibaldi y a quienes informa precisamente de lo que caracteriza a esa arteria; pero también establece un vínculo entre el autor implícito y un sector de sus posibles lectores, los mendocinos: el vínculo propio de una comunidad, o sea, de los que tienen algo en común poderoso, afectivamente hablando. La calle Garibaldi, con esos “pocos negocitos muertos de frío que no tienen dueño”, se convierte en un bien compartido con los lectores mendocinos, un bien que enorgullece tanto al narrador-protagonista como al autor implícito, quien por efecto de ese solo párrafo se autodefine como mendocino.

Es precisamente el autor implícito quien configura los dos tipos de lectores: los más próximos y los más distantes. A ambos quiere contarles una linda historia; pero, atendiendo a las diferentes interpretaciones posibles según la enciclopedia de cada lector (como explica Umberto Eco, el homenajeado en el título del cuento), agrega un sustantivo (“calle”) y un adjetivo (“nuestra”) para establecer distintos pactos de lectura. Uno general, universalista, apenas situado, para el lector no mendocino; otro, particular, comunitario, bien situado, para el lector mendocino. Estos pactos, en cierto modo, se superponen porque el universalista es indispensable para la comprensión de la obra.

El texto está cerrado en la escritura, pero las lecturas pueden ser varias y distintas. No obstante, y dado que el resto del discurso carece de otras marcas localizadoras, puede decirse que la lectura universalista es la primordial, la buscada por el autor; mientras que la lectura más localista y para unos pocos resulta casi la excepción. El guiño de complicidad entre mendocinos es un plus, que no afecta la interpretación de este cuento, de perfecta factura.

Veamos qué pasa en este otro ejemplo:

[...] el auto ya corría por el carril nacional hacia Luján de Cuyo. / [...] Es el carril nacional una carretera ribeteada en toda su extensión por unos carolinos gigantes, uniformes y de esmerádico follaje. Nuestro auto dobló en la Carrodilla hacia el carril Ozámis, prefiriendo tomar ese camino, aunque no era el más

corto. Al llegar más o menos al sitio que media entre Cruz de Piedra y Lunlunta, sonó algo así como si se hubiera roto una pieza interna [...] [Fernández Peláez: 23].

Luján de Cuyo, Carrodilla, Cruz de Piedra y Lunlunta son datos espaciales que cualquier lector interpreta como localidades de alguna región. Pero la aclaración sobre el “carril nacional” diferencia dos tipos de destinatarios: el foráneo y el vecino. Por un lado, porque es un dato para el lector externo a esa región que, por ende, no sabrá cómo es ese carril. Por otro, porque solo un lugareño (un mendocino) podrá calcular cuán largo es el camino que recorre el personaje para engañar a quienes lo siguen (unos 15-20 km). El locus enunciativo se evidencia nuevamente varias páginas más adelante: “Efectivamente, después de dos días, Luis, con la sorpresa y la intranquilidad que puede imaginarse el lector, **bajó a Buenos Aires**” [46; el resaltado es mío]. “Bajar” es una expresión propia de quien vive en la zona cordillerana, los “arribeños”, según la denominación que se usaba desde el siglo XIX.

El autor implícito, cuya imagen asoma cada tanto en el discurso narrativo, se ubica en el ámbito mendocino, escribe desde su *locus*, pero toma algunos recaudos para potenciales lectores de otros lugares. El título de la novela, *Una maestra mendocina o El beso del hambre*, evidencia su ubicación.

En el próximo ejemplo, en cambio, el autor implícito se muestra más consciente de que el léxico puede complicar la lectura:

Ni un ruido en la casa. Sólo de a ratos, los arabescos sonoros de una **pititorra** que buscaba arañas en las enredaderas del corredor. [...] La melancolía de las tortolitas y las escandalosas protestas de una **ibiña** que zangoloteaba su borrachera en la rama de un álamo descarnado por los bichos de cesto [Rodríguez, A.: 13].

Las negritas avisan al lector que esos términos son especiales, que tal vez no los conozca. El autor, prudente, incluye un “Vocabulario” al final del libro, en el que aclara que, en el ámbito representado, se llama pititorra al ruiseñor e ibiña, al chimango. No obstante, hay muchas otras palabras y, sobre todo, situaciones, relaciones de los hombres con la tierra, que tienen significaciones especiales para quienes conocen la dura realidad evocada en la novela.

A veces, la configuración del ámbito geocultural no se basa en topónimos, sino en situaciones específicas de la región que se quiere presentar. Por ejemplo, en este cuento:

El cabo Villegas sabía muy bien que el único oficio del finado era beber. Y si tenía plata para el trago no era precisamente, producto del trabajo, sino de lo que los lugareños llamaban trueque: las ovejitas que traían por los pasos sin control desde Neuquén y el aguardiente que se llevaba de vuelta por los mismos pasos. Contrabando para la ley. Pero ellos no entendían por qué habían de pagar por la oveja que cruzaba una línea imaginaria que nadie conocía, ni se figuraban por dónde pasaba. La montaña era toda igual y la gente del Neuquén occidental tan pobre como ellos [Codina: 12].

El lector es ubicado al este de una cordillera. No importa dónde queda Neuquén. La ubicación es empática: el narrador lleva al narratario hacia un lugar sin fronteras, donde

lo que importa son las vicisitudes cotidianas de los personajes que lo habitan o que lo transitan. Padecimientos, contratiempos y unas pocas alegrías que acercan afectivamente el lector a los personajes, gracias a la proximidad (en tanto prójimo) del autor implícito, quien queda configurado como alguien que conoce bien la región y que decide hacer pie en ella para afincarse allí su historia. Nótese que, sin embargo, los habitantes de esa zona inhóspita –“los lugareños”–, quienes serían los únicos que podrían comprender la situación descrita con matices más sentidos, no están incluidos entre los destinatarios. A ellos no va dirigido el relato, sino a los otros que no saben a qué se llama trueque por esos pagos. Los destinatarios internos son *los otros*.

El autor de “Yo no soy Umberto Eco” es Pablo Colombi (Mendoza, 1962). Quienes lo conocemos personalmente sabemos que es mendocino y que, por la calidad de su narrativa y por los consiguientes premios que ha recibido, como el Vendimia 2015, merece ser profeta en su tierra, es decir, objeto de estudios literarios. Su origen está certificado en la solapa del libro *La guerra donde seremos soldados* (Ediciones Culturales de Mendoza, 2015), de donde se ha extraído la cita.

El segundo autor, Julio Fernández Peláez, es un cubano español nacido en 1895, afincado en Mendoza desde niño, hasta su muerte en 1969; historiador y literato, autor de poemarios líricos y épicos, novelas y guiones radiofónicos, muchos de ellos dedicados a San Martín y la gesta libertadora de los Andes.

El tercero, Alberto Rodríguez (1924-2013), también era mendocino por adopción e hijo del folklorólogo del mismo nombre. Su novela *Matar la tierra* (1952) mereció el premio mendocino “Juan Carlos D'Accurzio” y fue llevada al cine en 1988. Vivió muchos años en México, dedicado sobre todo al periodismo.

El cuarto autor es mujer: Iverna Codina, chilena de nacimiento (Quillota, 1918), argentina por adopción; escritora muy sensible por los problemas de su gente, como se observa en el cuento “La enlutada”, que encabeza un volumen homónimo de 1966, del que tomamos la cita. Como Rodríguez, se refugió en México y Cuba durante el Proceso Militar argentino; falleció en Buenos Aires en 2010.

Conociendo a los autores y teniendo en cuenta los criterios vigentes en el mundo académico-científico, sin duda estos textos serían rápidamente incluidos en el segmento “literatura mendocina” e incluso serían catalogados como “literatura regional”, debido sobre todo a que el *locus enunciativo* está situado en Mendoza y los autores no han tenido una repercusión notable en Buenos Aires, centro de canonización de la denominada “literatura argentina”.

En el proyecto de investigación “El pacto comunitario entre autor y lector: Modos literarios de configurar lo ‘nuestro’”², que codirijimos con Fabiana Varela y que integraron Bettina Ballarini, María Lorena Burlot, Graciela Caram, Carolina Cruz y Carlos Solanes, decidimos encarar el problema de qué considerar “literatura mendocina” o “literatura argentina” desde un enfoque discursivo-pragmático. Descubrimos entonces que los conceptos Lectores Múltiples y Pactos Simultáneos nos permitían reorientar la cuestión de lo regional.

² Proyecto 06/G683, 2014-2016, SECTYP, Universidad Nacional de Cuyo.

4.2. El marco teórico

Partimos de la definición de “lo regional” como “lugar de una enunciación que lo configura y lo designa”, en suma un “*locus enunciativo*”. Según Pablo Heredia, una “literatura regional” surge y se consolida “leyendo las marcas enunciativas de los textos; por ahora, la única referencia válida en las configuraciones estéticas de ‘lo regional’” [2007: 164].

El autor implícito es un ente situado. En el lenguaje, en los temas, en la configuración simbólica, deja rastros de su origen o, más precisamente, de su *locus enunciativo*. La cuestión sobre la que poco se ha trabajado es el *locus receptivo o del enunciadore* en tanto lector implícito, o sea, según se configura en el discurso.

Por eso, entre las marcas enunciativas, nos focalizamos en la prefiguración del destinatario. El ‘qué quiero decir’ implica ‘a quién se lo digo’ y decidiendo a quién se habla se puede determinar qué pacto de lectura se establece y se configura textualmente. El pacto de lectura es esencial en la comunicación literaria, es la brújula tanto para el autor como para el lector. Lo que no es obligatorio es que el pacto sea uno solo. En un mismo texto puede haber tantos pactos de lectura como destinatarios implícitos, porque todo texto permite lecturas simultáneas; por lo menos, dos: una, la de los destinatarios directos, más o menos evidentes; la otra, la de la audiencia, más general y lejana de la intencionalidad expresa del autor [Lozano, Peña-Marín y Abril: 116]. Para cada uno, el texto será distinto. La obra abierta no se abre a todos con la misma abertura³.

Básicamente, lo que relaciona al autor implícito con el lector implícito y, en consecuencia, marca el discurso es “la regulación de lo que se presupone como información conocida, o valoraciones generalmente aceptadas, y de lo que se presupone como conocimientos, o valoraciones, no compartidos” [García Landa: 65]. José García Landa analiza la posibilidad de múltiples lectores implícitos, considerando a estos como un “ser hecho de sobreentendidos y presuposiciones” [71], y aporta ejemplos de textos que se dirigen “a dos (tipos de) lectores implícitos diferentes”; por ejemplo, aquella literatura infantil que –además de ser comprendida por los niños– incluye “elementos que sólo pueden ser entendidos por adultos que lean con el niño” [65]. Define, pues, “dos tipos de lector implícito, uno generalista y otro que es admitido por el autor a un círculo más íntimo o especial” [68]. Este, privado, conoce más que el otro y, por tanto, ocupa un lugar privilegiado, superior –según Richardson– en la comunicación.

Teniendo en cuenta que el lector implícito también es un invento del autor real, su caracterización depende del tipo de comunicación que el autor quiere entablar y a través de qué pareja de enunciadore-enunciatario quiere hacerlo. Las alternativas que se le presentan al autor real tienen que ver con la proximidad o con la lejanía cultural que relaciona a los miembros de la enunciación.

La distancia entre autor y lector puede medirse en la cantidad de información y de

³ Según García Landa, la historia de los conceptos de Autor Implícito y Lector Implícito se inicia en 1950, cuando Walter Gibson habla del “mock reader” o “lector fingido” como “la imagen del alocutor propuesta por la retórica de un texto. [...] un recurso retórico-persuasivo, una manera en la que el texto busca manipular a su lector y controlar sus actitudes” [García Landa: 64]. Wayne Booth (1961) toma la posta definiendo al autor y al lector implícitos; lo seguirán Genette (1983), Bal (1985) y Prince (1988), quienes –sin embargo, por su enfoque estructuralista– precisan mejor quién o qué es el narratario, pero descuidan al lector implícito.

presupuestos que la lectura del texto demanda; en definitiva, en el grado de complicidad que se establezca entre ambos. La comunicación literaria adquiere entonces distintas dimensiones y formas. Para esta distinción empleamos el término **dintorno**, según la denominación que Pedro Barcia toma de la arquitectura y de las artes plásticas: interior de una figura, en la que pueden aparecer colores, texturas, líneas, etc. La gradación en los presupuestos permite dibujar círculos concéntricos de difusión en torno al texto. En síntesis, proponemos la siguiente tipología:

-**Pacto comunitario**: dintorno reducido; autor y lector comparten el ámbito cultural y hay proximidad zonal entre ellos; por ello, predomina el campo semántico de 'lo nuestro'; los 'extranjeros' quedan excluidos por no comprender ciertos presupuestos; no obstante su especificidad, suele darse combinado con otros pactos, sobre todo con el regional; por ejemplo, el cuento de Colombi.

-**Pacto regionalista**: dintorno mediano; el autor quiere compartir lo propio de su comunidad con otros, los foráneos, y por ello explica los presupuestos; por ejemplo, los textos de Fernández Peláez, Rodríguez y Codina.

-**Pacto universalista**: dintorno amplio; el autor limita al mínimo las referencias a lo propio (cercano) y aumenta los presupuestos y la enciclopedia de cultura general para que cualquier lector pueda interpretar el texto. Es el pacto indispensable de toda obra literaria.

Características discursivas

<i>Tipo de pacto</i>	<i>Sujetos implicados</i>	<i>Tipo de relación</i>	<i>Tipo de información</i>	<i>Presupuestos</i>	<i>Dintorno</i>
UNIVERSALISTA	Cualquiera, todos	Lejanía y generalidad	Cultura general	Ninguno	Amplio
REGIONALISTA	Nosotros / otros	Propuesta de acercamiento	Localizadora Explicitada	Pocos	Mediano
COMUNITARIO	Nosotros	Proximidad y complicidad	Connotativa e implícita	Muchos	Reducido

4.3. Las cuestiones en debate

Cada pacto de lectura puede darse unívocamente, es decir, dominando todo el circuito comunicativo textual, o puede producirse en simultáneo con otro pacto. En este caso, lo más probable es que uno concentre la atención de mayor número de lectores por ser el que vertebra la estructura discursiva.

Sobre esta base, postulamos una hipótesis para seguir debatiendo: **Literatura regional** abarcaría los textos en los que el autor implícito, a través de marcas discursivas precisas, se sitúa deliberadamente en un **locus enunciativo determinado** y, desde allí, entabla un

pacto de lectura especial con los lectores implícitos, con el objetivo de conquistar su interés por esa región, que no conocen bien por no pertenecer a ella.

Lo único seguro es que los textos que citamos al comienzo demuestran que la tipología propuesta, como toda tipología, difícilmente pueda precisarse con límites claros en el análisis textual. Sucede como en esa zona cordillerana que describe Codina: la teoría, como las leyes, están en los papeles; los textos, como los contrabandistas, son la realidad informe, cambiante y, por ello, sumamente atractiva. La literatura regional mueve la frontera que –en el caso argentino– demarca la avenida General Paz y la amplía hacia el norte, el sur, el este y el oeste, hacia el espacio ilimitado de la imaginación y la poesía.

5.

Apuntes para (re)visitar caracteres de la literatura regional italiana

Graciela Beatriz CARAM

Universidad Nacional de Cuyo

caramgraciela@gmail.com

“La literatura, los textos literarios, nos convocan, nos unen, hacen que nos comprendamos y aprehendamos. Con ellos caen fronteras y se acortan distancias, siendo capaces de reunirnos, al menos, como centro de atención”.

Miriam Fernández Morales.

“Se apunta a la exigencia de entender el espacio como parte de un conjunto que le da sentido. Su relación con el tiempo, con los personajes, con el narrador, con el lector, y la de ellos con él, importa más que la consideración aislada de cada uno de estos elementos.”

Ricardo Gullón.

En función de la temática de la investigación abordada, proponemos considerar “lo regional” como un pacto que establece un autor que explicita de modo evidente de dónde es, cómo se halla y se concibe situado y a quien le interesa el lugar del destinatario. Un escritor que no borra su origen y que, además, no limita su comunicación artística privilegiando solo a determinados grupos, sino que genera, admite y acepta un pacto más amplio –a partir de la región misma–, respecto de la comunidad de lectores que existe y percibe que van a existir.

5.1. (Pre) historia del realismo, literatura regional y neorrealismo en las letras italianas

En el ámbito literario, la novelística del siglo XX manifiesta rasgos heredados del siglo XIX, en cuanto testimonio de conocimiento, preocupación intelectual, reflejo de problemas humanos. Las narraciones profundizan estos aspectos mencionados y en ellas adquiere nueva dimensión el contacto con las teorías filosóficas, con el progreso científico y tecnológico, con las estructuras económicas, sociales y políticas; el relato adquiere nuevas dimensiones. Pero, además del enriquecimiento temático, tiene una especial significación la renovación técnica, el cambio radical de la estructura y de los modos de narrar la historia: desplazamiento del punto de vista narrativo, enfoque de una acción desde distintos ángulos ópticos, ruptura de la secuencia temporal, contrapunto, monólogo interior, entre otras técnicas novedosas.

En este panorama, la figura y la influencia de Dostoievski resulta fundamental. El autor ruso descubre al lector el desgarramiento del alma humana, la ambivalencia de los sentimientos, los principios más importantes que rigen la psicología de sus personajes – siempre dentro del complejo universo político, social y espiritual en el que se insertan-. El mundo subyacente explorado por Dostoievski en sus novelas alcanzará nuevas formas en James, en Proust y en Joyce; y el hombre subterráneo dostoievskiano será un anticipo de algunos héroes kafkianos. Por lo tanto, se impone una poderosa introspección, cuya huella habían impreso Freud y Jung en primer lugar; aflora un mágico mundo subyacente. Una consecuencia del nuevo viraje es el autoanálisis intelectualista del mencionado Marcel Proust, la honda penetración de Joyce en los menores secretos de sus protagonistas. Este bucear penetrante en el fondo subterráneo de los seres ya lo encontramos en Stendhal y en Dostoievski, pero también a partir de los italianos Svevo y Pirandello.

En el ámbito social, concretada la revolución industrial, la alta burguesía tiende a hacer del Estado el instrumento de acceso y consolidación de los derechos adquiridos. Al mismo tiempo, el proletariado, inspirado en ideas marxistas y sindicalistas surgidas ya a fines del siglo XIX, amenaza con trastocar el orden constituido.

Al clima de paz y de prosperidad económica alcanzados se superpondrá un sentimiento de inseguridad, la sensación de estar al límite de un brusco cambio histórico y, en consecuencia, la vivencia de enrarecidos y turbios mitos nacionalistas e imperialistas que inevitablemente provocan una constante inquietud de futura crisis.

En los primeros años del 900 Italia ha apenas salido de su laboriosa experiencia de la conquista de la unidad y se encamina a transformarse en potencia europea a la par que otras naciones del continente. Giovanni Giolitti, líder del gobierno desde 1903, refuerza las instituciones del Estado liberal y se aboca a asentar las premisas para un diálogo democrático entre las tres líneas político-ideológicas diversas y de mayor peso: liberales, socialistas y católicos. Como recurrencia inevitable, la evolución económica tomaba el centro y norte de la península, no así el Meridione o Mezzogiorno, siempre sumido en el atraso y el abandono económico y social, circunstancia ya superada en general desde Roma hacia el norte.

Los valores del *Risorgimento*¹ perduran en algunos casos como una antigua experiencia de juventud, como ideales lejanos que tuvieron vigencia y generaron entusiasmo en su momento pero que, con el devenir de la rutina gubernamental, los pactos interpartidarios, los egoísmos económicos y las presiones de los mismos grupos de poder o de unos nuevos, cambian por el individualismo y la carrera por el poderío de regiones o zonas elegidas como prometedoras, en desmedro de otras, que de modo urgente, necesitan la intervención rápida y efectiva del Estado. El *Meridione* experimentó con nostalgia y dolor esa indiferencia por parte de quienes tenían los medios para desarrollar e incluir a la mitad del territorio italiano, regiones que reclamaban protagonismo e inclusión en el concierto de la nueva nación.

Las disputas continuas entre socialistas y católicos y las carencias ideológicas a las que se abandonaban tanto los otros partidos como la ciudadanía en su gran mayoría favorecieron el surgimiento del nacionalismo, de la exaltación de ideales patrióticos exacerbados cuyo promotor y ejemplo representativo en el ámbito literario del momento fue Gabriele D'Annunzio. La presencia de D'Annunzio en la cultura italiana resulta una impronta constante hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, debido en parte a sus éxitos literarios, como también a su rol constante y activo en la campaña intervencionista y hazañas bélicas posteriores. Junto con Giovanni Pascoli “contribuye a establecer lo que los críticos llaman una koiné poética del siglo XX italiano” [Camps 2001: I, 230]. Ambos escritores están asociados al Decadentismo europeo e italiano.

Italia entró en el conflicto bélico en mayo de 1915, declarando la guerra a Alemania y Austria. El papel que jugó el Estado italiano no fue muy afortunado: numerosas derrotas y el distanciamiento de la “Italia pujante” que querían evidenciar anularon el sueño italiano. El consuelo lo constituyeron los territorios del Trentino, Venecia-Giulia y Trieste. Al respecto, el Irredentismo significó el movimiento político y cultural iniciado y desarrollado por los italianos desde 1866, que operaba a favor de la extensión de los confines hacia regiones con predominio de población italiana, pero sometida o bajo el régimen de otras autoridades; en particular, el caso de Austria. Supone una reacción inclusive de orden cultural, dados los territorios lingüísticamente italianos en manos austríacas. Implicó además acciones políticas y militares en pos de la recuperación de esos Estados. Entre los primeros núcleos asociados se recuerda la *Associazione in pro dell'Italia irredenta*, fundada en Nápoles en 1877, por M. R. Imbriani, quien utilizó por primera vez el término “irredento”, con el significado del que no ha sido rescatado o liberado.

La crisis del Estado liberal concluye con la Primera Guerra Mundial que, en la percepción de la mayoría de los intervencionistas, representó una empresa imperialística, una afirmación de la voluntad de potencia de la nación italiana más allá

¹ También conocida como Reunificación Italiana o Resurgimiento, fue el proceso histórico que llevó a la unión de los diversos estados en que estaba dividido el territorio italiano. La división correspondía a una concepción feudal y de predominio de imperios extranjeros que habían ejercido su poder, de modo autónomo e independiente durante siglos. Después de varios intentos de unificación entre 1830 y 1848, la hábil política del Conde de Cavour, sumada a la acción de Garibaldi, en una segunda etapa, llevaron a la unificación, proceso encauzado por la Casa de Saboya, reinante en el Piemonte, en perjuicio de otras intervenciones republicanas (Mazzini, Garibaldi). El nuevo reino de Italia continuó con la reivindicación de territorios fronterizos (Trieste, Dalmacia, Trentino, entre otros). La proclamación del reino de Italia se produce en marzo de 1861, cuando Víctor Manuel II de Saboya es proclamado Rey de Italia. En la actualidad, existen movimientos secesionistas (legas), pero su accionar no ha tenido mayores consecuencias debido a la independencia otorgada por el gobierno italiano.

del descontento generado por los últimos años del gobierno Giolitti. Su derrota será capitalizada por Benito Mussolini, quien, en su momento, sabrá conquistar extracciones sociales diversas.

Las experiencias culturales de este período son diversas y contrastantes. Reacción antipositivista por un lado; el renacer del pensamiento idealista inserto en la tradición de la filosofía historicista alemana del siglo XIX a la que Croce adhirió, por otro; búsqueda de soluciones en lo irracional, que proclamaban el dominio de la voluntad sobre el intelecto; exaltación decadentista del yo y la contraposición de belleza y potencia frente a verdad y virtud. El declinar de la fe positivista en la razón y en la ciencia se observa de modo marcado en intelectuales y obras y se combina con la angustia y la incertidumbre sobre el sistema de pensamiento y de valores basado tanto en el materialismo como en el plano religioso. El individuo, ciudadano común, pierde el rumbo y la orientación respecto de su responsabilidad en el devenir histórico.

Del mundo del Positivismo y del Naturalismo, casi abandonado en su totalidad como anticipamos, se rescataron ciertos motivos que negativizaron las propuestas históricas, políticas y socio-culturales: la ley de la “selección natural”, de la supervivencia en la lucha por la vida, de los individuos y de las especies más fuertes, todos postulados de los cuales derivan el sentido de la vitalidad entendida como energía y el racismo, la idea del superhombre y de las razas y pueblos elegidos, inclusive el desprecio de los valores democráticos.

La fe en lo moral, intelectual y religioso es el punto más débil de estos primeros años. La desesperación toma la vida del individuo en cuanto al anhelo de poder conocer la realidad y sus causas. No bastan el culto del yo y el mito de la acción. Por ello, esteticismo y angustia existencial aparecen como dos de los componentes centrales y complementarios de la cultura de principios del siglo XX.

En esta atmósfera de crisis y confusión se expanden y logran adherentes las teorías de Sigmund Freud, quien, desde el campo del psicoanálisis y de la psicología de lo profundo, el inconsciente, concibe la realidad interior como fundamento verdadero del ser y de su comportamiento hacia el mundo exterior. La nueva ciencia permite el acceso a zonas inexploradas de la conciencia y ofrece un punto de partida más auténtico del hombre y de la fundación de sus vínculos éticos y sociales; por esto, ejerció –y ejerce todavía– una profunda influencia en muchos escritores contemporáneos. De todas maneras, en sus inicios, el psicoanálisis se transformó en un nuevo elemento para la exaltación de lo irracional contra la razón y la conciencia.

Se observa, además, un clima de revuelta cultural, que se manifiesta –según Camps– en “el gusto por la provocación, el ataque contra los gustos estéticos tradicionales y caducos del público burgués, y, en la ferviente sucesión de propuestas estéticas que van desde el Expresionismo al Surrealismo, pasando por el Futurismo y el Dadaísmo” [I, 248]. Los escritores italianos de principios del siglo XX oscilan entre posiciones neorrománticas y decadentes, aunque en algunos de ellos se revela un fuerte compromiso espiritual y el intento de fundar –o refundar– una nueva cultura.

La “inquietud moderna” se manifiesta de modo más marcado en las obras de Italo Svevo y de Luigi Pirandello, que viven y expresan el drama del yo, la caída de todas las posibilidades de la fe y de cada certidumbre que puede construir o tener el hombre. En

sus producciones se vislumbra ya la profunda soledad del ser en un mundo de caracteres alienantes.

En la mayoría de los escritores significativos de la época se observa un sentimiento o actitud nihilista respecto de la vida, del presente poco seguro; de modo más o menos velado, más explícita o más encubiertamente, la inquietud y el comportamiento de renuncia respecto de la realidad está presente en sus obras. Muchos escritores luchan por seguir ligados al estilo decadente más profundo, es decir, al Simbolismo francés (Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Baudelaire). Pronto, llegan a la verdad que deben enfrentar: la crisis de cada valor, la soledad del ser, de un mundo no reducible a medida humana. El arte moderno advierte cada vez más sobre la existencia, detrás de la realidad aparente, de un misterio o peligro que asume el rostro de la nada o de la ausencia. Resultan evidentes diversas y contrapuestas tendencias culturales-literarias que, en general, propugnan una revolución o renovación estilística que abarque las imágenes, el léxico, la versificación –en el caso de la poesía– y la misma actitud delante del objeto a trasuntar en arte.

La violencia de los contrastes sociales y de las guerras hace del poeta una conciencia inquieta, “un uomo di pena”, según Ungaretti². Mientras el escritor reconoce la propia incapacidad para transformar el mundo, la literatura y especialmente la poesía, no renuncia a interrogarse a sí mismo y al mismo tiempo interrogar al mundo, a los hombres y a estos involucrados en los acontecimientos. Se busca una nueva idea de humanidad y un nuevo contrato con el lenguaje y la realidad. Se observa, por lo tanto, la crisis del yo y de su lenguaje en la lírica, del personaje en el drama y en la novela. Tal cúmulo de actitudes, según Camps, “se traducirá en una fuerte voluntad de intervencionismo social del escritor, en un marcado activismo político, que en algunos casos genera comportamientos de defensa de un nacionalismo radical y exaltado, pero que, en cualquier caso, intenta una vía de superación de la antigua figura [...] del poeta vate, definitivamente anacrónica en la segunda década del siglo XX” [I, 248].

A estos aspectos se suma la fuerte influencia de la Revolución Rusa, evento fundamental del siglo que afectó notoriamente el panorama histórico, político, social y principalmente cultural en el continente. Nueva idea del hombre, de la historia, de los vínculos sociales, de la cultura como producto del hombre inserto en una circunstancia histórica determinada, de las relaciones entre el autor y el público lector. Desde ese momento en adelante, la ideología burguesa y la ideología socialista confrontarán sus argumentos y sus fuerzas en el escenario europeo-italiano. La victoria del fascismo fue acogida como un respiro entre la clase burguesa y la mayoría moderada del país y avalada por la aristocracia y la monarquía. Pero el triunfo de una dictadura revela una condición común de los ciudadanos, del pueblo: inercia espiritual, escasa fe en el hombre, inmovilidad o capacidad de reacción. Sin políticas estratégicas a largo plazo, sin instrumentos institucionales (carencia de una constitución verdaderamente democrática), alto analfabetismo, ausencia de participación ciudadana y de compromiso en la vida del país, el Reino de Italia se hundía en el fascismo dada su propia

² ‘Un hombre en pena’. Ungaretti, Giuseppe. “Pellegrinaggio”, segunda estrofa de la composición poética en la cual él mismo se nombra: “Ungaretti / uomo di pena / ti basta un'illusione / per farti coraggio [...]” [‘Ungaretti / un hombre en pena / te basta una ilusión / para darte coraje’]. En esta y en otras citas, la traducción del italiano me pertenece.

inoperancia. Tiranía, policía política, tribunales especiales, confinamiento de los opositores, violencia y eliminación física fueron algunos de los instrumentos del gobierno fascista aplicados a los llamados traidores al régimen. Una pequeña parte de intelectuales eligió el exilio, otros las conspiraciones internas –con las peligrosas consecuencias futuras–, otros acordaron con el nuevo régimen por miedo, persuasión o adhesión voluntaria. La propaganda envilecía las mentes y adoctrinaba sistemáticamente.

En este complejo contexto histórico y político fue determinante la lucha partisana italiana, la llamada Resistencia contra el nazismo y el fascismo, organizada por el CLN, Comité de Liberación Nacional, cuya acción fue trascendente hasta la caída de Mussolini, el 25 de abril de 1945. A nivel cultural, surge el Neorrealismo, corriente que se manifiesta primeramente en el arte cinematográfico y que pasó inmediatamente a la literatura. La literatura italiana de estos años, aun debiendo evitar temas políticos y sociales, se desarrolla en estrecho contacto con las literaturas extranjeras (especialmente europea y norteamericana) gracias a las traducciones y a traductores como Pavese y Vittorini, destacados intelectuales que abren las puertas culturales al extranjero, de modo discreto pero constante, y participan en las direcciones o vertientes de sensibilidad y gusto de la etapa entre las dos guerras. En el caso de los centros culturales de mayor renombre e influencia, las ciudades más vitales en estos primeros veinte años son Florencia, Roma, Milán y Turín. Esta última ciudad se mantiene como centro cultural. La ciudad se afianza como núcleo de la cultura a partir de la primera década del 900 y de modo más determinante en los años 20, alojando también el pensamiento italiano de las izquierdas y grupos que apoyan la cultura liberal y democrática ante la amenaza que representará el Fascismo. Con este centro cultural se relacionan Gobetti y Gramsci.

Respecto del Neorrealismo, C. Luperini señala en un artículo publicado en el periódico *El Contemporáneo* (1954) que “el realismo no puede reducirse a ninguna tipología, ni siquiera a aquella más general [...] que refiere el modo natural que presentan las cosas, contrapuesto a lo arabesco, al motivo decorativo, al abstracto geométrico y así sucesivamente”. Con respecto a esta afirmación, recordamos los antecedentes históricos, geográficos, culturales más inmediatos.

Sin embargo, las bases y fundamentos del Neorrealismo hay que buscarlos en movimientos y corrientes anteriores. Por ello, nos interesa destacar que la novela histórica, la narrativa del siglo XIX, en Italia sigue floreciendo bajo los postulados del Naturalismo. Naturalismo es el nombre que asume en Italia el Realismo en el campo específicamente literario: su programa lo extrae de su correspondiente orientado a la novela naturalista en Francia, que tuvo como intérpretes más destacados a Gustave Flaubert, Guy de Maupassant y Émile Zola. De las doctrinas del positivismo extraía su inspiración artística el Naturalismo, extendiendo el método de las ciencias naturales a la literatura. De allí que la literatura debía convertirse en casi una ciencia experimental y demostrar una hipótesis; además, su cometido se orientaba al estudio de las acciones y de las pasiones del hombre, de sus obsesiones, perversiones fisiológicas y psicológicas y los modos con que el ambiente determina la vida individual y social. El arte debía tener una función social. Por esto se prescribía el estudio de las clases humildes y sus condiciones, de sus frustraciones y ansias de superación o redención. Los ambientes

poseían gran interés porque eran muestra, causa suficiente y determinante de la conducta del individuo y de la sujeción de él al medio. Los escritores y artistas italianos conformaron su propio programa del Naturalismo, que se convierte en Realismo o Verismo, es decir, una literatura animada por una observación reflexiva y muy sólida de la realidad, ajena a las fantasías. La novela naturalista italiana realiza el ideal manzoniano de la lengua, desestima el lenguaje académico y propugna el empleo de un lenguaje que naciera de las cosas mismas y del ambiente representado y utilizara las formas y las entonaciones dialectales. En Italia la tendencia se desarrolla como novela regional, inspirada en los hábitos, costumbres, valoraciones y caracteres de los habitantes de las diferentes regiones, a fin de favorecer el acercamiento y la unidad espiritual de la nación. Tiende además a promover el conocimiento de las condiciones del pueblo, especialmente del *Mezzogiorno* (el sur), caracterizado por sus residuos feudales y la amplitud abismal de las condiciones económicas y sociales entre las clases existentes (pudientes / carenciados).

En territorio italiano, el Realismo rechaza lo fantástico, lo apasionado, lo sentimental. El movimiento propulsa una literatura inspirada en la observación objetiva del individuo y de la vida social o de las relaciones que se establecen con los otros. Inclusive, el Realismo se manifiesta como colaborador de la política y de las ciencias sociales, en especial, “en la representación del pueblo y del proletariado” [Sansone: 14], que por entonces cobraban protagonismo en la vida civil.

El más reconocido de todos estos escritores del verismo es Giovanni Verga (Catania, 1840-1922), gran narrador del 800 luego de Manzoni, a juzgar por la crítica. Verga pasó su juventud entre Roma, Florencia y Milán, donde comenzó su obra bajo la influencia de los escritores de la considerada Bohemia y donde conocerá a artistas, músicos, literatos y hombres políticos al frecuentar los salones más conocidos del momento. Decidido a establecerse en Florencia se quedará allí hasta 1871, al comprender que su cultura provinciana era demasiado restrictiva y le impedía realizarse como escritor. En 1872, Verga se traslada a Milán y frecuenta a menudo el salón Maffei donde conoce a los mayores representantes del segundo romanticismo lombardo y se encuentra con el ambiente de los llamados *scapigliati*³. Verga comienza a demostrar una visión muy particular de la existencia. Considera que la vida implica equilibrios muy débiles y están sujetos a fuerzas que los sobrepasan y determinan. La vida de los hombres conlleva en sí una ley del sufrimiento, que coincide con su devenir en la tierra, pero que se manifiesta especialmente cuando el sujeto pretende salir de las formas y del nivel social en el que está situado. De esta manera, estas fuerzas impiden cualquier cambio o movilidad social y prácticamente mantienen encerrado o apresado al ser. Para el siciliano, escribir significa captar esta situación y representarla en su plenitud más cruel y también más objetiva; por esto, los preceptos naturalistas de la impersonalidad tanto del escritor como del narrador ayudan al artista a desprenderse del subjetivismo y psicologismo romántico y le revelan cómo conformar sus personajes y el decurso de las circunstancias que protagonizarán.

³ Término derivado de la palabra *capigliatura*. Indica melena, conjunto de cabellos. Antepuesta la “s” como prefijo, en italiano indica literalmente “despeinado o de cabellos desordenados”, “falta o ausencia de”, en este caso, de un peinado ordenado o prolijo. Asociado a los escritores rebeldes, alejados de la norma social, desenfrenados, indolentes.

En esta cosmovisión de la vida, tan dolorosa e inexorable, no asoma un solo destello de rebelión. Los personajes se presentan sumidos y consumidos en una absurda –y si se quiere– injusta existencia en la cual no hay márgenes para la libertad, el goce, el distendimiento. Todo es lucha y esfuerzo, vanos, a fin de afrontar las más variadas adversidades. En sus novelas Verga no se pregunta de qué sirve el sufrimiento, sino que lo liga directamente a los hechos, aceptados y no cuestionados por quienes los sufren. En un tipo de creencia o de religión primitiva e irreflexiva se desenvuelven las instancias de estas vidas, que no hallan nunca algún tipo de consuelo. El hogar, los bienes, el honor familiar, la santidad de los afectos domésticos, se convierten en la medida de la dignidad –o la carencia de ella– según la historia narrada. En los ambientes familiares y populares y en los sentimientos primitivos se traduce la fuerza de las cosas: de aquí el carácter coral que algunas novelas revelan, según el protagonismo que un pueblo todo toma, partícipes de las circunstancias acontecidas y de un destino común que los aglutina. Historias cuya base y sostén se configuran en la revelación temática y estilística, con su propio lenguaje, de matiz y color local siciliano. Hacia el año 1879 ya publica varios relatos referidos a la vida en los campos de Sicilia, la colección titulada *Vita dei campi* (*Vida en los campos*) con edición definitiva por la editorial Treves en 1880. Con fecha de 1883, publica la colección de doce novelas cortas con el título *Novelle rusticane* (*Relatos rústicos*), donde predomina el tema campesino.

La mayoría de su corpus narrativo y dramático presenta motivos recurrentes: la fatalidad, la culpa, el pesimismo, el rencor, la pasión, la moral, el padecimiento, la renuncia heroica, el sacrificio de la vida campesina o de los pescadores sin recompensas. Las circunstancias y las palabras con que se expresan los hechos muestran la preocupación del autor por el estilo anti-académico asumido, tanto en el léxico, en marcas de oralidad, como en la sintaxis y las imágenes. El decurso psicológico de los personajes y su traducción en su discurso mental encuentran en estas opciones estilísticas asumidas una correspondencia plena que es la efectiva inmediatez del habla, “del parlato”, sistema expresivo predominantemente utilizado por el autor. De esta manera, los hechos son presentados según la cultura y la mentalidad de los protagonistas y demás personajes, adentrados en una región, en una localidad perdida, pueblo o aldea constituyéndose una trama geográfico-situacional adecuada a la mentalidad colectiva, compartida y defendida por siglos, a un complejo de usos, tradiciones, proverbios, representaciones: a un patrimonio e imaginario cultural asentado y aceptado. De allí que lo narrado aparezca orientado o dirigido a una comunidad que fue testigo de esos hechos.

El gusto por la novela y la narración encuentra en Giovanni Verga a uno de sus cultores más prestigiosos e ineludibles del siglo XIX con gran influencia en el XX. Gusto que perfilará una cada vez más amplia esfera de lectores con las líneas perfiladas por Fogazzaro, de Roberto y Svevo –escritores que anticiparon junto a otros las tendencias más refinadas y modernas de la literatura introspectiva europea–, por un lado, y la vertiente neorrealista, por otro, cuya perspectiva netamente histórica y social renueva la conciencia del hombre común y de clase baja del universo ciudadano de la mayoría de las regiones italianas.

5.2. Del verismo al Neorrealismo. De la región a la ciudad y viceversa

Sobre la base de esta concepción sobre del realismo como tendencia, profundizaremos cómo surge en Italia, cuáles son sus etapas y de qué manera evoluciona.

El Neorrealismo es un término ligado a la experiencia cinematográfica, denominación precedentemente atribuida al film *Ossessione* (1942), de Luchino Visconti, y a la nueva cinematografía de estos años, desde *Paisà* (1946), de Roberto Rossellini, a *Ladri di biciclette* (1948), de De Sica. La inclinación surgió como expresión de una profunda fractura histórica, la de la crisis verificada entre los años 40-45 con la guerra y la lucha antifascista. Representa una etapa que cambió el perfil de toda la sociedad italiana.

La tendencia se moldeó primeramente en los años 30 sobre todo con las novelas *Paesi tuoi* (*Allá en tu aldea* o *De tu tierra*) e *Il compagno* (*El camarada*) de Pavese y las de Vittorini, *Uomini e no* (*Hombres y no*) y *Conversazione in Sicilia* (*Conversación en Sicilia*), dos autores que se iniciaron con esta corriente, participaron de ella y forjaron sus bases, pero que luego demostraron una evolución hacia tendencias más del tipo mítico-simbólicas.

Ante la crisis política, económica y social por la que pasaba Italia en esos años, la perspectiva neorrealista se centró una nueva estructuración de clases que, desde diversos planos, inclusive el psicológico, representaba un corte, un nuevo redimensionamiento de las categorías y de los actores sociales y culturales, los cuales surgían fortificados desde lo ideológico ante el panorama dicotómico al que adherían. La pequeña o mediana burguesía abdica su poder en manos de la monarquía centralista y pierde su capacidad de clase dirigente. La Internacional Socialista defiende los derechos de los trabajadores y lucha contra el flagelo económico que los afecta. Las tesis de Marx y Engels se difunden expandiendo la fuerza de la razón por sobre el sentimiento.

A partir de estos roces, cruces e injerencias político-culturales nace una narrativa social, de documentación y de denuncia, de protesta y análisis: textos que revelan la desestructuración social, el revés de lo establecido y aceptado hasta el momento. Por lo tanto, realismo / neorrealismo⁴ significa ante todo las ansias de ir al encuentro de las clases sociales más bajas, más auténticas en cuanto costumbres o hábitos cotidianos, sin velos ni veleidades o mitificaciones vanas. Al mismo tiempo, significa la responsabilidad, la toma de conciencia de ese acercamiento y sus consecuencias, dislocamiento del yo en pos de un compromiso social verdadero. Se forja en consecuencia, un arte comprometido que no elude los problemas reales del país, de cada región, de cada provincia o aldea, cuya misión reposa en la acción responsable del artista frente al momento histórico vigente. El ímpetu de renovación de la sociedad italiana que se observa como componente principal del neorrealismo intenta, entre otras metas, crear una nueva vida moral y romper con el monadismo, la soledad del hombre, la indiferencia hacia el otro, defectos que se manifiestan en pequeños o más amplios territorios, con más o menos población asentada en ellos, entre fronteras locales y regionales. Modificar estos vínculos sociales requiere de un largo y difícil proceso en el que no todos los ciudadanos están de acuerdo, pertenezcan a las metrópolis o al campo.

⁴ Según Ruggero Puletti, Neorrealismo entendido como nuevo Realismo; Realismo, entendido como el período que determinó o definió novelas de Balzac, de Zola o de representantes del naturalismo [8].

Pensar que se pueda resolver el comportamiento humano, cambiar el monólogo por el diálogo, la existencia individual hacia la social entre el yo y los otros, urgencia de sobrepasar el propio territorio e intentar un acercamiento en la circunstancia histórica crucial hacia otros grupos, todo esto no es tarea fácil. Los intelectuales y hombres de cultura, nacidos y venidos desde las distintas provincias y regiones, perciben esta urgencia como propia y colectiva y muchos de ellos se disponen a trabajar en pos de un arte que despierte conciencias y cambie ciertos comportamientos por otros más edificantes.

Guerra y Resistencia, partisanos, soldados, obreros, huelgas, bombardeos, fusilamientos, conflictos en el campesinado, ocupaciones de tierra, extorsión, corrupción, subversión de valores: estas son algunas de las temáticas reveladas y recuperadas por los autores y artistas neorrealistas. La expansión de los modelos e influencias del realismo americano, de carácter regional, o el inglés y la conciencia antifascista habían llegado de la mano de los nombrados Elio Vittorini y Cesare Pavese, autores que reflejan etapas específicas en la evolución de la corriente neorrealista en sus obras y expanden los modelos extranjeros gracias a su pronta y constante labor de traductores.

El campo de la recepción lectora devendrá en consecuencia, más amplio y más identificado con las clases populares. El dialecto regional se entendió como reserva lingüística fidedigna del ser, representativa de su condición ingenua, primigenia, natural, no contaminada, la cual se insertaba o pasaba a integrar el reservorio léxico de la nueva tendencia como reflejo y expresión fiel de las historias narradas, aun siendo historias conscientemente elegidas. El neorrealismo salió a las calles, atravesó los campos, se internó en los conflictos de familia y sociales, mostró las paradojas entre campo y ciudad; además, sondeó y reveló la psiquis atormentada de las existencias turbadas por la crisis histórica vinculada a la guerra y al devenir político. En el centro de esta tendencia se pueden descubrir los nudos internos y las problemáticas aún vigentes en la Italia actual: contraste norte-sur ligado al problema del *Meridione*, disgregación social, fanatismo de legas⁵, cuyo fin principal es la autonomía político-administrativa respecto de las regiones y la defensa de lo “propio regional” versus el fenómeno de la globalización, cuya acción más evidente se manifiesta en la despersonalización de una comunidad que hereda, acepta, afianza y comparte entre sí valores y costumbres.

Desde su perspectiva, Puletti considera que, si bien Giovanni Verga puede reconocerse como una de las fuentes del este nuevo realismo, los escritores neorrealistas no deseaban tener “un padre” que determinara o marcara los límites de la corriente (recordemos que el verismo fue más circunscripto y eminentemente regional); por lo tanto, debían considerarse otros factores que, desde lo político y lo social, incluido el componente extranjero, estaban en juego en el nacimiento del neorrealismo. Los escritores neorrealistas recuperaban personajes sencillos, proletarios, campesinos, explotados que ya Verga había anticipado, pero desde una perspectiva más metafísica que histórica, esta última más determinante en el período neorrealista. En Verga

⁵ Unión de dos o más personas o estados para defensa o lucha ofensiva y con fines comunes diversos. Alianza, federación, confederación, asociación entre privados, entes o grupos sociales. Desde los años 80, tanto en Italia como en otros países europeos, el vocablo se refiere a grupos regionales autonomistas (ej. Lega Lombarda, Lega Véneta).

prevalecía una postura moral más ontológica, mientras que en los nuevos tiempos la tendencia resultaba más apegada a lo terrenal y socio-histórico.

Otro aspecto interesante que marca una diferencia entre estas posiciones es la voluntad de identificación. El escritor neorrealista busca ser el otro, estar en el otro, llegar al otro al que busca para que lo escuche o lo lea. Busca ser pueblo sin juzgarlo sino confundiendo con el mismo. A esta diferenciación se agrega la idea de un destino inexorable, doloroso, condicionante, una suerte oscura incapaz de ser reconocida y analizada y común a todos que aparece en los textos de Verga. El Neorrealismo enfoca la cuestión de la vida y de la existencia con un pesimismo, más o menos marcado según el tono y tendencia predominante en un autor, pero no es "ley" al modo verista. Es más, la visión de la existencia en las obras neorrealistas, provoca o permite el debate, la discusión, diferentes aperturas interpretativas.

Llegados a este punto, y habiendo anticipado caracteres artísticos-literarios del Verismo y del Neorrealismo, pondremos a la luz un aspecto que consideramos fundamental y distintivo y vincula a las dos vertientes: la importancia de la región y del vínculo región-provincia-nación a través de la perspectiva del uso y valoración de la lengua y de las elecciones discursivas evidenciadas en los textos producidos. Este plano o estrato manifiesta un componente elegido y privilegiado de la visión de la región, de la puesta a luz de la misma, de la geografía cercana, el terruño con sus hábitos propios y sus costumbres y sus intercambios lingüísticos escogidos como representativos. Este componente, variable inevitable e ineludible de la literatura italiana a lo largo de los siglos de su existencia se presenta como factor decisivo en la conformación del sistema de la literatura de las regiones, entendidas estas como espacios de conservación, reserva y defensa de caracteres antropológicos, culturales o de idiosincrasia que se preservan por encima o a la par de imaginarios identitarios más amplios (patria o nación).

La cuestión identitaria italiana está representada por elementos nacionales y regionales en continua superposición. Actualmente, en el mundo global, con diferencias culturales y lingüísticas que tienden a estrecharse, los escritores italianos contemporáneos intentan definir su identidad a través de un continuo retorno a la tierra de origen. Y no es la primera vez que este fenómeno se verifica de tal manera. En una espiral continua, de giros de expansión y de retracción permanentes, los escritores italianos no solo vuelven, sino que nunca abandonan del todo su región. En mayor o menor medida, y por razones multicausales, la región nunca es olvidada, desdeñada, menospreciada. Es un espacio conceptual y vivencial que es objeto de análisis de los autores mismos en los diversos discursos que adoptan, más ficcionales o más objetivos y realistas (por ejemplo, los ensayos). Por un lado, la región puede aparecer como un contexto local limitado, en contradicción con la necesidad más radical de expansión y construcción de una identidad nacional fuerte y sólida; por otro, el deseo de representar la realidad de ciudades, pueblos, zonas campesinas de modo aislado, en sus singularidades distintivas: estas presentaciones privilegian la lengua connotada regionalmente o el italiano estándar mixto con elementos dialectales.

Los dialectos de las regiones han constituido siempre el sustrato mismo de la lengua del lugar, sea en la vertiente oral como en la escrita. En Italia es natural que los dialectos sean tenidos en cuenta, hayan superado la validación indiscutible de la comunidad, aparezcan como centrales en el sistema de los discursos literarios elegidos por los

escritores en una primera instancia de redacción de sus obras o de continua permanencia en las mismas. El dialecto, su permanencia y uso significan el lazo tendido a la realidad familiar, comunitaria, el vínculo cronotópico implícito y poderoso que enraíza legados, intereses, gustos, anhelos y resulta de un imaginario sostenido por una constelación articulada de representaciones emocionales cotidianas, cercanas. Constelación que se nutre de las vivencias y situaciones diarias por las que los miembros de la región transitan. Motivos históricos referidos al purismo pueden haber incidido en etapas de inclusión o exclusión de los mismos; sin embargo, la lengua “clásica” de base toscana, en algunos momentos resultó o resulta insuficiente para expresar la realidad referida. De allí la validez de instrumentos expresivos considerados como válidos para presentar la realidad local: refranes, dichos, frases dialectales. Por otro lado, el uso del dialecto implica una fractura, una rebelión, una provocación que encierra variadas intenciones (afectivas, políticas, ideológicas, sociales). El dialecto se constituye en emblema de naturalidad, de frescura y espontaneidad en contra de la lengua burguesa cristalizada. No dejamos de lado el efecto y el gusto “impresionista” de una lengua dialectal, que marca un autor, una tendencia o corriente literaria.

Respecto de estos conceptos relevantes, Maria Corti, en *Il viaggio testuale* (1978), hace expresa referencia al plano lingüístico en las novelas neorrealistas. Desde este punto de vista, las narraciones neorrealistas muestran un nivel de lengua bajo coloquial con inserciones regionales y dialectales. Este macrotexto o unidad semiótica superior –cada relato es una microestructura articulada con la macro– es la narrativa neorrealista. En estos textos los personajes, se reiteran o se repiten hasta el infinito, presentados en las colinas o en los valles de cada región de Italia o también en ciudades o ámbitos rurales: forman así una cadena de relatos con ecos corales.

Corti considera al regionalismo como un campo temático del Neorrealismo: “*existen en cada obra neorrealista: la colectividad, los estratos populares, el regionalismo en cuanto emblema de la realidad; habiéndose disuelto los signos geográficos-culturales de la época fascista, ‘la región’ puede transformarse en símbolo y en emblema de una aspiración social nueva*” [3].

Resultan interesantes los esquemas contrapuestos que presenta Corti respecto del maniqueísmo de personajes, geografía y actitudes en las obras: por ejemplo, las que transcurren en la ciudad y el campo, dos esquemas fisionómicos en oposición [63-4].

Corti plantea la *questione del regionalismo*. Después de tanta pseudounidad de Italia, de tanta concepción fascista de nación unida, los escritores neorrealistas vuelven a la región. El fenómeno surge en la posguerra, con los antecedentes de la influencia de la literatura norteamericana (1930-1940) en su vertiente regionalista, corriente *strapaesana* y selvática de gran influencia gracias a las continuas traducciones de Pavese y Vittorini.

En consecuencia, la región se asume ahora como una realidad colectiva popular, concreta, histórica que sirve para representar la imagen más amplia, la nacional (a diferencia del Verismo). Los elementos regionales incluidos en las obras a nivel temático y lingüístico poseen el valor de un signo que aspira a traspasar lo local y lo regional, favoreciendo la formación de una hegemonía de determinados modelos culturales. El fenómeno manifiesta una gran diferencia con los modelos regionalistas del 800 y preanuncio de la recuperación de las culturas regionales.

Como el Neorrealismo es una corriente “involuntaria”, la opción por la temática regional crea grupos “involuntarios” de autores que convergen entre sí aunque luego cada uno tome rumbos diversos a posteriori. Esta ligazón temática regional está unida también a ciertos *topos* espirituales: vivencias, recuerdos, ingenuidad, vida natural, no contaminación, valores.... Algunos casos muestran al sur visto por el sur o al sur visto por el norte (ej. *Cristo se detuvo en Éboli*). Es de destacar que, siendo el sur más arcaico que el centro y el norte, el regionalismo literario no presenta tan contundentemente la oposición campo / ciudad. Hablar de la región es hablar de la ‘región del espíritu’, lugar de convergencia de pensamientos, palabras expresivas del mismo y un esquema de valores cotidiano, orgánico: Naturaleza, hombre, solidaridad, solidaridad de los oprimidos y de los débiles, fe en un renacimiento, valorización de lo primitivo, ética vital y utópica, del corazón de la Humanidad que se manifiesta en el ánimo del pueblo e inclusive en su violencia.

En el período neorrealista las ciudades desean ser ciudades, no ciudades del mundo, no grandes metrópolis; desean ser *topos* espirituales y signos de moralidad utópica y atemporal. En estos ejemplos se observa cómo autores y público lector conservan una experiencia de memoria/memorialista que favorece la comunicación.

En el nivel formal, los escritores neorrealistas tienen conciencia de estar creando contenidos nuevos con medios expresivos nuevos: lo colectivo, el proletariado; las masas exigen nuevas expresiones, estilos. El diálogo manifestará el habla regional o dialectal. Es una elección común en casi todos los escritores neorrealistas. Pavese expresa en *Il mestiere di vivere*, entrada del diario del año 1943: “a este punto, el dialecto es distinto de la lengua y no se puede volver atrás sino enmascarándose de *strapaesani*. El problema es inventar una nueva vivacidad [...]” (cit. por Corti: 74).

Por lo tanto, se verifica el asentamiento de un programa lingüístico nacional-popular con manifestaciones regionales, inclusive una combinación del registro alto con el bajo: plurilingüismo o hibridación, denominado así por Corti [78].

En síntesis, las consecuencias más relevantes que se encuentran en las obras neorrealistas son, entre otras:

- ✓ rechazo de la lengua “literaria” del pasado reciente;
- ✓ favorecimiento del habla de las clases subalternas con la inclusión del dialecto;
- ✓ relación con el mundo afectivo de la realidad provincial;
- ✓ influencia de los modelos extranjeros (Hemingway, Sherwood Anderson, entre otros).

En conclusión, la literatura producida durante la etapa neorrealista evidencia la existencia y confluencia de cuatro códigos: 1) lengua común media; 2) italiano regional; 3) dialecto, 4) lengua literaria. De allí que el corpus neorrealista presente como aspectos distintivos: la generalización, el hibridismo formal, temático e ideológico. Se constituyen de esta manera en propiedades semióticas generales de gran relevancia en el repertorio fundamental de autores y obras pertenecientes a la vertiente neorrealista.

6.

Teorías semántico-cognitivas para el análisis del concepto literatura regionalista

Marian Nahir SAUA

Universidad Nacional de Cuyo
nahir.letras@gmail.com

El presente informe recopila el marco teórico lingüístico para el proyecto de investigación “Regionalismo literario: Un concepto problemático”. El objetivo de la selección llevada a cabo es presentar los procesos cognitivos de percepción, categorización y conceptualización a través de diversas teorías, de modo que sirvan como base para un análisis del cambio de semántico de la Literatura Regionalista y de los conceptos asociados o contrapuestos a esta a través de los años.

6.1. La percepción y el pensamiento

En las últimas décadas se ha fortalecido y enraizado en la comunidad científica la teoría de que las estructuras preconceptuales (no proposicionales) nacen en forma no arbitraria de las experiencias del cuerpo y de la interacción de este con el entorno. Si bien, pensadores como Locke y los empiristas ya habían centrado su atención en la importancia de la experiencia, Lakoff y Johnson presentaron una nueva teoría sobre la visión experiencialista de la cognición humana en la que la palabra es el elemento perceptible, la etiqueta de una idea del mundo que hemos elaborado a partir de la vivencia.

Un paso necesario antes de abordar la conceptualización desde una visión experiencialista es comprender cómo se concibe la percepción en las teorías gestálticas que le sirven de antecedente y base. Para la teoría gestáltica (proveniente de la Psicología), la percepción del mundo es mucho mayor que la suma de toda la información. La forma que se percibe no está aislada y los elementos que la componen constituyen un todo complejo que toma *forma* en contraste o en combinación con el *fondo* que la incluye. Es decir, todo **es** en función de lo que es en el todo y en sí mismo. Para ilustrar este concepto, los psicólogos recurrieron a representaciones gráficas:

ILUSTRACIÓN 1: CUBO



En la figura se percibe un cubo, aunque realmente los elementos presentes no formen el cubo [Vásquez Olcese]. De hecho, las líneas y los vértices están sugeridos por elementos que sí se encuentran presentes y que, a pesar de estar físicamente presentes, forman el fondo. El cubo logra su figura gracias a un entramado complejo de elementos presentes y sugeridos, que están en relación con su fondo.

De la misma manera que los elementos ausentes del cubo pueden imaginariamente ser actualizados, los pensamientos presentan modelos cognitivos con una organización gestáltica de las experiencias corporizadas que son apuntalados por relaciones metafóricas y metonímicas [Lakoff]. El enfoque experiencialista de Lakoff se basa en cuatro presuposiciones sobre la naturaleza del pensamiento:

- Thought is *embodied*, that is, the structures used to put together our conceptual systems grow out of bodily experience and make sense in terms of it; moreover, the core of our conceptual systems is directly grounded in perception, body movement, and experience of a physical and social character.

- Thought is *imaginative*, in that those concepts which are not directly grounded in the experience employ metaphor, metonymy, and mental imagery – all of which go beyond the literal mirroring, or *representation*, of external reality. It is this imaginative capacity that allows for “abstract” thought and takes the mind beyond what we can see and feel. The imaginative capacity is also embodied-indirectly- since the metaphors, metonymies, and images are based on experience, often bodily experience. Thought is also imaginative in a less obvious way: every time we categorize something in a way that does not mirror nature, we are using general human imaginative capacities.

- Thought has *gestalt properties* and is thus not atomistic; concepts have an overall structure that goes beyond merely putting together conceptual “building block” by general rules.

- Thought has an *ecological structure*. The efficiency of cognitive processing, an in learning and memory, depends on the overall structure of conceptual system and on what the concepts mean. Thought is thus more than just a mechanical manipulation of abstract symbols [xiv-xv]¹.

El pensamiento, como se ha mencionado, es corporizado y tiene una organización gestáltica (que se apoya en la imaginación). El mismo siempre es regido por la ley de la economía. Sin embargo, las estructuras conceptuales no dependen solamente de un proceso individual, ya que hay conceptos o formas de estructurar el mundo que son heredadas de la comunidad a la que se pertenece.

Debido a que el hombre está en permanente comunicación con otros seres humanos, compartir las ideas de mundo con los demás no solo es inevitable, sino también necesario. Esto implica que, para comprender la formulación del sentido, se deba tener en cuenta que el fondo, que influye en la forma de nuestras estructuras conceptuales, incluye también las estructuras conceptuales previas que otros individuos tienen sobre el mismo ente o situación y la manera que tiene la comunidad de habla de estructurar el sentido. Por ejemplo: la idea de vaca que tiene un hindú está mediada por la concepción religiosa que la sociedad hindú tiene de ella. A la conceptualización de vaca-animal, que proviene de la experiencia personal, se le suma la de vaca-ser sagrado que es tomada de la experiencia en la sociedad.

A partir de esta base teórica, se puede vislumbrar lo que los escritores y críticos entienden por Regionalismo, puesto que las palabras que usen para nombrar lo regional y para contraponer este tipo de producciones literarias serán fondo de la figura Literatura Regionalista.

6.2. El pensamiento enciclopédico y la construcción y comprensión del sentido

Tradicionalmente se consideraba que el pensamiento estaba organizado como un diccionario, es decir, una serie de entradas con los aspectos denotativos (léxicos) disociados de los connotativos (asociados al contexto y a lo pragmático) y los contenidos gramaticales separados de los semánticos. Langacker critica la idea de la sintaxis autónoma y del divorcio entre gramática y semántica. Argumenta que el lenguaje es simbólico y que los componentes de la lengua están al servicio del sentido. Léxico, morfología y sintaxis se despliegan en un continuum de unidades simbólicas que tienen

¹ 'El pensamiento es corporizado: el sistema conceptual nace de la experiencia corporal y adquiere sentido a partir de ella, no solamente en términos de percepción o movimiento físicos, sino también psicológicos y sociales.

El pensamiento es imaginativo: aquellos conceptos que no nacen directamente de la experiencia corporal son abarcados por medio de la metáfora, la metonimia y las imágenes (que a su vez están indirectamente basadas en la experiencia corporal). La capacidad de imaginar permite que el pensamiento abstracto vaya más allá de lo que se puede ver y sentir.

El pensamiento tiene propiedades gestálticas: no es atomístico, sino que posee una estructura general que va más allá del simple hecho de unir conceptos a partir de reglas generales.

El pensamiento tiene una estructura ecológica: la eficiencia del procesamiento cognitivo, así como en el aprendizaje y en la memoria, depende de la estructura general del sistema conceptual. El pensamiento es más que la manipulación mecánica de símbolos abstractos'. [Traducción propia].

como objetivo estructurar y expresar lo conceptual. El lingüista entiende el pensamiento como enciclopédico, es decir, en donde el sentido de los lexemas encierra no solo las propiedades intrínsecas del mismo, sino también otras asociadas, como aquellas que derivan del contexto, del uso y de las convenciones sociales.

Langacker ordena jerárquicamente los tipos de propiedades que sirven para caracterizar una entidad. La probabilidad de activación en el contexto y la implantación relativa definen la centralidad de una especificación particular: mientras más convencional (compartida por una sociedad de hablantes), más genérica, más intrínseca (que no dependen de la apreciación externa) y más característica sea una especificación, será más central. Para Langacker, que el conocimiento sea enciclopédico implica que los dominios (representaciones mentales de cómo se organiza el mundo) permiten delimitar el alcance de los conceptos relevantes para caracterizar el significado de una palabra.

Cabe resaltar que la convencionalidad es impredecible, ya que la experiencia que se tenga con una entidad influye en su conceptualización. Así, además de las especificaciones que acepta una comunidad de hablantes sobre algo, se le suman aquellas que derivan de la experiencia particular del hablante que no siempre coinciden con las de otros hablantes de la comunidad. Esta variación en las especificaciones que forman parte de un concepto, y que están más allá de las convencionales porque provienen de la vivencia del hablante, muchas veces son las causas de los malentendidos y las discusiones (sobre todo los términos complejos y abstractos).

Los términos relacionados a la producción fuera de las capitales no son centrales, por lo que oscilan entre Literatura Regionalista, Literatura Regional, Literatura de provincias, entre otras. Esto denota una variación conceptual fundada en diferencias en la delimitación de propiedades y de alcance. Para poder centralizar, definir y esclarecer los conceptos, es necesario encontrar las causas de tales diferencias.

Rastier, quien también sustenta que el pensamiento es enciclopédico, presenta los conceptos de *semas inherentes* y *semas aferentes*. Los primeros corresponden al sistema funcional de la lengua, mientras que los segundos nacen de otros sistemas (como el social). Los semas aferentes permiten entender cómo una cosa está relacionada con el entorno. Si se toma, por ejemplo, la palabra *asado* como sema inherente tendrá la definición: *carne asada a la parrilla con brasas o carbón*; pero como semas adherentes se pueden encontrar: *argentino / de los domingos / para comer en familia o con amigos / picar y tomar mientras se cocina / cocinado por hombres / aplauso para el asador*, etc. Los semas aferentes dan mucha más información sobre lo que es el asado, qué lugar ocupa en el entorno que lo rodea y cómo la sociedad interactúa con él y le otorga significados fuera de la cosa en sí. Un sema inherente en una lengua puede ser aferente en otra.

Para explicar este proceso, Cadiot y Lebas, y Nemo se enfocan en las *propiedades extrínsecas del referente*. Para ambos, la descripción de una entidad depende no solamente de las propiedades intrínsecas de la cosa (que son estables e independientes), sino también de sus propiedades extrínsecas (las relaciones que se mantienen con la cosa, ya sea en forma activa o pasiva). Para los autores es imposible separar un objeto de las relaciones que se mantienen con él. La diversidad de relaciones posibles con un mismo

objeto y la diversidad de objetos con la que se puede establecer esa misma relación va a dar la construcción del dominio que permite los diferentes usos de las palabras.

Si se ve esta teoría reflejada en *es una bomba* (cita), se verá que se pueden distinguir tres niveles o etapas:

- I. Es una bomba: el objeto es un arma explosiva (relación armamentística).
- II. Es una bomba: designa los efectos destructivos y letales de una bomba (relación bélica).
- III. Es una bomba: indica los “efectos destructivos” que tiene una comida para los órganos del sistema digestivo.

En la tercera etapa, ya no se habla del objeto-bomba, sino de la relación extrínseca de la destrucción que se presenta también, en forma similar, en las comidas difíciles de digerir.

Estas etapas podrían representarse esquemáticamente de la siguiente manera:

Tabla 1 : Niveles de relaciones posibles con un mismo objeto²

Object	O1	O1	O2
Rapport	R1	R2	R2

A un O1 se le atribuye una R1 en una primera instancia y una R2 en segunda instancia, lo que permite que se pueda referirse a un O2 con la R2 [Cadiot y Nemo: 131].

En cuanto al objeto de estudio, Literatura Regionalista, no solamente es problemática y difusa la definición de su sema inherente y de sus propiedades intrínsecas, sino también la de sus propiedades extrínsecas y aferentes. Ambos varían fuertemente según el momento histórico en el que están insertos y el punto socio-geográfico desde el que se los analiza. Como la relación entre inherente-aferente/ propiedades intrínsecas-extrínsecas hacen al objeto de estudio en sí, para comprenderlo es fundamental establecer correspondencias a partir de cómo se lo define y cómo se utiliza y adjetiva el término.

Otra noción a tener en cuenta es la de *conceptualizaciones alternativas* propuesta por Langacker. Una misma situación puede ser conceptualizada por una gran variedad de expresiones que varían semántica y estructuralmente.

Así, por ejemplo, si se piensa en una situación en la que un hombre decide terminar la relación con su pareja, este hecho puede ser concebido y expresado por su pareja de diferentes maneras que varían en su enfoque y en su estructura:

-“Él me dejó”. (En esta expresión se toma el fin de la relación como un abandono, el pronombre *él* aleja al sujeto y lo presenta como culpable, el enunciante se presenta como víctima).

-“Marcos decidió terminar nuestra relación”. (Identificar por su nombre al sujeto dota a la expresión de una carga afectiva, el verbo *decidir* le da crédito racional al acto de terminar la relación, el posesivo *nuestra* también suma afecto

² Traducción propia en esta y en las otras citas.

y presenta la relación como algo compartido por la pareja, por último, la *relación* es eso en común que ha sido afectado. El *terminar* se impone como el dar muerte a algo que parecía vivo y querido: *nuestra relación*).

-“Marcos y yo nos peleamos”. (La expresión involucra ambos miembros de la pareja, el hablante toma una posición activa en la situación. La frase se concentra en el proceso de separación e indica que el hablante lo concibe como un conflicto).

Además de los condicionantes tiempo y lugar, para estudiar la Literatura Regionalista, también es primordial distinguir las corrientes de pensamiento filosóficas, políticas, sociológicas y literarias desde la que cada autor o crítico se posiciona para hablar de una misma realidad, así como sus objetivos.

6.3. Las categorías: prototipos y estereotipos

Al hombre no le basta con experimentar y percibir el mundo, debe entenderlo y racionalizarlo; es por eso que la categorización surge como una instancia necesaria. Las categorías que el hombre crea no son propias del mundo, sino que están mediadas por la misma experiencia en la que han sido percibidas y por la comunidad de habla en la que aquel está inserto. De Aristóteles a Wittgenstein, las categorías fueron vistas como contenedores abstractos con límites bien marcados que fácilmente contenían objetos que poseían las características de la clase y dejaban afuera aquellos que no.

Eleanor Rosche cuestiona dos aspectos de la teoría clásica:

-Si las categorías son definidas solo por las propiedades que todos los miembros comparten, entonces ningún miembro debe ser mejor ejemplo de una categoría que otro.

-Si las categorías son definidas solo por propiedades inherentes en los miembros, las categorías deben ser independientes de cualquier particularidad del proceso de categorización [Lakoff: 7].

A partir de sus estudios, Rosche demuestra que efectivamente hay miembros más representativos de una categoría que otros, que la categorización depende de la experiencia del hombre y que los límites de las categorías no son inherentes a la cosa, ni tan rígidos como se pensaba. La *teoría de los prototipos* nace como una de las primeras resistencias contra la categorización de la filosofía clásica. Los principios de categorización semántica en esta teoría son conceptuales. El alcance de la categoría es extensional, es decir que contiene al conjunto de individuos a los que se les aplica la denominación de la clase graduándolos de miembros centrales (o prototípicos) a miembros marginales. El prototipo es el ejemplar más representativo de una categoría por poseer los atributos típicos de la clase que son el resultado de la abstracción de las propiedades comunes de sus elementos [Langacker].

Rosche resalta que hay atributos que tienen más peso a la hora de definir una categoría (*cue validity*) porque permiten el contraste con otras. Con este aditivo el miembro

prototípico sería aquel que posee el mayor número de atributos comunes con los otros miembros de la categoría y que tiene el menor número de atributos comunes con miembros de otras categorías [Kleiber].

La relación referencial es flexible porque se basa en los parecidos de familia, de semejanza global y va de miembros centrales a periféricos. A partir del miembro prototípico los demás miembros variarán en el grado de similitud con el prototipo según el número y el tipo de atributos que compartan con él. El resultado es una categoría heterogénea. Por ejemplo, se tiene como miembro central de la categoría *asientos* a la silla, como marginales al taburete y al banco en la dimensión horizontal, y variaciones como la silla plegable en la dimensión vertical (subordinada al nivel base *silla*).

En este sentido, cabe preguntarse cuál es el prototipo de literatura que funciona como elemento central y obliga a que se aclare que otras producciones son regionales. Así como también cabe interrogarse qué convierte a este tipo de literatura en algo periférico, no solo desde lo semántico, sino también desde lo social y económico.

Hilary Putnam, centrado en las ideas corrientes y convencionales que culturalmente se asocian a una palabra, postula la *teoría de los estereotipos*. El estereotipo es la parte del significado que proviene de la opinión que comúnmente una cultura asocia a una palabra. El significado incluye marcadores sintácticos, semánticos y la extensión (conocimientos más específicos de nivel especialista). El estereotipo semántico tiene una dimensión sociolingüística (esto lo diferencia del prototipo, que tiene una dimensión psicolingüística), que es la representación simplificada del sentido de una palabra según las exigencias del uso social de la lengua que, a su vez, permite que se establezca la comunicación en un contexto social. Esto se debe a que son esquemas preconstruidos que el hablante recibe de la lengua o del ambiente sociocultural. Los estereotipos contribuyen a organizar representaciones colectivas y el imaginario social. Los valores, los prejuicios y otras visiones del mundo se imprimen en el estereotipo y tienden a mantenerse en una cultura. Por lo tanto, es probable que por ello mismo los seres humanos se valgan de estereotipos lingüísticos o fraseológicos y adopten sintagmas o enunciados con una forma fija (locuciones de diversos tipos, refranes y dichos populares, enunciados conversacionales estereotipados rutinarios, fórmulas rituales de cortesía, lemas, consignas, eslóganes, etc.).

Es válido, a partir de esta teoría, analizar si hay un estereotipo de regional y provinciano que empape la literatura. Puede que las calificaciones que se le otorguen a la Literatura Regionalista sea más por estereotipo que por características reales.

6.4. Perfil, base, dominio y marco

Langacker, a partir del concepto *radio* (segmento lineal que une el centro del círculo con la circunferencia), resalta que para definir una palabra es necesario entender su *perfil* en relación con su *base* (por ejemplo, en el caso de *radio*: el *círculo*). Utiliza también el término *dominio*, y lo define como base para al menos un perfil conceptual. Varios perfiles diferentes pueden tener un mismo dominio cognitivo como base. La relación entre perfil y base es de parte-todo, pero desde una visión gestáltica.

Los investigadores oscilan en el uso de los términos dominio y marco. Fillmore, quien cuenta con una gran aceptación en el campo de la lingüística cognitiva, presenta su modelo de la semántica de *marcos* como una semántica de la comprensión que se opone a la semántica lingüística y a la de tipo veritativo-condicional [Croft y Cruse]. Para Fillmore, “las palabras y las construcciones evocan una determinada comprensión, o dicho de forma más específica, un determinado marco” [Croft y Cruse: 27]. Las palabras están relacionadas en la experiencia; pero, a diferencia de los campos semánticos, estas no se definen a partir de la relación con otras palabras dentro de su mismo campo léxico sino con el marco.

El marco es una región coherente del espacio conceptual y funciona como un sistema de conceptos relacionados en el cual, para comprender cualquiera de ellos, se debe comprender la totalidad de la estructura. Una misma experiencia puede ser conceptualizada por distintos marcos; así *tierra* y *suelo*, que denotan un mismo ente, evocan marcos diferentes, puesto que *tierra* se define en relación con *mar* y *suelo* en relación a *aire* [Fillmore]. Los marcos no solo explican fenómenos semánticos dejados de lado por otras teorías, sino que también dan cuenta de las diferencias sociales del uso de las palabras. Los marcos se conforman según la experiencia y la valoración de la misma. Las valoraciones sociales de tipos de experiencia determinan, por ejemplo, que una persona sea un *rebeld*e o un *defensor de los derechos* según se lo enmarque.

Los términos marco, base y dominio sirven para comprender las diferentes conceptualizaciones de Literatura Regionalista a partir de lo que se considere como base para diferenciarla y definirla, ya sea el tema que trata, el lenguaje que utiliza, el lugar desde donde se escribe, el origen del autor, el objetivo que persigue, etc. Cada teórico ha tomado al menos una de ellas para crear la categoría; al no haber un consenso de los marcos, dominios o bases a utilizar, la variabilidad semántica es grande y la clasificación, difusa. Para definir claramente la categoría se debe contemplar aquellas características comunes y realmente distintivas de las obras que permitan incluir a la gran mayoría de elementos sin excepciones o grises.

6.5. La metáfora

En los estudios de semántica cognitiva, la metáfora ha ocupado uno de los lugares centrales en las tendencias de investigación. Diferentes definiciones se han propuesto para trascender la tradicional idea de la metáfora como desviación o adorno del lenguaje. Para vislumbrar otras formas de definición, no literales, también es necesario entender cómo funciona el proceso de metaforización.

No todos los rasgos de un ente intervendrán en el proceso de metaforización, sino que serán evocados solo aquellos que, por el contexto lingüístico, situacional, enciclopédico y cultural, sean pertinentes. A esto se le llama selección sémica.

Para Jean Cohen, la metáfora es un procedimiento en el cual una palabra se aparta del sentido corriente al manifestar una impertinencia semántica cuya desviación se reduce para que nazca una nueva pertinencia.

Para Max Black, ciertos términos de una frase metafórica son los que se emplean metafóricamente. Estos términos serían el *foco* y el resto del enunciado funciona como *marco*. En el proceso, los lugares comunes asociados generan que un sistema de implicaciones de un dominio interactúe con el de otro. Este enfoque es más gestáltico puesto que presenta la metáfora como un juego de foco y marco; sin embargo, se inscribe solamente dentro del ámbito proposicional; es decir que se centra un término de la proposición (que funciona como foco) que selecciona, orienta o filtra el campo semántico de los otros elementos que lo acompañan (marco).

Donald Davidson da cuenta del poder de sugestión de la metáfora. Para Davidson, la metáfora no hace que las palabras cambien el sentido literal, sino que es un caso en el que el sentido literal de una palabra se usa para sugerir algo que ha pasado desapercibido. Es una insinuación para que el interlocutor observe un ente o situación de una determinada manera o encuentre en ellos ciertas características. Así, por ejemplo, “Juan es un gallina” desde la intención del enunciador se lee “Vea en Juan lo que ve en las gallinas” o “Vea a Juan como ve a las gallinas” [cit. por Hernández].

John Searle señala que la metaforización implica operaciones no proposicionales en las que se debe reconocer que se trata de un enunciado que va más allá del significado literal y entender lo que el otro quiso decir. Es decir, que lo plantea como un acto de habla en el que el enunciado literal funciona como base no proposicional (*background*) para interpretar que, a pesar de que se afirme que S es P, se quiera decir que S es R. Esto supone comprender que no se trata de un sentido literal, sino de uno sugerido por la intención del enunciador.

Ilustración 2: Operaciones lógicas de la metaforización

P	es	R	} conocimiento previo	La bomba es destructiva
<u>S</u>	es	<u>P</u>	} mensaje explícito	= <u>Esta comida es una bomba</u>
S	es	R	} asociación sugerida	Esta comida es destructiva

Para Lakoff y Johnson, la metáfora forma parte del sistema conceptual y es una estrategia cognitiva de producción de sentido. La comprensión de un *concepto-meta* se lleva a cabo gracias a la existencia de un *concepto-fuente* familiarizado con la experiencia (física o cultural) de la que han surgido. Esto significa que la metaforización es vista como un sistema de proyecciones de un dominio conceptual *fuentes* a uno *meta* gracias a un conjunto de correspondencias ontológicas entre las entidades de cada dominio. Un modo de conceptualización puede ser manifestado por diferentes expresiones lingüísticas. A pesar de la aparente variedad de proyecciones *meta*, estas remiten a una proyección madre o *fuentes*. Así, en “la discusión es una guerra”, al entender el dominio fuente *guerra*, podemos ver reflejado en él aspectos de una discusión y, a su vez, sirve como fuente para entender manifestaciones lingüísticas como “No supo defender su posición estructuralista”.

Lo regional y lo provincial pueden ser evocados en forma metafórica. Estas referencias no pueden pasar desapercibidas porque esconden en su interior juicios de valor y

perspectivas que desnudan aquello que no es permitido decirse en forma directa o aquello que es demasiado complejo para el lenguaje literal. Las comparaciones, las metonimias y otras formas del pensamiento metafórico que puedan observarse en la crítica y en las obras literarias pueden, en algunos casos, decir más sobre la Literatura Regional y el sentimiento hacia lo regional que las manifestaciones directas.

6.6. Conclusión

Los procesos que el pensamiento lleva a cabo para formular y comprender formas tradicionales de referir y valorar un individuo o una situación son complejos. Los conceptos y preconcepciones asociados a Regionalismo deben analizarse minuciosamente si se quiere descubrir la imagen que los escritores y críticos literarios tienen de la identidad y del Interior. Por lo tanto, resulta casi inevitable recurrir a la semántica cognitiva para analizar la carga de significado que arrastra el Regionalismo y los conceptos que le sirven de fondo o marco. La percepción corporizada concebida como un Gestalt, la categorización prototípica, los estereotipos, la importancia de los semas aferentes, la conceptualización resultante del contraste de la parte con el todo, los marcos susceptibles de ser evocados, la complejidad de la proyección de los espacios mentales, la sugestión de la metáfora, no pueden sino echar luz sobre el objeto de estudio.

Luego de la documentación de los conceptos con los que se relaciona o se contrapone la Literatura Regional, los adjetivos con los que se la califica o la manera en que se la define, las teorías presentadas servirán como base para identificar qué percepción se tiene sobre ella y qué elementos y rasgos contiene la categoría y los marcos/dominios o espacios mentales que permiten la integración conceptual que se actualiza y se perpetua en la cotidianeidad. Incluso, se puede llegar a inferir qué motiva las preferencias por ciertos prototipos a otros y qué influencia ejerce el uso de estos a nivel conceptual, cognitivo y sociocultural en el imaginario de la crítica literaria y de sus lectores. Estas teorizaciones, además, ayudarán a bosquejar los intereses y las tensiones sociales y científicas que sustentan la concepción que los diferentes críticos literarios tienen del Regionalismo.

Conclusiones: aportes para una delimitación conceptual

Hebe MOLINA y Fabiana VARELA

Después de haber analizado un corpus de textos bibliográficos bastante amplio en busca de las conceptualizaciones que los vertebran, podemos sintetizar algunas conclusiones, las que –como toda conclusión– no pretenden cerrar el debate, sino por el contrario abrirlo a la comunidad académico-científica y a los escritores mismos.

La primera ratifica lo que aseveramos en la introducción: dado que los autores escriben libremente, pueden optar por cualquier poética. La descripción y la clasificación de tales poéticas es tarea de los críticos e historiadores literarios. En el caso que nos interesa, la práctica individual es regionalismo (poética regionalista), en sentido estricto, si así lo decidió el autor; o, si no optó por esta poética, es literatura, a secas, sin necesidad de gentilicios determinantes.

La segunda: la historia de los conceptos Regionalismo y Literatura Regional evidencia que no se han ido modificando los semas que los constituyen. Los cambios se han producido en los enfoques teórico-epistémicos con que los estudiosos han encarado el análisis de esos textos que tienen en común la categoría de lo Regional presente en algún nivel del discurso. Este volumen, *Regionalismo literario: Historia y crítica de un concepto problemático*, es una prueba más de esta conclusión pues también nosotras hemos hecho nuestras elecciones epistémicas al encarar el proyecto de investigación. En ellas ha influido la cultura institucional de la UNCuyo. No hemos sido *neutras*. Ningún académico-investigador lo es.

Nuestras conclusiones más sustanciosas son las siguientes:

a) **Acerca de lo Regional**

Lo Regional es un componente discursivo –y categoría de análisis– que delimita una semántica gracias a una serie de factores imbricados unos en otros: 1) la relación del hombre (en tanto productor de sentidos) con el medio geocultural que elige como propio, 2) lo distintivo de esa, *su* comarca, a partir de lo cual se crea y se difunde una imagen de la región; y 3), muy especialmente, la visibilidad del *locus* enunciativo.

b) **Acerca de la Literatura Regional**

Literatura Regional designa al corpus integrado por textos producidos en una misma región geocultural y en los que lo Regional es una categoría de análisis operativa. Ataño, pues, a las opciones metodológicas del crítico-historiador.

En consecuencia, estudiar un texto determinado como literatura regional significa analizarlo observando los tres factores fundamentales (arriba mencionados): cuál es el *locus* enunciativo que el autor implícito (como enunciador) reconoce como propio, qué sentidos produce esa *lugarización*, qué imagen de la región construye; en definitiva, en qué región se sitúa, sea respondiendo a una poética regionalista como eje estructurador de su discurso, sea solo transmitiendo imágenes geoculturales del *locus* enunciativo.

La literatura regional establece una relación sistémica respecto de lo macro o suprarregional (nacional, continental, mundial) y, en consecuencia, puede ser estudiada como un **microsistema** (hacia el interior del sistema regional) o como un **subsistema** (relaciones con el sistema mayor que lo engloba). Estos tipos de relaciones se multiplican según círculos concéntricos. Así, pues, por ejemplo, la Literatura Regional del NOA resulta un subsistema de la Literatura Argentina y un suprasistema respecto de la Literatura Local (microsistema de una ciudad o pueblo, espacio geocultural más acotado). A su vez, la Literatura Argentina puede ser considerada tanto un (micro)sistema que abarca las producciones que permiten la configuración de una imagen integral de la Argentina, como un subsistema de la Literatura Latinoamericana o como un suprasistema, que vertebrada los subsistemas regionales del NOA, NEA, Cuyo, Centro, Litoral, Patagónico, Insular y Metropolitano.

Si, en cambio, se opta por un enfoque sociocrítico y se contrapone Literatura Regional a Literatura Nacional, se hablará del corpus determinado *a posteriori* por los agentes canonizadores, en el que se incluyen los textos que responden a la planificación “nacional” gestada en el centro del polisistema (Buenos Aires, desde el siglo XIX, para el caso argentino) y que han sido receptados libre o condicionadamente en todo el país. Los textos de la periferia podrán leerse en función de ese *todo nacional*, que –más que un todo– es un centro; pero también pueden ser tratados según su inserción en el sistema local o regional, en el que podrán ser –a su vez– centro o periferia. Hay que considerar también que, además de los juegos de poder centrípetos, entre ambos sistemas (nacional / regional) se producen desfasajes temporales. Todo depende del nivel del polisistema en el que se instale el crítico-historiador.

c) **Acerca del Regionalismo Literario**

El regionalismo literario es una poética, que responde a las siguientes reglas:

- Interés del autor implícito por señalar una determinada región (comarca, localidad, pueblo, país) en sus rasgos geoculturales peculiares; interés manifestado como empatía o apego al *terruño*, y aun como orgullo identitario por distinción respecto de otras regiones; puede tener una finalidad extratextual (político-ideológica);
- Preeminencia del pacto de lectura regionalista: un enunciador localizable y localista provee al lector (que es un foráneo) de los datos necesarios para

ubicarse en el ámbito representado y para entender a los personajes, sea mediante aclaraciones informativas del narrador o de los personajes, notas o glosario, sea mediante recursos más sutiles;

- Mostración explícita (reconocible) y sencilla (directa) de aspectos identificativos de lo comarcano: espacios y productos naturales, historia, folklore, formas dialectales, costumbres y cosmovisiones compartidas por sus habitantes; esta presentación puede tener cariz retrospectivo.
- Tensión entre el personaje y el ámbito geocultural como elemento constitutivo de esa identidad;
- Aportes a la auto-imagen de la región.

En esta categorización, resulta fundamental el examen de los pactos de lectura que sitúan el discurso y a los participantes de la comunicación literaria.

El pacto de lectura comunitario o comarcano no es indicio de Regionalismo. El autor implícito puede establecer guiños de complicidad con sus convecinos mediante sobrentendidos y alusiones precisas que solo los próximos pueden desentrañar, pero sin pretender construir un texto regionalista. La simultaneidad de pactos de lectura (el comarcano con el pacto de lectura universalista o con el regionalista) puede ser la causa principal de que ciertos textos confundan a los estudiosos porque hablan de “lo propio del terruño” del autor, quien así hace explícita su situación (en tanto autor *situado*), pero sin configurarse totalmente como modalidad regionalista. Por ejemplo, en una novela la acción puede transcurrir en un ámbito marcado por acequias, vides y una cordillera al oeste, sin que se nombre a Mendoza. Solo el lector (mendocino o no) que conozca la región directamente o gracias a imágenes de cualquier tipo (entre ellas, las literarias), identificará la comarca e interpretará las connotaciones y las alusiones implícitas (pacto comunitario o comarcano). Si esta identificación no es relevante para entender el mensaje del discurso novelesco, el texto podrá ser incluido en un corpus de literatura mendocina (o regional), permitirá conocer mejor al autor, su cosmovisión y el lenguaje de su mirada hacia el entorno expresada en las imágenes y representaciones discursivas; sin embargo, no será pertinente analizarlo como texto regionalista.

Otra consecuencia es que el Regionalismo, por centrarse en lo típico identitario, es una modalidad literaria que neutraliza no solo lo singular individual a favor de lo distintivo regional (preferir el tipo y no el carácter), sino también el fluir del tiempo (la comarca como es ahora y como se quiere que sea siempre); en consecuencia, fosiliza una imagen del ámbito regional, que se contrapone al dinamismo natural tanto de la realidad, como del sistema literario-cultural. Esta fosilización, además, acorta el período de actualización del pacto de lectura regionalista, por el cual el autor descubre a destinatarios foráneos las particularidades de su comarca: una vez conocida la zona (gracias a la mirada de *turista* que genera este tipo de pacto), disminuye el interés del lector por el contenido de un texto regionalista.

d) Acerca de la **Poética Histórica del Regionalismo**

Como toda poética, el Regionalismo evoluciona según los movimientos del sistema literario-cultural; pueden ir cambiando la intensidad, la frecuencia o la estabilidad de los elementos formales regionalistas. Durante algún período, la modalidad se vuelve género

[Guillén 1985] y, por eso, se le asigna un nombre específico; por ejemplo, el Nativismo (en el caso argentino). Puede (y debería) interpretarse en relación con las otras poéticas (dominantes, emergentes o residuales) que se manifiestan en el mismo contexto geocultural.

El interés por lo propio y distintivo es natural al ser humano y a los pueblos; aumenta o disminuye según las circunstancias históricas. Es demostrable la hipótesis de que el regionalismo aflora en los momentos de crisis cultural por la presencia contrastante de un *otro* nuevo, que desestabiliza la auto-imagen.

En la historia literaria argentina, se observan dos momentos propiamente regionalistas: el Primer Regionalismo o Nativismo (décadas de 1890 a 1910) y el Segundo Regionalismo (décadas de 1920 a 1940). Ambos han generado una imagen estática de las regiones involucradas pues, como ya dijimos, la representación regional es descriptiva (costumbrista, pintoresca) y limitada a un momento determinado, como si se sacase una fotografía inmovilizadora de la comarca. Lo descriptivo se desvaloriza cuando la narrativa se renueva con técnicas más dinámicas (desde 1940). Esto, sumado a cuestionamientos sociocríticos, son las causas principales del rechazo abierto o solapado (omitiendo lo regional) que manifiestan algunos estudiosos posteriores.

Si analizamos los textos regionalistas como productos de una poética histórica, podemos relacionarlos más objetivamente con el conjunto de la literatura. Una poética responde a la tensión entre tradición y cambio, indica un momento de la evolución. Asentado el cambio, convertido en nueva tradición, surge la necesidad de nuevo cambio porque las condiciones del medio también se mueven continuamente, son dinámica pura. Pero lo nuevo es una nueva poética.

Esto es lo que ha sucedido con el Regionalismo en la literatura argentina: nace como poética circunscrita al período nativista y, por ende, nacionalista. Ciertos rasgos (costumbrismo, tipificación de personajes y de paisajes, dialectismos) saturan el sistema e inmovilizan la imagen de la región o comarca. Entonces, el sistema requiere innovación y la busca en las formas, sobre todo en las concernientes a la narrativa (desde 1940). Los rasgos o normas que subsisten son los relacionados con el amor al terruño, con el orgullo de ser de tal o cual comarca, con –simplemente– la conciencia de pertenecer a un ámbito o la conciencia de que el medio está metido en nuestros huesos, o sea, en nuestro lenguaje-pensamiento. Es una realidad incuestionable: no solo somos seres sociales, somos sobre todo seres situados, aun para la evasión. Para esta nueva poética, los estudiosos requieren de nueva denominación. Regionalismo ya no es útil porque está asida a una época y ha sido cargada por la crítica y la historiografía literaria de valoraciones peyorativas. Curiosamente la nueva denominación que empieza a operar no es tan nueva: literatura regional. Sin duda, identifica el aspecto tradicional: la presencia textualizada de la región o ámbito geocultural en el discurso literario; pero esa presencia ya no es buscada por el autor como el eje estructurador, por lo que operativamente tampoco es el semáforo primordial que define la poética. Mejor dicho: las poéticas, ya que cada autor puede configurar la suya propia. “Literatura regional” resulta, pues, una calificación ineficaz para las poéticas más recientes; no así para delimitar (o construir) un corpus de estudio.

Otro aspecto que descubre el enfoque de la poética histórica es la (con)fusión entre Regionalismo y Realismo. Ambas poéticas pueden asociarse porque emergen casi simultáneamente (en la segunda mitad del siglo XIX, marcando una evolución respecto del romanticismo social) y porque comparten la preocupación por la representación *fiel* de la realidad. Se confunden en tanto intentos de destacar una parcela de la realidad en lo que esta tiene de digno de ser mirado con ojos distintos. Se diferencian en que lo regionalista representa lo que tiene color propio, identificador (cultura distinta de otras), toma lo que permanece estable en la comarca y tiende a perdurar en el tiempo; por eso, puede parecer “superficial”, “exterior”, estereotipado, solo pintoresco (como señala a veces la crítica). Lo realista, en cambio, apunta a una parcela de la realidad desde una perspectiva socio-económica; por ende, se interesa centralmente por las clases marginadas; toma lo que se destaca en un determinado tiempo y coyuntura social, en la dinámica conflictiva hombre-sociedad; en este sentido, se lo identifica con un “regionalismo interior o profundo”. Por ejemplo, desde la perspectiva regionalista, el gaucho interesa como habitante de la pampa (con sus formas dialectales), mientras que el Realismo lo considera como grupo social marginado y se preocupa por las formas sociolectales.

e) Acerca de la **bibliografía sobre Regionalismo como corpus**

Los estudios críticos e historiográficos sobre el Regionalismo también son discursos situados y, en consecuencia, un corpus que puede (y debe) ser analizado desde la Poética Histórica.

A lo largo de la historiografía literaria argentina, se observan cambios progresivos no tanto en la descripción de esa poética, como en la valoración que de ella hacen críticos e historiadores, según las posturas teórico-críticas vigentes o dominantes en cada momento de la evolución de los estudios literarios. En esos enfoques divergentes, incide notoriamente el ámbito geopolítico (“centro”-“periferia”) y la postura ideológica del investigador.

Se han comprobado tres movimientos. El primero: ante la inexistencia de estudios, los planteos iniciales acerca de la literatura regional buscan integrarla en la literatura nacional, que ya tenía suficiente historia y prestigio; la regla de lo identitario se correlaciona con posiciones esencialistas.

El segundo: el fortalecimiento de posturas derivadas del materialismo marxista produce una crítica no solo contraria a la propuesta de un regionalismo ontológico, sino sobre todo exigente en cuanto al compromiso social –y aun político– del escritor y del mismo crítico. Si bien este movimiento se inicia en Buenos Aires, continúa (se replica) en centros académicos de varias capitales provinciales. La relación literatura nacional / literatura regional se vuelve antinómica y es asociada a la categoría centro / periferia; pero con axiologías inversas. Para la crítica metropolitana, lo periférico no tiene el valor literario suficiente como para ser tenido en cuenta; para la crítica de la periferia, en cambio, ser marginado es un valor agregado en el contexto del *combate* entre cultura dominante *versus* cultura dominada, y de la construcción de una crítica latinoamericanista.

El tercero: la incorporación de teorías polisistémicas permite no solo ampliar el objeto de estudio, incluyendo la acción de otros agentes culturales, sino también que las categorías de análisis no se interrelacionen solo en términos dicotómicos: la organización en *cajas chinas* (o estratos concéntricos) muestra claramente la posibilidad de atender a cada sistema en su autonomía y, a la vez, en sus complejas relaciones con los otros sistemas.

f) Asuntos pendientes

Falta aún precisar criterios de cualificación de lo regional de acuerdo con la amplitud (local, regional, nacional, internacional) de la difusión alcanzada por el texto.

También, en el caso argentino, ya resulta indispensable construir la historia literaria federal, que dé cuenta de las relaciones de interdependencia, desfasajes y originalidades entre los distintos sistemas regionales y entre estos y el macrosistema argentino.

En definitiva, el estudio de las problemáticas relacionadas con el regionalismo literario aún no concluye.

Bibliografía

- ACTAS: *Simposio de Literatura Regional; Salta – 17-21 de agosto de 1978*. 1980. Salta: Universidad Nacional de Salta-Secretaría de Estado y Educación de la Provincia de Salta.
- AGUIRRE, OSVALDO. 2006. “Libros para todos”. *Página 12*, 17 set. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-2238-2006-09-17.html>
- ALONSO, FABIANA. 2007. “Nacionalismo y catolicismo en la educación pública argentina (1976-1983)”. *Prohistoria: Historia Reciente y Dictadura Argentina, 1976-1983*, XI, 11, primavera: 107-23.
- AMAR SÁNCHEZ, ANA MARÍA; STEIN, MIRTA; ZUBIETA, ANA MARÍA. 1979-1982. “La narrativa entre 1960 y 1970: Di Benedetto, Tizón, Moyano y Hernández”. *Capítulo... V*, 625-649.
- ANDRUSKEVICZ, CARLA. 2011. “Paisajes y metáforas geográficas: Conversaciones en torno a la literatura regional y territorial”. Santander, dir. 49-56.
- ANSOLABEHERE, PABLO. 1998. “Cuentos de la Pampa: Los casos de Alberto Ghirardo y Benito Lynch”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 27: 89-109.
- ARA, GUILLERMO. 1978. “Literatura regional y literatura nacional”. *Actas... 10-5*.
- ARRIETA, RAFAEL A., DIR. 1958-1960. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Peuser.
- AVARO, NORA. 2002. “El relato de la ‘vida intensa’ en los ‘cuentos de monte’ de Horacio Quiroga”. *Historia crítica de la literatura argentina*. VI, 179-200.
- BANDIERI, SUSANA; FERNÁNDEZ, SANDRA, COMPS. 2017. *La historia argentina en perspectiva local y regional: Nuevas miradas para viejos problemas*. Buenos Aires: Teseo.
- BARCIA, PEDRO LUIS. 2004. “Hacia un concepto de la literatura regional”. *Literatura de las regiones argentinas*. 25-45.
- BAUMGART, CLAUDIA; CRESPO DE ARNAUD, BÁRBARA; LUZZANI BYSTROWICZ, TELMA. 1979-1982a. “La poesía del cuarenta: Introducción”. *Capítulo... V*, 169-92.
- . 1979-1982b. “La poesía del Noroeste: Manuel J. Castilla”. *Capítulo... V*, 170-92.
- BECCO, HORACIO JORGE. 1968-1976. “Nacimiento de la poesía gauchesca: Bartolomé José Hidalgo”. *Capítulo... I*, 145-68.
- BELKE, MARINA. 2012. “L’antropologia umana: Dialoghi tra città e campagna”. Catalfamo, A. *Cesare Pavese, un greco del nostro tempo*. Catania: I Quaderni del CEPAM.
- BITTAR, SILVIA RUTH. 2007. “Configuraciones del espacio patagónico en *El ventisquero y la furia* de Héctor Peña”. *Literatura de las regiones argentinas II*. 89-98.
- BLACK, MAX. 1966. *Modelos y metáforas*. Trad. Víctor Sánchez de Zavala. Madrid: Tecnos.
- BLANCO, ÁNGEL JULIO. 1859. “Luis y Estevan: Novela de costumbres”. *Museo Literario: Periódico semanal de literatura en general, teatro y modas*. Buenos Aires: Imprenta de

- Mayo. 9-10, 24, 26-8, 44-6, 61-3, 74-6, 89-90, 98-9, 109-10, 125-6, 136-7, 146-7, 159-60, 169-79, 181-6.
- BOCCO, ANDREA. 2004. "Alcances del *pago* en los procesos de regionalización desde las lenguas populares". *Silabario*, 7, ago.: 171-83.
- . 2010. "La literatura de fronteras como desajuste de la literatura nacional". *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.
- BONET, CARMELO M. 1958-1960. "La novela". Arrieta, dir. IV, 131-284.
- BORELLO, RODOLFO A. 1968-1876a. "El ensayo moderno: Martínez Estrada". *Capítulo...* III, 1033-56.
- . 1968-1876b. "El ensayo, del 30 a la actualidad". *Capítulo...* III, 1276-96.
- . 1968-1876c. "La crítica moderna". *Capítulo...* III, 1057-80.
- BORJA, FABRICIO ERNESTO. 2011. "Aportes transdisciplinarios para el estudio del campo literario jujeño". *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 139-46.
- BUENO, MÓNICA; TARONCHER, MIGUEL ÁNGEL, COORDS. 2006. *Centro Editor de América Latina: Capítulos para una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BUSTOS, MARTA. 1979-1982. "El cuento argentino (1930-1959***)". *Capítulo...* IV, 241-63.
- CADIOT, PIERRE; NEMO, FRANÇOIS. 1997. "Propriétés extrinsèques en sémantique lexicale". *Journal of French Language Studies*, 7, 2: 127-46.
- CADIOT, PIERRE; LEBAS, FRANK. 2003. "La constitution extrinsèque du référent: présentation". *Langages*, XXXVII, 150 : 3-8. Previsualizable en: <www.persee.fr/>.
- CALAS DE CLARK, MARÍA ROSA, DIR. 1993. *Historia de las Letras en Catamarca; II. 1920-1943*. 2° ed. Catamarca: Universidad Nacional de Catamarca.
- . 1999. *Historia de las Letras en Catamarca; III. 1920-1943*. 3° ed. Catamarca: Universidad Nacional de Catamarca.
- CAMPS, ASSUMPTA. 2001. *Historia de la literatura italiana contemporánea*. Barcelona: PPU.
- CANAL FEIJÓO, BERNARDO. 1978. "Función y misión de la literatura". *Actas...* 16-9.
- CANTAMUTTO, LUCÍA; NEGRIN, MARTA, COORD. 2014. *Palabras contra el viento: Literatura bahiense en las escuelas*. Bahía Blanca: Ediuns.
- CAPÍTULO: *La historia de la literatura argentina*. 1968-1976. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- CAPÍTULO: *La historia de la literatura argentina*. 1979-1982. 2° ed. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- CASINI, SILVIA. 2007. *Ficciones de Patagonia: La construcción del sur en la narrativa argentina y chilena*. Rawson: Secretaría de Cultura de la Provincia de Chubut.
- CASTELLI, EUGENIO. 1978. "Prioridades metodológicas en el estudio de la literatura regional". *Actas...* 64-8.
- CASTELLINO, MARTA ELENA. 2004. "Objetos y sueños: dos polos de la escritura dibedenettiana". *Literatura de las regiones argentinas*. 59-73.
- . 2007. "Prólogo". *Literatura de las regiones argentinas II*. 7-9.
- CATALFAMO, ANTONIO. 2015. "Langhe, Monferrato e dintorni". Catalfamo, A. *Cesare Pavese, testimonianze, testi e contesti*. Catania: I Quaderni del CEPAM.

- CHIAPPINI, LIGIA. 2013. "Regionalismo(s) e regionalidade(s): Trajetória de uma pesquisadora brasileira no diálogo com pesquisadores europeus e convite a novas aventuras". *Regionalismus – regionalismos*. 13-35.
- CODINA, IVERNA. 1966. *La enlutada*. Buenos Aires: Losada.
- COHEN, JOHN MICHAEL. 1966. *Structure du langage poétique*. 4ª ed. París: Flammarion. Previsualizable en: <books.google.com>.
- COHEN IMACH, VICTORIA. 1994. *De utopías y desengaños: Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos.
- COLOMBI, PABLO. 2015. *La guerra donde seremos soldados*. Mendoza: Ediciones Culturales de Mendoza.
- CONDE DE BOECK, JOSÉ AGUSTÍN. 2009. "Reflexiones acerca de la imagología literaria". *Boletín de Literatura Comparada*, XXXIV: 104-12.
- CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL. 1958-1960. "Folklore literario y literatura folklórica". Arrieta, dir. V, 17-395.
- . 1968-1976. "El folklore y su proyección literaria". Capítulo... III, 1345-1368.
- CORTI, MARIA. 1978. *Il viaggio testuale: Le ideologie e le strutture semiotiche*. Torino: Einaudi.
- CROFT, WILLIAM; CRUSE, ALAN. 2008. *Lingüística cognitiva*. Trad. Alan Benítez Burraco. Madrid: Ediciones Akal. Previsualizable en: <books.google.com>.
- CUETO, ADOLFO O. 2007. "La historia regional: Una herramienta clave para la regionalización". *Literatura de las regiones argentinas II*. 127-41.
- DAVID BRAVO, ALBA INÉS. 2010. "Pertinencia de la historia conceptual para el estudio de fenómenos literarios específicos: Una aproximación desde el costumbrismo". *Lingüística y Literatura*, 31, 57, ene.-jun.: 35-48.
- DE SANTIS, PABLO. 2000. "Risas argentinas: La narración del humor". *Historia crítica de la literatura argentina*. XI, 493-510.
- DELGADO, JOSEFINA. 1979-1982. "Panorama de la novela". *Capítulo... I*, 1-24.
- DELGADO, JOSEFINA; GREGORICH, LUIS. 1968-19876. "Las últimas promociones: la narrativa y la poesía". *Capítulo... III*, 1297-320.
- DELGADO, SERGIO. 2002. "Realismo y región: Narrativas de Juan Carlos Dávalos, Justo P. Sáenz, Amaro Villanueva y Mateo Booz". *Historia crítica de la literatura argentina*. VI. 345-66.
- DÍAZ PAS, JUAN MANUEL. 2018. "Al compás del colapso: Desafíos críticos de las poéticas indígenas del Norte argentino". Guzmán, comp. 13-27.
- DICCIONARIO DE AUTORIDADES. Madrid: Real Academia Española. En línea: <www.rae.es>.
- [DRAE] DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Madrid: Real Academia Española. En línea: <www.rae.es>.
- DONNI DE MIRANDE, NÉLIDA E. 2004. "La oralidad en cuentistas de Santa Fe". *Literatura de las regiones argentinas*. 75-92.
- DOS SANTOS, ESTELA. 1968-1976. "Realismo tradicional: narrativa rural". *Capítulo... II*, 889-912.

- FAJARDO, HERACLIO. 1865. "Laurindas (Poesias de L. Lapuente)". *La Tribuna*, 24 jun.
- FAUCONNIER, GUILLES; TURNER, MARK. 1998. "Conceptual Integration Networks". *Cognitive Science*, 22, 2: 133-87. En línea: <inform.umd.edu.>.
- FERNÁNDEZ MORALES, MÍRIAM. 2012. "Aproximación a las dificultades teórico-conceptuales del binomio 'Literatura-Región'". *Lingüística y Literatura*, 61: 59-72.
- FERNÁNDEZ PELÁEZ, JULIO. 1921. *Una maestra mendocina o El beso del hambre: Novela original*. Mendoza: Impr. La Lucha.
- FILLMORE, CHARLES. 2006 [1982]. "Frame Semantics". *Cognitive Linguistics: Basic Readings*. Dirk Geeraerts, ed. (Cognitive Linguistics Research, 34). Berlin-New York: Mouton de Gruyter. 373-400.
- FLAWIÁ DE FERNÁNDEZ, NILDA MARÍA. 2011. "Qué leemos, cómo leemos. Reflexiones sobre canon literario, organización y transmisión de la literatura". *La literatura del Noroeste Argentino*. 17-22.
- FLEMING, LEONOR. 2004. "Arraigo y destierro. La fluctuación de la mirada en la obra de Héctor Tizón". *Literatura de las regiones argentinas*. 93-101.
- . 2009. "La construcción literaria de una región: Poesía del norte". *De la región vivida a la Patria Grande (In memoriam de Alicia Chibán)*. Salta: EUNSa. 137-48.
- FOFFANI, ENRIQUE; MANCINI, ADRIANA; apéndice de NÉSTOR RESTIVO. 2000. "Más allá del regionalismo: La transformación del paisaje". *Historia crítica de la literatura argentina*. XI, 261-91.
- FONTENLA, ALEJANDRO. 1979-1982. "Juan Carlos Dávalos: La literatura del noroeste argentino". *Capítulo... III*, 481-504.
- FORD, ANÍBAL. 1987. "El regionalismo". *Desde la orilla de la ciencia: Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*. Buenos Aires: Puntosur. 221-39.
- GARCÍA LANDA, JOSÉ ÁNGEL. 2009-2010. "Múltiples lectores implícitos". *Cuadernos de Investigación Filológica*, 35-36: 63-75. Digitalizado en: <www.researchgate.net/publication/33420343...>
- GIMÉNEZ, GILBERTO. 1994. "Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, VI, 018: 165-73.
- GIORDANO, CARLOS R. 1968-1976. "La poesía social después de Boedo". *Capítulo... III*, 1177-200.
- GŁOWIŃSKI, MICHAŁ. 1976. "Theoretical Foundations of Historical Poetics". Trad. al inglés de B. Braunrot. *New Literary History*, 7, 2, winter: 237-45.
- GOCIOŁ, JUDITH. 2008. *Más libros para más: Colecciones del Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- GONZÁLEZ, JOAQUÍN VÍCTOR. 1895. *Mis montañas*. 3° millar. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.
- . 2015. *La tradición nacional*. Pról. Darío Pulfer. Gonnet: UNIPE-Editorial Universitaria. En línea: <http://unipe.edu.ar/recursos-pedagogicos/item/188-la-tradicion-nacional-de-joaquin-v-gonzalez-con-presentacion-de-dario-pulfer>
- GORLERI, MARÍA ESTER. 2010. "La literatura argentina en el Bicentenario: Una cartografía compleja de relaciones múltiples". *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.

- . 2012. "Posibilidades metodológicas para el estudio de la literatura en las provincias". *La literatura del Noroeste Argentino*. II, 35-61.
- GORLERI, MARÍA ESTER; BUDIÑO, MARISA ESTELA. 2013. *Formosa en escena: Historia del teatro en Formosa (1915-1962)*; 1. Buenos Aires: Biblos.
- GRAMUGLIO, MARÍA TERESA. 2002a. "El realismo y sus destiempos en la literatura argentina". *Historia crítica de la literatura argentina*. VI, 15-38.
- . 2002b. "Introducción: El imperio realista". *Historia crítica de la literatura argentina*. VI, 7-12.
- GUILLEN, CLAUDIO. 1985. *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica.
- . 1989. *Teorías de la historia literaria*. Madrid: Espasa-Calpe.
- GULLÓN, RICARDO. 1980. *Espacio y novela*. Barcelona: Antonio Bosch Editor.
- GUZMÁN, RAQUEL. 2011. "La noción de 'escena literaria' como posibilidad de estudio de la literatura del NOA". *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 104-10.
- . 2018. "(Multi)territorio y discurso poético". Guzmán, comp. 69-85.
- GUZMÁN, RAQUEL, COMP. 2018. *Cartografías literarias: De la democracia al bicentenario en el noroeste argentino*. Salta: Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades-Conicet.
- HACIA UNA VISIÓN INTEGRAL DE LA LITERATURA ARGENTINA. 2010. Hebe Beatriz Molina, Dolly Sales de Nasser, Fabiana Inés Varela, Diego Niemetz, eds. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras-CELM. CD-ROM.
- HAESBAERT, ROGÉRIO. 2010. "Región, regionalización y regionalidad: cuestiones contemporáneas". Trad. Milton Hernán Bentancor. *Antares*, 3, ene.-jun.: 2-24.
- HERNÁNDEZ, PATRICIA. 2014. "Introducción a la Semántica Cognitiva: La construcción de sentido, metáfora, metonimia e integración conceptual". Seminario de Posgrado de Introducción a la Semántica Cognitiva. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras. Mendoza, set.
- HEREDIA, PABLO. 1994. *El texto literario y los discursos regionales: Propuestas para una regionalización de la narrativa contemporánea*. Córdoba: Argos.
- . 2004. "¿Existen las regiones culturales? Introducción, crítica y proyecciones de los estudios geoculturales?". *Silabario*, 7, ago.: 103-11.
- . 2005. *El suelo: Ensayos sobre regionalismos y nacionalismos en la literatura argentina*. Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades-Universitas.
- . 2007. "Regionalizaciones y regionalismos en la literatura argentina: Aproximaciones a una teoría de la región a la luz de las ideas y las letras en el siglo XXI". *Literatura de las regiones argentinas II*. 155-82.
- . 2012. "Propuesta para un estudio de las operaciones políticas de regionalización cultural en la literatura argentina". *La literatura del Noroeste Argentino*. II, 19-34.
- HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA ARGENTINA. 1999-2018. Noé Jitrik, dir. serie. Buenos Aires: Emecé.
- V: *La crisis de las formas*. Alfredo Rubione, dir. vol.
- VI: *El imperio realista*. María Teresa Gramuglio, dir. vol.

- VII: *Rupturas*. Celina Manzoni, dir. vol.
- IX: *El oficio se afirma*. Sylvia Saítta, dir. vol.
- X: *La irrupción de la crítica*. Susana Cella, dir. vol.
- XI: *La narración gana la partida*. Elsa Drucaroff, dir. vol.
- IBÁÑEZ, MARTA OFELIA. 2004. "La canonización de los textos literarios: Un proceso sociodiscursivo". Moyano, coord. 15-69.
- IGHINA, DOMINGO. 2007. "Los 'espacios geoculturales' como tensiones entre proyectos nacionales y regionales en los ensayos del Tucumán: *El país de la selva* de Ricardo Rojas". *Literatura de las regiones argentinas II*. 183-90.
- ISAACSON, JOSÉ. 1978. "Nucleamientos regionales en la poesía nacional". *Actas...* 20-4.
- JACOVELLA, BRUNO C. 1959. "Las especies literarias en verso". José Imbelloni, Bruno C. Jacovella, Susana Chertudi, y otros. *Folklore argentino*. Buenos Aires: Nova. 103-131.
- JITRIK, NOÉ; DOS SANTOS, ESTELA. 1968-1976. "Roberto J. Payró". *Capítulo...* II, 649-73.
- K. DE ABNER, BERTA; KRAUSE, MARÍA CRISTINA; V. DE KLEMENT, BERTHA. "Aproximación al concepto de literatura regional". *Actas...* 25-40.
- KLEIBER, GEORGES. 1995. *La semántica de los prototipos*. Trad. Antonio Rodríguez. Madrid: Visor Libros. Previsualizable en: <hesperia.webs.uvigo.es>.
- KUSCH, RODOLFO. 1976. *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires: García Cambeiro.
- . 1991. *Esbozo de una antropología filosófica americana*. Buenos Aires: Castañeda.
- LAFFORGUE, JORGE. 1979-1982. "Panorama del teatro". *Capítulo...*: I, 73-96.
- LAFFORGUE, JORGE; RIVERA, JORGE B. 1968-1976. "Realismo tradicional: narrativa urbana". *Capítulo...* II, 865-88.
- LAKOFF, GEORGE. 1987. *Woman, Fire and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*. Chicago-Londres: University of Chicago Press.
- LAKOFF, GEORGE; JOHNSON, MARK. 1991. *Las metáforas de la vida cotidiana*. Trad. Carmen González Marín. Introd. José Antonio Millán y Susana Narotzky. 2ª ed. Madrid: Cátedra.
- LA LITERATURA DEL NOROESTE ARGENTINO: *Reflexiones e investigaciones*. 2011, 2012, 2013. Liliana Massara, Raquel Guzmán, María Alejandra Nallim, dirs. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy-Secretaría de Políticas Universitarias, ProHum.
- LANGACKER, RONALD WYNE. 1987. *Foundations of Cognitive Grammar*. California: Stanford University Press.
- LITERATURA DE LAS REGIONES ARGENTINAS. 2004. Gloria Videla de Rivero y Marta Castellino, eds. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza.
- LITERATURA DE LAS REGIONES ARGENTINAS II. 2007. Marta Castellino, coord. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza.
- LOZANO, JORGE; PEÑA-MARÍN, CRISTINA; ABRIL, GONZALO. 1986. *Análisis del discurso: Hacia una semántica de la interacción textual*. 2º ed. Madrid: Cátedra.
- LUPERINI, C. 1954. "Per una nozione di realismo". *Il Contemporaneo*, 17 abr.
- MAGRIS, CLAUDIO. 2015. *Microcosmi*. Milano: Garzanti.

- MASSARA, LILIANA. 2011. "Crítica, literatura, región: Un espacio de identidades y culturas marginales". *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 62-70.
- . 2012. "El territorio nos habla: II Simposio de Literatura Argentina del NOA". *La literatura del Noroeste Argentino*. II, 15-7.
- MASSARA, LILIANA, DIR. 2016. *Narrar la Argentina: Centenario, región e identidad*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparada.
- MASSARA, LILIANA; GORLERI, MARÍA ESTER. 2017. "Aportes y reflexiones sobre la narrativa de dos provincias del Norte Grande en el sistema de la literatura argentina: Tucumán (NOA) y Formosa (NEA)". Rufino, ed. 147-72.
- MATURO, GRACIELA. 2004. "José Luis Vittori: Pertenencia y teoría de la región". *Literatura de las regiones argentinas*. 121-34.
- MAUNÁS, DELIA. 1995. *Boris Spivacow: Memoria de un sueño argentino; Entrevistas*. Apéndices de Víctor Pesce y Carmen González de García. Buenos Aires: Colihue.
- MELLADO, LUCIANA. 2016. "Estado de la cuestión sobre el estudio de la literatura patagónica: Notas sobre crítica y literatura del sur de Argentina". IV Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas: Hacia la consolidación de un mapa literario nacional. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza. Mendoza, 31 de agosto, 1 y 2 de setiembre de 2016.
- MOLINA, HEBE. 2010. "Presentación". *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.
- . 2017. "Regionalismo literario: Un concepto problemático para la crítica". XIX Congreso Nacional de Literatura Argentina. Universidad Nacional de Formosa, Facultad de Humanidades. Formosa, 16 al 18 de agosto 2017.
- MOLINA, HEBE; VARELA, FABIANA; BALLARINI, STELLA; BURLLOT, MARÍA; CARAM, GRACIELA; CRUZ, CAROLINA; SOLANES, CARLOS. 2015. "El pacto comunitario entre autor y lector: Modos literarios de configurar lo nuestro". *Jornaler@s: Revista Científica de Estudios Literarios y Lingüísticos*, 2, 2: 434-47. En línea: <www.fhycs.unju.edu.ar/index.php/publicaciones>
- MOYANO, BEATRIZ ELISA. 2004a. "Los olvidos del siglo XX: Las literaturas urbanas y los textos de mujeres". Moyano, coord. 111-77.
- . 2004b. "Prólogo". Moyano, coord. 9-13.
- MOYANO, BEATRIZ ELISA, COORD. 2004. *La literatura de Salta: Espacios de reconocimiento y formas del olvido*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- NALLIM, MARÍA ALEJANDRA. 2011. "La literatura regional en el contexto del nuevo milenio: estación Jujuy". *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 38-51.
- . 2012. "Prólogo". *La literatura del Noroeste Argentino*. II, 5-9.
- NALLIM, MARÍA ALEJANDRA; BLANCO, MARÍA SOLEDAD, DIRS. 2017. *El otro Centenario argentino: Itinerarios literarios en Jujuy*. San Salvador de Jujuy: AveSol.
- NEMO, FRANÇOIS. 2003. "Indexicalité, unification contextuelle et constitution extrinsèque du referent". *Langages*, XXXVII, 150: 88-105. En línea: <www.persee.fr/>.
- NOÉ, JULIO. 1958-1960. "La poesía". Arrieta, dir. IV, 61-129.

- NOEL, MARTÍN ALBERTO. 1945. *El regionalismo de Martiniano Leguizamón*. Buenos Aires: Peuser.
- NORDENFLYCHT, ADOLFO DE. 2012. "Filantropía y anarquismo: Imaginario prometeico de Valparaíso en Edwards Bello, Swinglehurts, Rubén Darío, Víctor D. Silva y González Vera". *Revista de Literaturas Modernas*, 42: 103-21.
- NÚÑEZ VILLAVICENCIO, HERMINIO. 2008. "Sobre el concepto de identidad latinoamericana". *Cuadernos Americanos*, nueva época, XXII, 2, 124: 181-99.
- ORDAZ, LUIS. 1979-1982. "El teatro independiente (II)"; "El teatro independiente (III)". *Capítulo... V*, 121-43 y 145-69, respectivamente.
- OZÁN DE PÉREZ SÁEZ, MARÍA FANNY. 2004. "Literatura y folklore en un ámbito regional". *Literatura de las regiones argentinas*. 135-49.
- PALADINI, MARÍA DELIA. 1980. "Regionalismo y novela". *Actas...* 41-55.
- PALERMO, ZULMA. 1987a. "Cultura y literatura argentina"; "Literatura 'regional', literatura nacional". Palermo y Grupo de Estudios Literarios. 17-59.
- . 1987b. *Escritos al margen: Notas para una crítica literaria en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Marymar.
- . 2004. "Conocimiento 'otro' y conocimiento del otro en América Latina". *Silabario*, 7, ago.: 75-86.
- . 2012. "De cánones y lugarizaciones". *La literatura del Noroeste Argentino*. II, 63-75.
- PALERMO, ZULMA, Y GRUPO DE ESTUDIOS LITERARIOS. 1987. *La región, el país: Ensayos sobre poesía salteña actual*. Salta: Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores Salteños.
- PAGEAUX, DANIEL-HÉNRI. 1981. "Une perspective d'études en littérature comparée: L'imagerie culturelle". *Sinthesis*, VIII: 169-85.
- PANORAMA DE LAS LETRAS Y LA CULTURA EN MENDOZA. 2013-2015. Marta Elena Castellino, dir. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza.
- PELINSER, ANDRÉ TESSARO. 2010. "Miradas sobre el regionalismo literario brasileño: Una perspectiva de estudio". *Antares*, 4, jul.-dic.: 106-120.
- PELLETTIERI, OSVALDO. 2006. "La universalización del teatro del novecientos". *Historia crítica de la literatura argentina*. V, 367-391.
- PERILLI, CARMEN. 2009. "Imaginando el norte: De letrados a poetas". *Historia crítica de la literatura argentina*. VII, 511-37.
- PERUS, FRANÇOISE. 1997. "En torno al regionalismo literario: Escribir, leer e historiografiar desde las regiones". *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, 1: 33-42. Digitalizado en: <revistas.unal.edu.co>
- PERRONE, ALBERTO. 1979-1982. "Panorama de la poesía". *Capítulo... I*, 49-72.
- PLAISANCE, MICHEL. 1986. "Città e campagna". *Letteratura italiana: Le questioni*. Torino: Giulio Einaudi Editore. Vol. V.
- PRIETO, ADOLFO. 1968-1976. "La generación del 80: La imaginación". *Capítulo... I*, 457-80.
- PRIETO, MARTÍN. 1999. "Escrituras de la 'zona'". *Historia crítica de la literatura argentina*. X, 343-54.

- PULETTI, RUGGERO. 1969. *Motivi e validità della Letteratura Contemporanea*. Perugia: Univ. Italiana per Stranieri.
- PUTNAM, HILARY. 1984. "El significado de 'significado'". *Revista Internacional de Filosofía*, XVI, 3-4: 345-406. En línea: < dialnet.unirioja.es >.
- RASTIER, FRANÇOIS. 2005. *Semántica interpretativa*. México D.F.: Siglo XXI. Previsualizable en: < http://books.google.com.ar/ >.
- REGIONALISMUS – REGIONALISMOS: *Subsídios para um novo debate*. João Claudio Arendt y Gerson Roberto Neumann, coords. Caxias do Sul, RS: EDUCS, 2013.
- REST, JAIME. 1979-1982. "Panorama del ensayo". *Capítulo... I*, 97-120.
- RICHARDSON, BRIAN. 2007. "Singular Text, Multiple Implied Readers". *Style*, 43, 1, Fall: 259-74.
- RIVAS, JOSÉ ANDRÉS. 2008. "Márgenes del regionalismo". *Cifra*, 2º época, 3, ago.: 47-77. Digitalizado en: < fhu.unse.edu.ar/carreras/rcifra >.
- RIVERA, JORGE B. 1979-1982. "Panorama de la novela argentina: 1930-1955". *Capítulo... IV*, 313-35.
- RODRÍGUEZ, ALBERTO. 1995. *Matar la tierra*. 3º ed. Mendoza: Ediciones Culturales de Mendoza.
- RODRÍGUEZ, SUSANA A. C. 2011. "Reflexiones y propuestas para el debate: Teorías literarias y prácticas críticas de fin de milenio". *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 86-96.
- RODRÍGUEZ, SUSANA; GUZMÁN, RAQUEL, COORDS. 2012. *La ciudad y sus representaciones: Arte y literatura a fin de milenio*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- RODRÍGUEZ-ZAPATA; PÉREZ, JORGE. 1971. "El regionalismo en la Italia actual". *Revista de Estudios Políticos*, 178: 225-40.
- ROJAS, RICARDO. 1960. *Historia de la literatura argentina: Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- ROMANO, EDUARDO. 1971. "Estudio preliminar: El cuento argentino en el siglo XX". *Narradores argentinos de hoy, I: Juan José Hernández, Haroldo Conti, Syria Poletti, Jorge Riestra, Daniel Moyano*. Selec., estudio preliminar y notas Eduardo Romano. Ed. María Hortensia Lacau. (G.O.L.U., 73). Buenos Aires: Kapelusz. 5-30.
- . 1974. "Estudio preliminar: El cuento argentino en el siglo XX" [Continuación]. *Narradores argentinos de hoy, II: Abelardo Castillo, María Esther de Miguel, Germán Rosenmacher, Héctor Tizón*. Selec., estudio preliminar y notas Eduardo Romano. Ed. María Hortensia Lacau. (G.O.L.U., 103). Buenos Aires: Kapelusz.
- . 1979-1982. "El cuento argentino (1930-1959*)". *Capítulo... IV*, 217-39.
- . 1998. "Hacia un perfil de la poética nativista argentina". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 27: 63-88.
- . 2004a. "Culminación y crisis del regionalismo narrativo". *Historia crítica de la literatura argentina*. IX, 599-629.
- . 2004b. "La parábola narrativa regionalista". *Literatura de las regiones argentinas*. 165-82.
- ROSCHÉ, ELEANOR. 1973. "Natural Categories". *Cognitive Psychology*, 4: 328-350. En línea: < qualquant.org >.

- ROSSEBASTIANO, ALBA. 2006. "Sapore di Piemonte nell'epistolario di Cesare Pavese". *Studi italiani: Revista de Italianística de la Facultad de Lenguas*, II.
- ROYO, AMELIA. 2011. "Literatura argentina / literatura regional: debates y desafíos". *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 23-30.
- RUBIONE, ALFREDO. 2006. "Retorno a las tradiciones". *Historia crítica de la literatura argentina*. V, 75-100.
- RUFFINO, MÓNICA. 2017. "Las nociones de cultura y región: Travesía cultural en la integración del Norte Grande Argentino". Rufino, Mónica, ed. 25-37.
- RUFFINO, MÓNICA, ED. 2017. *El Norte Grande argentino: Cultura y región*. Buenos Aires: Ente Cultural de Tucumán-Ediciones CICCUS.
- RUIZ DÍAZ, ADOLFO. 1956. "En torno al hecho literario (Fragmento para una introducción a la literatura)". *Revista de Literaturas Modernas*, 1: 193-285.
- SANSONE, MARIO. 1963. *Orientaciones actuales de la literatura italiana*. Buenos Aires: Troquel.
- SANTANDER DE SCHIAVO, CARMEN. 2010. "Configuraciones territoriales: Política(s) y retórica(s) interculturales". *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.
- . 2015. "De territorios y fronteras... El devenir de una literatura territorial". *La Rivada*, 4, "Dossier: Conversaciones literarias en la frontera: De proyectos estéticos y escrituras de autor", jul.: 1-12. En línea: <www.larivada.com.ar>.
- SANTANDER, CARMEN, DIR. 2008. "Informe final. Proyecto: Autores Territoriales; Primera Etapa. Código 16H217". Universidad Nacional de Misiones, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Secretaría de Investigación y Postgrado. En línea: <argos.fhycs.unam.edu.ar>.
- . 2011. "Informe final. Proyecto: Autores Territoriales; Segunda Etapa. Código 16H284". Universidad Nacional de Misiones, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Secretaría de Investigación y Postgrado. En línea: <argos.fhycs.unam.edu.ar>.
- . 2012. "Acreditación de proyectos de investigación: Territorios literarios e interculturales: despliegues críticos, teóricos y metodológicos". Código 16H347". Universidad Nacional de Misiones, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Secretaría de Investigación y Postgrado. En línea: <argos.fhycs.unam.edu.ar>.
- SANTANDER, CARMEN; ANDRUSKEVICZ, CARLA; GUADALUPE MELO, CARMEN. 2015. "Política(s) y retórica(s) interculturales: Sobre archivos y bibliotecas territoriales misioneras". *Astrolabio*, 2º época, 15: 110-30.
- SARLO, BEATRIZ. 1968-1976a. "La poesía en el avance del siglo". *Capítulo... II*, 769-92.
- . 1968-1976b. "Panorama del cuento". *Capítulo... I*, 25-48.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. 1961. *Facundo*. Pról. y notas Alberto Palcos. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- SCHMIDT-WELLE, FRIEDHELM. 2012. "Regionalismo abstracto y representación simbólica de la nación en la literatura latinoamericana de la región". *Relaciones*, 130, primavera: 115-27. Digitalizado en: <www.scielo.org.mx>.
- SEARLE, JOHN. 1979. *Expressions and Meaning: Studies in the Theory of Speech Acts*. Londres: Cambridge. Previsualizable en: <academiaanalitica.files.wordpress.com>.

- SEMINARIO DE CRÍTICA LITERARIA RAÚL SCALABRINI ORTIZ. 1979-1982. ““El cuento argentino (1959-1970**”)”. *Capítulo... V*, 289-313.
- SERRA, EDELWEIS. 1978. “La investigación de la literatura argentina desde la perspectiva regional”. *Actas...* 56-63.
- SOSA, CARLOS HERNÁN. 2011. “Literatura regional y escalas de estudio: Algunas reflexiones teórico metodológicas”. *La literatura del Noroeste Argentino*. I, 78-85.
- SOTO, LUIS EMILIO. 1958-1960. “El cuento”. Arrieta, dir. IV, 285-450.
- STORIA DELLA LETTERATURA ITALIANA; VIII. *Dall'Ottocento al Novecento*. 1970. Milano: Garzanti.
- STORIA DELLA LINGUA ITALIANA; III. *Le altre lingue*. 1994. Torino: Giulio Einaudi Editore.
- SWINBURN, DANIEL. 2011. *Historia conceptual: una nueva mirada al pasado: Entrevista a Javier Fernández Sebastián; 9 octubre 2011*. En línea: <ciudadideas.blogspot.com.ar /2011/10/...>
- SZMETAN, RICARDO. 2001. “Las historias de la literatura argentina: La situación actual”. *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. New York: AIH. IV, 659-64. En línea: <http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/14/aih_14_4_083.pdf>
- TACCONI, MARÍA DEL CARMEN. 2004. “Tradición mítica y tradición literaria en *El Carnaval del diablo* de Juan Oscar Ponferrada”. *Literatura de las regiones argentinas*. 183-93.
- UNGARETTI, GIUSEPPE. “Pellegrinaggio”. En línea: <www.balbruno.altervista.org/index-1274.html>.
- VALESINI, ALDO. 2010. “El término ‘literatura regional’ en el campo de las formaciones discursivas”. *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.
- VALLI, OSVALDO. 2004. “Las culturas regionales: Un universo en espesor y movimiento (Apuntes en torno a situaciones problemáticas en los tiempos calientes de encrucijadas)”. *Silabario*, 7, ago.: 87-102.
- VARELA, FABIANA INÉS. 2004. “El periódico y la reconstrucción de las literaturas regionales”. *Literatura de las regiones argentinas*. 195-210.
- . 2007. “El desierto viviente: El espacio regional en la narrativa breve de Antonio Di Benedetto”. *Literatura de las regiones argentinas II*. 267-98.
- VEIRAVÉ, ALFREDO. 1968-1976. “La poesía: La generación del 40”. *Capítulo... III*, 1153-76.
- VÁSQUEZ OLCESE, CÉSAR. 2004. “Psicoterapia Gestalt: conceptos, principios y técnica”. *Espacio logopédico*. Universidad César Vallejo. En línea: <www.espaciologopedico.com /revista/ articulo/567/psicoterapia-gestalt-conceptos-principios-y-tecnicas.html>.
- VIDELA DE RIVERO, GLORIA. 1984. “Las vertientes regionales de la literatura argentina”. *Revista de Literaturas Modernas*, 17: 11-26.
- . 2004. “Prólogo”. *Literatura de las regiones argentinas*. 7-10.
- VIDELA DE RIVERO, GLORIA, COORD. 2000, 2002, 2003. *Literatura de Mendoza: Espacio, historia, sociedad*. Mendoza: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras-CELM.
- VILANOU, CONRAD. 2006. “Historia conceptual e historia intelectual”. *Ars Brevis*: 165-90.
- WEINBERG, FÉLIX. 1968-1976. “La época de Rosas y el Romanticismo”. *Capítulo... I*, 169-92.
- ZONANA, VÍCTOR GUSTAVO. 2007. “Introducción”. Víctor Gustavo Zonana, coord. y ed.; Hebe Beatriz Molina, coed. *Poéticas de autor en la literatura argentina (desde 1950)*. Buenos Aires: Corregidor. 15-44.

---. 2013. "Problemas y principios para el estudio de la literatura mendocina". *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza*. I, 21-49.

ZULUAGA OSPINA, ALBERTO. 1975. "La fijación fraseológica". *Thesaurus*, XXX, 2: 226-48. En línea: <cvc.cervantes.es>.

Editado en Diciembre de 2018
en Mendoza, Argentina

Biblioteca Digital
Sistema Integrado de Documentación – SID
Universidad Nacional de CUYO